

Luis y Agustín Millares Cubas

Antología de cuentos de la tierra canaria

Luis Millares

Agustín Millares

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

ANTOLOGÍA DE CUENTOS
de la tierra canaria

Edición de Pablo Quintana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan-Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Luis y Agustín Millares Cubas

ANTOLOGÍA DE CUENTOS
de la tierra canaria

Islas Canarias
1990

- © Para la introducción **Pablo Quintana**
- © Para el texto **Luis y Agustín Millares Cubas**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-90-3

Depósito Legal: M. 47.101-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN: RENACIMIENTO MODER- NISTA E IMAGINACIÓN NARRATIVA	
1. El modernismo como vista total de la cultura.	11
2. El renacimiento de un yo artístico y nacional.	13
3. La visión de conjunto como una visión co- lonial	14
4. El horizonte crítico de la Literatura Canaria modernista	16
5. El modernismo, la novela y los lectores na- cionales	17
6. El modernismo y la revolución novelística de Galdós	20
7. Otros canarios amplían el modernismo gal- dosiano	22
8. La imaginación narrativa de Luis y Agustín Millares Cubas	24
8.1. Las novelas de la tierra canaria	26
8.2. Nuestra Señora	28
8.3. La música y la memoria del idioma criollo	29
8.4. Libres de la imagen españolista de la novela regional	33
8.5. Libres del exótico africanismo europeo.	35

	<u>Págs.</u>
8.6. Líderes de la novela de una nación joven	37
8.7. La nacionalidad acumuladora de una narrativa dispersa	38
8.8. Esta edición	39

DE LA TIERRA CANARIA ESCENAS Y PAISAJES

De la tierra	43
La viuda de Juan Suárez	53
Candelaria	57
El eterno círculo	61
De jarana	65
Cristobalito Molinos	71
Historia de un pobre diablo	95
Germinal	107
Vuelta al hogar	133

SAN JOSEPH DE LA COLONIA

Carta de La Habana	141
Boliche	151
El guayete	159
El de las bombas	165
Tocando a fuego	173
Gasparón	181
San Joseph de la Colonia	187

DOÑA JUANA. CUENTOS VIEJOS

Doña Juana (fragmento)	207
Tantalillo	217

CANARIADAS DE ANTAÑO

La filosofía de Juan Rapadura	223
Donde esté y como esté	225
Suicidio	231

INTRODUCCIÓN

RENACIMIENTO MODERNISTA E IMAGINACIÓN NARRATIVA

1. EL MODERNISMO COMO VISTA TOTAL DE LA CULTURA

Si es cierto que durante los decenios 1870 a 1930 vive Canarias un renacimiento cultural y literario, también lo es que nuestra crítica y nuestra historiografía sólo han empezado a apalabrar con una amplia visión de conjunto ese renacimiento después de 1976. Los mismos modernistas aspiraron a una perspectiva crítica o cosmopolita que Wilde ve anticipada en la ciudad africana de Alejandría.

No existe una sola forma empleada ahora por el arte que no provenga del espíritu crítico de Alejandría, donde esas formas fueron inventadas y perfeccionadas. Cito a Alejandría, no sólo porque fue allí donde el espíritu griego se hizo más consciente y acabó por fenecer en el escepticismo y la teología, sino porque Roma elegía sus modelos en aquella ciudad y no en Atenas, y porque, gracias a la supervivencia en dicha ciudad de la lengua latina, pudo sobrevivir la cultura intelectual. Cuando la literatura griega se difundió por Europa en el Renacimiento, el terreno le había sido en cierto modo preparado (*Óscar Wilde, El crítico artista*).

Esto se publicó en un libro memorable, *Intentions* (1891), y en un decenio llamado después «the yellow nineties», los dorados o amarillos noventa, los años que vieron *The Golden Bough* (*La rama dorada*), o amarilla, de James Frazer, los años en que los artistas del Norte deseaban bajar hacia el sol del Sur y en que los artistas del Sur deseaban hablar con igualdad los idiomas norteros: los mismos años en que se venía construyendo un nuevo horizonte crítico o cultural y artístico que, por primera vez desde Alejandría y desde el breve Renacimiento italiano, deseaba ver como un solo horizonte histórico a toda nuestra familia de animales habladores. Como leemos en una página millariana: «En el vasto concierto de las criaturas todos tocamos nuestro pito», «queridos compañeros de planeta».

En su viaje cultural hacia el Sur, los más lúcidos europeos (no hablemos ahora de los exploradores y misioneros y antropólogos) reconstruyeron, entre otros paisajes, la ciudad sureña de Alejandría. Los más lúcidos y libres africanos, americanos o asiáticos en su viaje cultural hacia el Norte ayudaron a construir la imagen de las ciudades nortañas. La fama de París se debe más a los artistas foráneos que a los artistas parisinos. Si la crítica es la que nos ha hecho cosmopolitas, el cosmopolitismo es el que nos ha hecho críticos; y este cosmopolitismo crítico o esta crítica cosmopolita es la que nos hace verdaderamente modernistas, como podemos leer en el mismo libro de Wilde:

Creo que con el desarrollo del espíritu crítico podremos llegar al fin a comprender, no sólo nuestras propias vidas, sino *la vida colectiva de la raza*, haciéndonos así absolutamente *modernos en el verdadero sentido de la palabra modernismo*. Pues aquel para quien el presente es la única cosa presente, no conoce nada del siglo en que vive. Para comprender el siglo diecinueve, hay que comprender también cada uno de los siglos que le han precedido

y que contribuyeron a su formación. Para saber algo de uno mismo, hay que saberlo todo de los demás. No puede existir ningún estado de alma con el que no se pueda simpatizar, ni ningún extinto modo de vida que no se pueda resucitar. (Subrayados míos).

Por aquí iba la verdadera visión de conjunto del renacimiento modernista, en Europa y fuera de Europa. Se había superado el desafío romántico de la Europa del Norte frente a la herencia afrohelenica de Alejandría, reasumida por el Renacimiento italiano y maltratada por la Reforma y la Contrarreforma: aquel desafío que a partir del decenio 1760 hizo colisionar las simpatías hacia Homero y Ossian y fue la clave nortera de unos nacionalismos literarios que reconstruyeron, con una política monárquica, la herencia doméstica y universalizada de un Dios medieval. Sólo después de Lyell y Darwin, sólo desde el decenio 1860, el deseo de comprender *la vida colectiva de la raza* se extendió como deseo de comprender toda la vida de la familia humana en cada uno de sus continentes y pueblos.

2. EL RENACIMIENTO DE UN YO ARTÍSTICO Y NACIONAL

Esta amplia visión de conjunto, tácita o explícita, que fue una nueva técnica o enfoque de conocimiento, cambió el horizonte de la literatura escrita, y cambió también, cosa más importante, el horizonte del lenguaje humano: cambió la imagen crítica que los intelectuales tenían de sí mismos y de su herencia doméstica o nacional como una imagen que sólo entonces entra por primera vez y de modo igualitario en el nuevo horizonte de la cultura.

En su íntimo viaje hacia ese nuevo horizonte crítico y cosmopolita que es el modernismo y al comprender por

qué los norteños vienen hacia las tierras del sol, los sureños recuperan un deseo y una imagen del Sur, que es también una nueva imagen de sí mismos y de sus propios pueblos. Desde entonces puede hablarse, entre los pueblos norteños y sureños de este planeta chico, de muchos asuntos que antes no habían sido tan fácilmente apalabrables de modo acumulado. Uno de estos asuntos es la historia de los canarios y de su imaginación idiomática y artística desde la época precolonial hasta el presente. Nuestros modernistas compartieron el nuevo lenguaje, y este nuevo lenguaje les hizo ver con cierta claridad que ningún exotismo norteño por muy surófilo o africanófilo que fuera podía pintar o apalabrar una adecuada imagen de sí mismos y de su propio pueblo como podían hacerlo los propios hispanófonos de Canarias o de América. Así el modernismo, generando el renacimiento de una nueva vista total de la cultura, genera también, entre los artistas y críticos de esta parte canaria del Sur, el renacimiento de una nueva imagen de su yo personal y nacional.

3. LA VISIÓN DE CONJUNTO COMO UNA VISIÓN COLONIAL

Entre los canarios, encontramos el deseo y la práctica de una vista total de la cultura desde mucho antes de los decenios modernistas: esa amplia vista de conjunto los canarios la poseemos como una herencia propia de un pueblo joven, que precisamente por ser joven ha preferido recorrer el mapa de la cultura con el punto de mira de un viajero o con una vista de pájaro (cosa nada difícil para un canario de nación). Estas palabras no son sólo personales:

Aquí debo confesar mi predilección por los libros franceses y mi escasa simpatía por los nuestros. Me avergüenzo de ello, me doy golpes de pecho, pero no puedo evitarlo. Declaro que jamás he podido con

la literatura castellana, ni aun con la llamada del siglo de oro... Cervantes ha sido apreciado con notoria exageración por los nacionalistas y los críticos que han leído con lupa sus obras. En el *Quijote* me encantan las escenas cómicas, la gracia castellana y socarrona, pero hay capítulos que me aburren, como la mayor parte de las Novelas Ejemplares. Sostengo que nadie ha podido leer hasta el fin el *Persiles y Segismunda* (Agustín Millares Cubas, *Memorias*).

No fue en las capitales egipcias ni en la Atenas griega donde surge la primera afirmación de cosmopolitismo con todas sus consecuencias y supuestos: fue en la joven Alejandría, ciudad africana y colonial, como La Laguna que reunió al Cristóbal del Hoyo Sotomayor de la lúcida *Carta de la Corte* y al Viera y Clavijo que inicia la historiografía gentilicia, o como la también africana y colonial ciudad de Canaria, cuyas confusas calles adolescentes sintieron los pasos del Clavijo y Fajardo que hizo en la misma corte y en el primer periodismo literario que es *El Pensador* una sátira de la nación española, y de Benito Pérez Galdós, tan familiarizado con la cultura más contemporánea como los Iriarte y Agustín de Bethencourt, o como Cairasco, nieto de una amasika palmera, y como el hijo del menkey Benchomo que ya supo escribir una historia de Canarias. Esta vista íntima y total de la cultura más contemporánea tiene en tamasik, la lengua de los amasikes, un nombre que no es frecuente en otras lenguas más afamadas: ese nombre es *tamusni*.

Su biografía geohistórica ha facilitado a los canarios una externa visión de conjunto, que ha podido mejorar el lenguaje de la literatura escrita en nuestra lengua, introduciéndolo desde fuera de los límites impuestos sobre la misma por una metrópoli culturalmente desgraciada desde el Quinientos hasta el Novecientos. En las *Memorias* de Agustín Millares Cubas leemos:

España es una nación de mala pata. Las hay así, como los hombres, perseguidas por el destino. Siempre ha imperado aquí el bárbaro, el troglodita. Acabaron con la espléndida civilización árabe (la grandiosa epopeya de la Reconquista, que duró ocho siglos. Casi nada). Expulsaron a los moriscos y a los judíos, explotaron el Nuevo Continente, descubrieron por Colón por mera casualidad, inundándolo de aventureros, de piratas y de ladrones, de empleados rapaces que iban, como decía Tontón Falcón, a *mamar*.

4. EL HORIZONTE CRÍTICO DE LA LITERATURA CANARIA MODERNISTA

Ni la crítica ni la historiografía limitadas por el lenguaje ecléctico o académico de la desnacionalización dispersadora han podido definir bien ese vario horizonte que fue el renacimiento cultural y artístico generado por los canarios durante los decenios 1870 a 1930, y que incluye, entre otros, estos rumbos apenas apuntables aquí: la imaginación idiomática y la literatura oral de un pueblo con cerca del noventa por ciento de campesinos analfabetos; la literatura escrita por los que se atrevieron a ir más allá de la metrópoli y de la lengua y escribieron para los españoles o para los latinoamericanos o para un lector canario que tuvieron que inventar; el periodismo, que también fue cultivado por los canarios en América; la antropología, que recuperó la verdadera imagen, inédita o autodesconocida aún, de nuestro pueblo; el amasikismo, mantenido en la literatura hablada o cantada, en la literatura e historiografía escritas y en las investigaciones antropológicas; el regionalismo cultural y político, que hoy podemos llamar nacionalismo, con sus varias y sucesivas modulaciones, tácitamente precedidas y apoyadas en el nacionalismo anticolonial y más explícito de Secundino Delgado; y la crítica literaria y no literaria, que alcanzó una

autoconciencia técnica y nacional, sólo recordada y acumulable después del renacimiento nacionalista iniciado en 1976, treinta años después del *Manifiesto de los pueblos coloniales* firmado en 1945 por otros pueblos del Oeste de África.

Aunque quizá conviene recordarlo, no es éste el momento de decir por qué los canarios, hace cien años tan adelantados con una amplia vista de liberación cultural, poseen hoy una autoconciencia crítica inferior a la de cualquiera de los pueblos más afines del Sur. Conviene reasumir el pasado desde el presente horizonte planetario, pero también desde la presente intimidad nacional de cada uno de los pueblos viejos o jóvenes, norteños o sureños, de este pequeño planeta amenazado.

5. EL MODERNISMO, LA NOVELA Y LOS LECTORES NACIONALES

Una crítica visión de conjunto de nuestro modernismo no puede limitarse hoy, después de 1976, a una parafraseada lista de la bibliografía canaria durante los decenios 1870 a 1930, si quiere facilitar las ganas de leer y de entender la narrativa millariana y no millariana, fechada en el decenio 1890 y antes y después.

No es imposible (y sin duda es inofensivo) asimilar todos los géneros literarios a la novela. El cuento es un capítulo virtual, cuando no es un resumen; la historia es una antigua variedad de la novela histórica; el poema lírico, la novela de un solo personaje, que es el poeta (Borges, *Textos cautivos*).

Borges afirma que una traducción más actual del título de la *Divina Comedia* puede ser *Novela teológica*. Sin olvidarnos del *Quijote*, releído en inglés, y de *Las metamorfosis* o *Asno de oro* (*El burro amarillo* o *pelirrojo*) del africano y libio o amasik Apuleyo, releído por la picaresca española, la novela moderna surge de modo acu-

mulado en el Setecientos británico, junto con el periodismo liberal.

Esta asunción crítica, completada con el nuevo horizonte darwiniano desde el decenio 1860, es clave para entender el renacimiento generado y acumulado durante la época llamada modernista en tantos pueblos diferentes de la familia humana, y que aquí apenas podemos concretar en dos líneas.

Primera línea. Toda imaginación idiomática y literaria es y ha sido una imaginación novelística, en el sentido de que ha sido siempre construida por un yo humano. Los hombres no son obra de ninguno de los dioses; los dioses son una novela de los hombres. Los hombres no son hijos de Dios, los dioses son hijos de los hombres y la voz de los dioses ha sido sólo una parte de la voz de los hombres y de las mujeres. Durante el modernismo la vieja ética idiomática y ultramundana es sustituida por una varia ética histórica, y por una nueva estética artística en la que la autorrealización cultural es más importante que la religión. Esto es lo que hemos aprendido en los últimos doce decenios. En África, cuando el Sáhara era verde y la helada Europa era inhabitable, el hombre bajó por primera vez de los árboles y aprendió a caminar de pie, aprendió la cultura de la piedra, de la percusión y del ritmo, y sólo después de que los hombres hablaran de los dioses empezaron los dioses a hablar por sí solos como un recurso retórico cuya historia no ha terminado. Uno de los frutos del modernismo posdarwiniano fue este descubrimiento o desenmascaramiento de Dios, cuya ausencia en toda la Literatura Canaria escrita desde Benito Pérez Galdós es tan notable como el hecho de que haya sido hasta hoy tan poco notada. También aquí las *Memorias* de Agustín Millares Cubas son bastante explícitas:

Pero sí sostengo que si mi padre hubiera sido católico y conservador, no le faltaría hoy su estatua...

Pero siempre fue librepensador y anticlerical... Parece un sueño que unos cuantos mamarrachos que se titulan *doctores*, Ilustrísimos y Excelentísimos, persigan la libre emisión del pensamiento y circulen por ahí, vestidos de máscara, en el mundo escéptico e indiferente del siglo XX. Ellos son los más acérrimos sostenedores del capitalismo y mantenedores de la injusticia social.

Y segunda línea. Desde sus orígenes hablados o cantados o escritos, como teogonía o cosmogonía, como épica o historiografía, la narrativa ha sido un género atendido por una colectividad más o menos amplia, no limitada a los cultos lectores egipcios o atenienses, alejandrinos o renacentistas y posteriores, sino abierta a la imaginación idiomática de los lectores o auditores o habladores más populares. Esto puede verse con evidencia en *Robinson Crusoe* (1719), primera novela moderna, en la nueva narrativa africana (*El bebedor de vino de palma*, 1952), en la nueva narrativa latinoamericana (*Cien años de soledad*, 1967) y en el, recientemente redescubierto, origen hablado o cantado de la narrativa del *homo loquax*.

La narrativa y el periodismo acumulados desde el Setecientos se dirigen inicialmente a un ámbito nacional de lectores, que son los que costean la edición de esa narrativa y de ese periodismo. Hasta el Setecientos, la palabra *nación* mantiene una imagen gentilicia. Esta imagen gentilicia de la nacionalidad será convertida en imagen estatal por el absolutismo romántico de la misma Europa iniciadora de unos nacionalismos literarios que pronto se impusieron política e historiográficamente como estatales o imperiales o metropolitanos sobre la zona periférica o colonial de todas las lenguas. Ese práctico patrón de nacionalismo cultural, vigente en algunos estados europeos, aparece ya contradicho por los cosmopolitas alejandrinos, por los italianos del Cuatrocientos y del Quinientos y por la íntima y amplia visión modernista que encontramos en Wilde durante el

dorado decenio 1890, y que se fija también, desde entonces, en las literaturas periféricas de Europa y en las literaturas coloniales de América y de África, incluida la Literatura Canaria escrita y oral cuya primera virtud o fuerza en el sentido renacentista está precisamente en el hecho de que es una literatura del Sur.

6. EL MODERNISMO Y LA REVOLUCIÓN NOVELÍSTICA DE GALDÓS

Mientras el estado, más o menos nacionalista con respecto a los distintos pueblos de España y más o menos colonialista con respecto a las últimas colonias oesteafricanas, se impone desde un patrón de impostura política, la asunción, tácita o explícita y siempre limitada por esa policía metropolitana, de la propia nacionalidad literaria es relacionable con el patrón de autorrealización cultural que es la clave crítica y artística de todo el horizonte modernista. El nacionalismo canario posterior a 1976 permite ver este hecho con una claridad de mediodía sureño (disculpando la redundancia). Cierta historiografía separa con fraude lo que la historia dio unido en José Martí, en José Rizal, en Secundino Delgado y en otros, y ha preferido recordar la autorrealización artística y olvidarse de la crítica y de la autorrealización política en las personas y pueblos coloniales.

Así, en Canarias, la historiografía crítica ha quedado reducida a la inexistencia pública; y así los funcionarios de la cultura y los intelectuales han podido continuar confundiendo la inexistencia historiográfica con la inexistencia histórica. ¿Qué saben nuestros compatriotas de la varia narrativa auroral de Luis y Agustín Millares Cubas y de otros modernistas canarios? Lo peor del analfabetismo funcional, tan institucionalizado en los pueblos jóvenes, es que sólo puede justificarse negando indefinidamente lo que ignora o apropiándose de modo fraudulento y tardío y confuso el mismo lenguaje que siempre ha con-

tradicho y que se ve obligado a contradecir indefinidamente.

Pero antes de hablar de los Millares y de otros notables y desconocidos narradores canarios de los decenios modernistas, tenemos que hablar, como siempre que se hable de imaginación novelística en nuestra lengua, de Benito Pérez Galdós, el africano (así lo llamó su amigo Clarín y así podemos recordarlo hoy con orgullo) que inicia la novela moderna en nuestra lengua, en la misma metrópoli que no había sabido hacer una estética o crítica asunción moderna del *Quijote*, y que sí habían hecho desde el Setecientos los británicos, tan familiarizados desde esa fecha con los canarios, como vemos en Sotomayor, Viera y los Iriarte.

La novela moderna, como el periodismo moderno, sólo quiere depender de los lectores, y Galdós, después de traducir a Dickens, edita personalmente *La Fontana de Oro* (1870) con dinero prestado. La relación directa con los lectores, y la independencia del imperante poder político y social (que en España hizo campaña para que no premiaran con el Nobel a este modernista), no fue la única de las revoluciones que aportó la novela, convertida, junto con el periodismo liberal y desde el Setecientos holandés y británico, en el género clave de la literatura. Esto sólo sucede en nuestra lengua a partir del decenio 1870 y, conviene repetirlo hasta recordarlo, gracias a un canario. Excluir del modernismo esa revolución galdosiana que modifica la imaginación novelística en nuestra lengua, como modifican la lírica y la crítica otros hispanófonos latinoamericanos y oesteafricanos, desde los decenios 1870 a 1920, no beneficia la imagen histórica del renacimiento modernista ni la imagen histórica de la novela en nuestra lengua ni la histórica imaginación narrativa en nuestra familia de animales noveleros o cuentistas.

7. OTROS CANARIOS AMPLÍAN EL MODERNISMO GALDOSIANO

Dejando a un lado, aquí, la confusa y contraria política cultural de la metrópoli con respecto a la novela en España y en sus colonias, entre los centenarios 1500 y 1800, y la evolución de la historiografía, que siempre se escribe después y que una enseñanza exclusiva y excluyente ha limitado a ser un medio de propaganda estatal, podemos pensar y decir que la historia de la literatura escrita es un proceso de mejoramiento acumulado de su propio lenguaje imaginativo: un mejoramiento de la expresión que va siempre acompañado por un mejoramiento técnico. Este hecho, que podemos ver con cierta evidencia en la historia acumulada de la imaginación narrativa del *homo loquax* y en la historia particular de la ingeniería novelística practicada por Benito Pérez Galdós, favorece la asunción y la continuidad de la herencia galdosiana entre los variados narradores y críticos del modernismo canario desde una fecha temprana y sin ninguna reticencia relevante. Conviene recordar que incluso la acusación de que don Benito no quiso escribir nada sobre sus paisanos fue afamada por obispos y curas que no fueron casi nunca gente de nuestra latitud. Los escasos canarios cultos que han repetido esa imagen no deben desconocer que participan en una manifestación de damas católicas que se inicia en los pulpitos y confesonarios de la metrópoli. Esta crítica catequística, que ignoraba la revolución narrativa de Galdós, aplaudida como una gloria por sus compatriotas sureños, está claramente relacionada con la campaña de la hechicería antiliberal y antimodernista que pisoteó las calles de España gritando contra la propuesta para el Nobel brindado por la misma Academia sueca como una oferta tácita que sólo podía parecer rechazable para una metrópoli tan pobre como la pintada por Sotomayor en su *Carta de la Corte* y por otros canarios decepcionados. «Vive Dios, que este Madrid tiene olores de pudridero», escribe Ángel Guerra en

el *Diario de Las Palmas*; y pronto le contesta, en la metrópoli, *El Heraldo Militar*:

a algunos de estos isleños les pasa por culpa absoluta de nuestros hombres de gobierno (que no conocen más idea de su patria que el mangoneo de la cosa pública y el hacerse de dinero), lo mismo que les sucedía a cubanos, portorriqueños y filipinos.

A España la consideraban como un país prostituido y maldito. Su patria era aquella otra tierra...

Para ellos España resultaba el país extraño y eran sus peores adversarios.

Como hoy germina y fructifica *el ideal separatista*, aun dentro de la misma metrópoli; como *se ve rebosar en los islotes que nos quedan* al leer esas cartas estúpidas de monigotes como Ángel Guerra, no nos cansaremos de repetirlo. Es preciso educar a nuestro pueblo... en el amor a su bandera (A. Cabrera, *Ángel Guerra*; subrayados míos).

En sus *Memorias*, Agustín Millares opina así del 15 de noviembre de 1911:

con ocasión de unas elecciones, en el colegio de Molino de Viento, disparó la Guardia Civil contra un grupo de obreros, matando a cinco. Aunque se dijo que el responsable de la catástrofe era el caciquismo... es lo cierto que el culpable fue el teniente que mandaba la fuerza, un canalla llamado Abella, quien mandó hacer fuego para vengarse de los canarios que, merecidamente, le hacían objeto de sus burlas y desprecio. Dicho individuo fue procesado por la jurisdicción militar y absuelto.

Don Benito fue pronto un profundo observador de la corte, pero no le gustó esa corte cuando comparó lo visto con lo esperado por un ojo colonial o *ultramarino*, que llegaba desde el Sur de África con modernas referencias de Europa y de América.

Reunir las líneas galdosianas seguidas por nuestros narradores sería un trabajo lindo pero casi tan largo como la narrativa canaria modernista. Todos asumieron esa herencia y los que la ampliaron no fueron desconsiderados con ella.

8. LA IMAGINACIÓN NARRATIVA DE LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

Si no hay inconveniente en incluir dentro del renacimiento modernista la revolución en la ingeniería narrativa iniciada por Galdós en el decenio 1870, tampoco lo hay en incluir dentro de ese mismo renacimiento la imaginación narrativa de Luis y Agustín Millares Cubas que, continuando la línea galdosiana con los lectores españoles, escriben para un lector canario que tuvieron que inventar. El renacimiento modernista no sólo fue también narrativo y crítico, sino que fue culturalmente mucho más variado de lo que se ha venido diciendo. La historiografía literaria escrita en nuestra lengua resulta bastante marcada por patrones galicistas,

máxime si recordamos que la literatura británica es menos un debate de escuelas que una vasta multitud de individuos. Los literatos de Francia (y los sudamericanos y españoles que los remedan) son hombres que obedecen, modifican o desacatan su tradición; los de Inglaterra son individualistas a quienes les interesa poco indagar si son ortodoxos o herejes. El historiador de la literatura francesa tiene que definir escritores que han pasado la vida definiéndose; el de las letras de Inglaterra tiene que

inventar y ensayar clasificaciones (Borges, *Textos cautivos*).

Entre los canarios, como entre los anglófonos y frente a los francófonos del Oeste de África, encontramos un patrón más afín al británico que al francoespañol. Entre los canarios, el renacimiento modernista no fue una escuela sino el resultado de la variada suma de individualismos, visible no sólo en las modulaciones líricas tan distintas de hombres unidos por la amistad y por el arte, como Tomás Morales, Alonso Quesada, Saulo Torón y Domingo Rivero, sino también en las distintas modulaciones narrativas de los hermanos Millares Cubas, de Miguel Sarmiento, Miguel Maffiotte, Pérez Zamora, Pérez Armas, Ángel Guerra o del autor de la espléndida *República bananera* (1916), entre otros, y en las distintas modulaciones críticas de Secundino Delgado o Francisco González Díaz.

Fue en la casa del médico Luis Millares Cubas donde desde 1907 pudieron reunirse los intelectuales canarios y donde eran recibidos los intelectuales españoles y europeos que venían de visita, como Unamuno o Saint-Saëns. «Asistía el medianísimo poeta Salvador Rueda, cuya fama nunca he podido explicarme ("¡Oh Habana esplendorosa, que hueles a café!"), autor de la introducción, erizada de ripios, de *Las Rosas de Hércules* del pobre Tomás Morales» (Agustín Millares Cubas, *Memorias*).

Los pocos y no siempre lúcidos críticos del modernismo canario se han venido limitando al ámbito de la lírica, pero mi larga experiencia estudiosa de esa época me permite pensar y decir lo siguiente: la narrativa fue anterior a la lírica y no menos importante que la lírica; los poetas fueron también animados o influidos por narradores previos; y algún lírico clave como Alonso Quesada (ya podemos decirlo) no fue menos narrador que poeta y fue poeta después de ser prosista. Si convenimos en que la imaginación narrativa no es tan separable de la imagina-

ción lírica como ha venido diciendo la historiografía, podemos aproximarnos mejor al temprano protagonismo de Luis y Agustín Millares Cubas dentro del horizonte modernista.

8.1. Las novelas de la tierra canaria

Con una edición personal, como había hecho don Benito con *La Fontana de Oro*, inician Luis y Agustín Millares Cubas su serie narrativa *De la tierra canaria*, compuesta por un libro de cuentos, *Escenas y paisajes* (1894) y por cuatro novelas, *Pepe Santana* y *Santiago Bordón* (1898), y *La deuda del Comandante* y *Los inertes* (1899), encuadradas de dos en dos. Éstos, como el resto de sus libros, fueron todos ellos publicados, incluso los aparecidos después de la muerte de Luis, bajo el nombre de los dos hermanos. En sus *Memorias*, aún inéditas, dejó Agustín algunas «notas de guía a los *futuros críticos*, investigadores de nuestra *labor literaria*» (los subrayados son suyos):

En nuestro primer libro *De la tierra canaria...* no hay colaboración. Los cuentos, unos son de Luis, y otros míos. Estos últimos los hallaréis en un cuaderno que se custodia en la cómoda, escrito de mi letra, bajo el título de *Cosas vulgares*. Creo que el mejor de tales cuentos es *Germinal*, de Luis, calurosamente elogiado en una de las cartas, que conservo, del gran José María Pereda. El excelso Saint-Saëns tradujo al francés y publicó en la *Revue Blue* dos de esos cuentos: *Christophe Molinos* (*Cristobalito Molinos*), mío, y *Noël* (*El Nacimiento*), de Luis.

Sobre las otras obras dicen las *Memorias*: «No hubo colaboración en la segunda obra: *Pepe Santana - Santiago Bordón*». La primera de estas dos novelas, publicadas en un solo volumen, es de Agustín; la segunda, de Luis. Tampoco hubo colaboración en *La deuda del Comandante* y

Los inertes, novelas aparecidas también en un solo volumen. La primera es de Luis, y la segunda de Agustín.

Donde hubo verdadera colaboración fue en *Nuestra Señora*, en *La herencia de Arauz* (teatro) y *María Brial* (teatro también). Escribíamos los capítulos y las escenas, y luego los refundíamos, los modificábamos, los hacíamos nuestros.

Las *Memorias* (cuya consulta quiero agradecer a Agustín Millares Sall, el primer poeta que prefirió morir como un hombre, ofreciendo sus cenizas al océano, bajo el lúcido tambor solar) trae otras noticias preciosas:

Siguiendo la historia de nuestros libros diré que *San Joseph de la Colonia* fue soñado por mí, y *Doña Juana* es toda ella mía, como *Monsieur Charles*. Las piezas de *Teatrillo* y los cuentos publicados a continuación de *San Joseph*, unos son de Luis y otros de Agustín; pero de tal modo llegamos a identificarnos, que hasta mis hijos se equivocaron, atribuyendo a un hermano lo que es de otro. Cuántas veces Luis y yo nos hemos reído sin revelar el secreto. Los dos últimos libros, el *Léxico de Gran Canaria*, *Canariadas de antaño* y la introducción al *Diario* de don Antonio Bethencourt, son míos.

Es probable que todas o casi todas sus obras fueran publicadas como ediciones de autor: quizá por esto, después de la novela cultivaron el teatro, y después del teatro el silencio o (sólo Agustín, después de la muerte de Luis) una tardía narrativa costumbrista, ya dentro del decenio 1920. Aunque ellos, como había hecho Galdós en España, inventaron en Canarias un lector urbano de clase media, ese lector no podía mantener la edición de una novela como no fuera en forma de folletín periodístico. Esto puede verse con cierta claridad en el fracaso como libro de la escandalosa *República bananera* (1916) de Alonso Quesada o en las importantes novelas que se resignan a ser publicadas como folletines de periódicos hasta el decenio 1920.

Mirándolas desde hoy, habría mucho que hablar sobre esas novelas millarianas escritas hace casi cien años para un lector canario de clase media urbana. Esta asunción de un lector canario nunca ha sido tan explícita en la narrativa canaria posterior a 1930 y por eso no es frecuente en esta narrativa posterior la acumulada autoconciencia gentilicia o nacional que encontramos en la varia novela de nuestros modernistas. Pero de poco vale hablar de esas legibles novelas mientras continúen inéditas y desconocidas para los lectores comunes y críticos.

8.2. Nuestra Señora

Nuestra Señora (1900) fue considerada como su novela más importante por sus mismos autores y también por la crítica canaria en esa fecha temprana.

A mediados del decenio 1890, y después de su estancia en Buenos Aires, Francisco González Díaz hablaba, como Rubén Darío, y como José Martí había hecho primero, de la independencia literaria de los pueblos de nuestra América. Y la crítica canaria se atrevió a definir nuestra independencia literaria, apoyándose no en el pasado sino en el presente, no en la lírica modernista fijada por Tomás Morales en los *Poemas de la gloria, del amor y del mar* (1908) sino en *Nuestra Señora* (1900), en esa novela millariana cuyo título está más próximo a la miriónima Isis alejandrina o a la gran Madre tierra de las trenzas verdes que a la Virgen del Pino. No fue, pues, la lírica, más tardía, sino la novela la que permitió pensar públicamente, el año 1901, en la independencia imaginativa de la literatura canaria. Ni una ni todas las novelas publicadas durante los decenios 1970 y 1980 han producido hasta hoy una parecida afirmación crítica. Y si la crítica o la historiografía les dedicaran hoy una afirmación como ésa, podríamos recordar que le fue dedicada a la narrativa modernista con nueve decenios de antelación.

8.3. La música y la memoria del idioma criollo

Cuando Nicolás Estévanez, expatriado en Europa, reafirma con orgullo su africanía y le canta una canción famosa al árbol de su infancia:

 Mi patria no es el mundo,
 mi patria no es Europa,
 mi patria es de un almendro
 la dulce, fresca, inolvidable sombra,

donde recuerda que

 la patria es la memoria,

construye dentro del lector, sin apalabrarla explícitamente, la imagen de que la patria es también una música.

Ciento cincuenta años antes, en una pequeña novela incluida en sus *Cartas diferentes*, Cristóbal del Hoyo Sotomayor, el mismo que escribe con una mirada moderna su crítica *Carta de la Corte* a un amigo canario, nos cuenta su emoción al encontrarse en Lisboa, también como expatriado, con el acento de una paisana conocida como Alejandra la Canaria. Ese nostálgico sonido idiomático (sin olvidarnos de cierto espíritu aventurero, propio de la típica dispersión colonial) une al noble y a la criada, y ha mantenido hasta hoy esa vitalidad que hace tan legibles las cartas de Sotomayor.

El primer título de esta antología millariana, *De la tierra*, reaparece como un antetítulo que reúne sus cinco libros primeros. En la historia, situada fuera de Canarias como la nostalgia de Estévanez y como el encuentro de Sotomayor, lo que seduce al protagonista y a los lectores es el sabor del propio idioma criollo, recuperado, lejos de casa, en los labios de una mujer de la vida «conocida en toda Atlántica»:

 lo que más le impresionaba era el acento, aquel castellano de sílabas arrastradas, aquellas entonaciones

interrogativas y plañideras que le producían el efecto de hallarse ya en su casa, rodeado de personas y cosas familiares y conocidas.

Esa música criolla, ese sabor idiomático es el mágico sabor de la tierra, es la mágica música de la tierra, de lo que con una palabra bisexual y cargada con las sucesivas confusiones del estatalismo posromántico de Europa se ha venido llamando la patria en las lenguas neolatinas.

Mágica no es sólo la música, mágica es también la imaginación y la memoria de este idioma criollo. En *La viuda de Juan Suárez* escuchamos:

—Pase usted adelante —contestó la mujer con una voz muy rara, como si dentro de ella hablara otra persona.

Agustín Millares Torres, el padre de estos hermanos, había publicado en folletines y ediciones de autor una serie de novelas históricas comparables sin desventaja con las publicadas en otros pueblos de nuestra lengua. Esa novela histórica fue desplazada definitivamente por el moderno realismo galdosiano, que el propio Millares Torres fue uno de los primeros en elogiar.

En *La muerte de José del Álamo*, la historia antigua se cuenta con una modulación modernista: un soldado de la primera guerra colonial de Canarias muere solo y abatido por el sol, un sol que tiene para él una magia tan hostil como el paisaje.

El eterno círculo narra la vida de «Anselmito, profesor de primeras letras en el colegio de San Isidoro»:

la lucha por la vida, sin más incentivo ni más recompensa que la vida misma, el círculo eterno que el insecto humano describe en un rincón perdido en la inmensidad polvorosa del universo.

En *La Peña del Colegial* admira Ángel Guerra «aquel relampagueo del estilo»; pero no menos significativa es la imagen del mar luchando con la roca. La imagen del mar reaparece en la narrativa millariana, así como la imagen nacional de los mágicos atardeceres, anticipándose a Morales y a Quesada.

En *Candelaria* —relacionable con *Pino* de Miguel Sarmiento—, donde se nos cuenta la violación de una muchacha por un visitante que la ronda y al que ella deja entrar en su casa, Ángel Guerra ve esta imagen alarmante: «Es la historia eterna del país». En *Candelaria* podemos ver una de las muchas variaciones del tema de Dácil que aparecen en la Literatura Canaria escrita.

En la *Historia de un pobre diablo*, un canario descubre, mientras regresa en el tren a través de España, la desesperada orfandad de sentirse sin patria.

No era España su patria... ¿Qué le importaba de España?... Aquello era muy grande para caber en su cabeza, era lo desconocido... era algo muy lejano que no podía abarcar en su pensamiento, algo que no veían sus ojos, algo sagrado, oculto, misterioso, que le infundía temor y respeto.

Su patria era mucho menos, casi nada... aquel lejano rincón de Atlántica donde nació y donde sus padres le esperaban.

La nueva novela y la nueva crítica del Sur nos ayudan a ver aquí a un típico estudiante que estudia en Europa y que ni siquiera alcanzará el consuelo del regreso.

En *Vuelta al hogar* es un indiano el que regresa, de Cuba, deseoso de descansar en su casa. Encuentra la casa vacía porque su mujer, cansada de vivir sola, se ha ido con otro. Sin modificar sus ideas, el indiano se adentra en el mar, animado por el único «pensamiento de que aquella noche dormiría en su casa». No es difícil ver aquí

una variación del vacaguaré, otro tema recurrente en la Literatura Canaria escrita y oral. Esta imaginación auto-destructiva, reaparece en *Cristobalito Molinos*, abandonado por su mujer, que se embarca con otro. *De jarana* insiste sobre el mismo tema: «de pronto, sin motivo ni antecedente alguno, Rafael empezó a quitarse la ropa para arrojarle al mar». El cuento acaba así:

Tendidos en la arena, pisoteada y sucia, bajo la mirada centelleante de las estrellas, los de la *parranda* sintieron, con la angustia de la primera náusea, una tristeza abominable, ansia de no ser, de sumergirse en la eterna inconsciencia de las cosas.

En los cuentos de *San Joseph de la Colonia* a los subtonos de la música coloquial se unen los sobretonos de una magia simbólica, cultivada por los autores en sus obras teatrales de esa misma época. El cuento que da título al libro es uno de los mejores de esta colección y anticipa las futuras cadencias de *Fetasa*. En *El de las bombas* y en *Carta de La Habana* nos estremece una imagen de la ruina que proviene del exterior. En los otros cuentos se mezclan los recuerdos de la infancia y la simplicidad de una stirpe de ascendencia confusa y condenada a perder el protagonismo de su ciudad natal.

Esto es también lo más notable en los tres últimos cuentos, de *Canariadas de antaño*, libro que repite antropónimos ancestrales, como el Magado o Pepe el Canario, y diminutivos frecuentes y profundos, como

el simpático Martinito, robusto mocetón cuya stirpe indígena se delataba en la estatura procerosa, en la ancha cara juanetuda, en el color *ruano* de su pelo y en el azul de sus pupilas, el azul especial claro y como desteñido de los ojos canarios, que guardan el misterioso reflejo de generaciones muertas.

De pronto, puede aparecer una palabra o una frase que el olvido ha hecho misteriosa y que el estudio o la memo-

ria recuperada pueden hacer mágica, como ésta: «Siga la guaracha». *Donde esté y como esté* nos habla de «el guasón isleño, cuyo supremo deleite es reírse por dentro». A esa profunda ironía no escapa ni la muerte, como puede verse en *Suicidio*, una variación bufa del vacaguaré. *La filosofía de Juan Rapadura* podemos suponerla después de conocer el apodo del filósofo; pero ni este cuento ni los primeros seleccionados de *San Joseph de la Colonia* son tan simples como pueden parecer a primera vista.

En el fragmento de *Doña Juana*, que da título al libro y que es una novela corta, reaparece el añorado Bosque de Doramas, «tal vez el único sobreviviente de los románticos paisajes de la gran Atlántica salvaje». *Várgula*, en medio de la vaguedad narrativa de su lenguaje lírico, nos ofrece esta imagen mágica del atardecer, que no pertenece en exclusiva al inconsciente colectivo o cultura ancestral de los canarios:

Desde niño, la luz anaranjada del sol poniente sobre la blanca superficie de un muro, despertaba en mí la atención de un modo extraño. Era como el fondo de un cuadro sin figuras, la decoración vacía de personajes, de una escena por mí conocida desde un tiempo muy remoto.

El protagonista de *Tantalillo*, condenado a jugarse la vida en un mapa colonizado, no alcanza a defender ni a comprender su destino frente a unas fuerzas extrañas, inesperadas y destructoras. El antiguo y razonable cuchillo canario no puede hacer nada frente al revólver borracho de un marino gringo.

8.4. Libres de la imagen españolista de la «novela regional»

Con *Nuestra Señora* (1900), Luis y Agustín Millares Cubas abandonan la serie *De la tierra canaria*, iniciada en 1894 con los cuentos de *Escenas y paisajes*. Abando-

nan la serie *De la tierra canaria* cuando se plantea tanto en la metrópoli como en Canarias la imagen de una novela regional o regionalista, con modulaciones diferenciales en una y otra parte, pero siempre confusas para los que no tenían las cosas tan claras como los más lúcidos continuadores canarios de la herencia galdosiana. Entre éstos están Luis y Agustín Millares Cubas, pero no están solos. Aunque este asunto, que reaparecerá en la introducción a Benito Pérez Armas, desborda los límites de este estudio, conviene apuntar aquí lo siguiente.

Nuestra Señora no sólo se desliga temprana y explícitamente de lo que puede parecer regional o regionalista, sino que critica a un personaje «que nunca había salido de la Isla, Pepito Socorro, el hijo de seña Pinito la de los bizcochos», y que se presentaba públicamente como el «futuro creador de la literatura regional canaria». Este personaje alude a Pepe Betancort o Ángel Guerra, pero hay aquí también una respuesta a las críticas que en el oriente y, sobre todo, en el occidente canario repetían que la narrativa millariana no era verdaderamente regional. De lo que quieren liberarse Luis y Agustín Millares, como lúcidos cultivadores de una narrativa más moderna, es de la imagen española de una novela regionalista que, según palabras de Pereda, ¡en 1897!, excluye «la novela *urbana*, de donde quiera que fuere la ciudad, siempre que sea de las que *se visten a la moderna*», e incluye un casticismo campesino, deseoso de continuar la antigua herencia de los godos de sangre limpia:

allí hay regionalismo de ese que yo profeso y ensalzo y me atrevo a presentaros como rica, inagotable cantera en que acopia sus materiales la novela regional o rústica, o más genérica y expresiva y propiamente hablando, *la novela popular y por ende nacional, española neta*. (El subrayado de las dos citas es mío).

Las *Memorias* de Agustín Millares traen estas palabras suficientes:

Debo decir algo de José María Pereda, hombre ejemplar, de sanas intenciones, pero que nunca debió atreverse con la novela y mejor estarían en el limbo las obras amazotadas, *de afectado casticismo y de una moralidad de casticismo...* Hoy nadie se acuerda del eminente *escritor montañés*, y con justicia. (El primer subrayado es mío; el segundo, suyo).

8.5. Libres del exótico africanismo europeo

Hasta el decenio 1870, hasta Gregorio Chil y Nicolás Estévez y Juan Bethencourt, el lenguaje africanista estaba limitado a la vista y a la palabra de los europeos que bajaban hacia el Sur en busca del sol y de otras curiosidades más o menos exóticas o salvajes o primitivas, dentro de aquella vista total de la cultura humana apuntada al principio de este ensayo. No sabemos qué es lo que vio el buen músico Saint-Saëns en *El Nacimiento* y en *Cristobalito Molinos*, cuentos que tradujo al francés llamándolos *canariotes*. Saint-Saëns cantó las campanadas canarionas de Vegueta con el lenguaje mundial de la música; pero el africanismo de la varia literatura europea estaba condicionado por un exotismo que limita profundamente su lenguaje. Los británicos, muchísimo antes del decenio 1920 en que lo hacen los alemanes alabados por una inquietante germanofilia, habían venido pintando escenas y paisajes canarios, junto con escenas y paisajes de otras partes de nuestro continente. *Escenas y paisajes* se titula el primer libro de Luis y Agustín Millares Cubas; pero el sabor de la tierra se construye aquí, no con fácil y exótico costumbrismo, sino con un método que no podía alcanzar el exotismo foráneo ni el costumbrismo casero. Ese método es el idioma hablado en la ciudad de Atlántica o ciudad de Canaria (Las Palmas): idioma de la ciudad que sólo podían asumir como una herencia propia, e inalcanzable para escritores y pintores

exóticos, los propios hispanófonos oesteafricanos. Aunque quizá este último calificativo no les hiciera mucha gracia a Luis y Agustín Millares Cubas ni a otros escritores de nuestra tierra, salvo a ese gigante lúcido que fue Nicolás Estévez, conviene recordar aquí dos cosas. Hasta España comparte, a su modo, el africanismo exótico que Europa venía cultivando desde hacía bastantes decenios. Refiriéndose a una de sus obras de teatro, Emilio Thuillier les recuerda a los hermanos Millares que

con *esa hermosísima vegetación africana* daríamos al drama una visualidad hermosísima que tanto gusta a nuestro público.

Y Emilia Pardo Bazán, amiga íntima de don Benito, y seguramente asesorada por éste, en un artículo publicado en París sobre los nuevos literatos españoles, recuerda a «los hermanos *africanos de Canarias*, Luis y Agustín Millares Cubas» (subrayado mío).

El africanismo exótico de Europa, admirando y apalabrando y explotando una africanidad superficial e identificada con una cultura salvaje, inofensiva y autocomplaciente, impedía el desarrollo de una cultura crítica y cosmopolita o modernismo igualitario entre los propios africanos, que por influencia de ese africanismo desigual y exótico se vieron obligados a prescindir de un etnónimo continental que seguía confundiéndolos con personas y pueblos inferiores. Por esto, en la narrativa millariana, como en las crónicas coloniales y en la *República bananera* de Quesada, el turbio primitivismo aparece claramente criticado con la ironía destructora y común de hiperbólicas imágenes de animales entre las que aparece el paquidermo, el hipopótamo, el bimano, el salvaje inofensivo, y uno que es «desafinado como un perro». Salvo el salvaje inofensivo, que es de *Doña Juana*, toda esa fauna aparece en *Canariadas de antaño* y, aunque no es exclusiva de este tardío costumbrismo millariano, ese imaginario incluye el toque crítico que lo aleja de la autocomplacencia realista y simbólica

mantenida hasta *San Joseph de la Colonia*, y que lo aleja también de las fáciles autocomplacencias del costumbrismo típico.

8.6. Líderes de la novela de una nación joven

Después de la muerte de su hermano Luis, Agustín tiene que escribir solo. A esto se unen los cambios ocurridos en la sociedad canaria entre los decenios 1890 y 1930, y la experiencia personal de ese devenir, visible en sus *Memorias*.

La población de entonces no era la de ahora, indiferente al ideal y dominada por los jesuitas, llegados aquí atraídos por las libras que venían y vienen de Inglaterra en cambio del *dorado fruto*. Entonces no había órdenes religiosas, excepto las hermanas de San Vicente. Hoy las hay a montones.

Después de 1898 y, sobre todo, después de la victoria frustrada del Partido Popular Autonomista en noviembre de 1901 y de la detención de Secundino en marzo de 1902, un nuevo período se había abierto en la historia de esta tierra pequeña y juvenil. Hasta la demografía empezó a hispanizarse de tal manera que las costumbres idiomáticas criollas no son ya un recurso narrativo de autocomplacencia urbana; son más bien un modo de salvación para una cultura nacional amenazada: así hace Agustín, en 1924, la primera edición conocida de un diccionario canario.

Uno de los méritos de la moderna narrativa millariana fue el de hacer una asunción urbana del idioma hablado en la ciudad de Atlántica, o Las Palmas, ámbito de casi toda su obra y la única ciudad que, desde esa fecha temprana, sabía y podía asumir literaria o narrativamente un idioma hablado, que era urbano y popular al mismo tiempo, y que incluye tácita y explícitamente, con todo el encanto estético e historiográfico y antropológico

que esto contiene, una línea clave de la herencia musical y memoriosa de los canarios como hispanófonos sueños.

Este hecho es el que potencia el nacimiento de la narrativa canaria con una autoconciencia crítica que encontraremos en la ironía posterior de la *República bananera* de Alonso Quesada y que los actuales narradores y críticos canarios, desposeídos o analfabetos de la herencia narrativa de su propio país, no han podido acumular. Esa asunción de un lenguaje urbano y democrático es la que permite el desarrollo de una narrativa realista o simbólica que, al incluir la mágica memoria común de nuestro idioma hablado, puede ser considerada también como una autobiografía nacional: así, y el caso se repite en las nuevas literaturas africanas, una novela autobiográfica es también la novela de una nueva nación, la primera autobiografía de una nueva nación. Este hecho, que incluye no sólo un encanto estético sino también la memoria de una cultura, podemos comprobarlo en toda la novela millariana y en casi todos los cuentos de esta colección, aunque, las canariadas, aparecidas en el decenio 1920, y no antes, incluyen el tardío y autodecepcionado declive hacia ese costumbrismo complejo del que ya hemos hablado.

8.7. La nacionalidad acumuladora de una narrativa dispersa

Es fácil alargar estas páginas con críticas favorables hacia la novela millariana. Es también fácil convenir en que esa novela sólo ahora empieza a ser bien historiografiada y en que ésta es una de las razones de que la narrativa canaria haya sido hasta hoy una narrativa dispersa o dispersada por la falta de una conciencia de continuidad común a los críticos y a los narradores (no hablemos de los profesores, de los periodistas y de la fauna confusa y rapaz de los aficionados). Pero la falta de una lúcida vista de conjunto de nuestra propia historia nacional en cualquiera

de sus líneas no es una disculpa para los profesionales que cultivan una de esas líneas. El recurso de negar lo que se desconoce es sólo un idiotismo de ciclo corto.

Historiográficamente, sólo existen tres modos acumuladores de la herencia cultural, literaria o no literaria de un pueblo determinado.

El primero es liberarse del patrón de la mistificación, del silencio o de la ignorancia, y que resulta autoevidente en la ausencia de la historiografía de la Literatura Canaria dentro de los esquemas normales de la enseñanza universitaria y no universitaria. Ese patrón evita, niega o falsifica todas las historias que toca. Todas las palabras ensuciadas por la sintaxis de ese patrón deben ser rigurosamente limpiadas o sustituidas.

El segundo es el patrón de la nacionalidad literaria, como sujeto colectivo de un pueblo y tan imprescindible para la propia conjugación de la historiografía y de la historia como el pronombre personal. Sólo la asunción de la propia nacionalidad geohistórica, sólo la metódica nacionalización de la Literatura Canaria, puede ofrecernos una memoria o imaginación acumuladora de nuestra dispersa narrativa y de otras líneas no menos dispersas de nuestra cultura literaria y no literaria.

El tercero es el uso del lenguaje crítico más lúcido y más amplio dentro del horizonte contemporáneo. Como hay un horizonte del Norte y un horizonte del Sur, y como no hay ni puede haber hoy una vista total de la cultura que no tenga en cuenta esos dos horizontes, el lenguaje crítico puede ser vario y acumulativo en la suma de su misma variedad.

8.8. Esta edición

De la tierra canaria. Escenas y paisajes (1894) aporta los primeros nueve cuentos de esta colección: *San Joseph*

de la Colonia (1906), siete; *Doña Juana. Cuentos viejos* (1921), uno y un fragmento, y *Canariadas de antaño* (1926), tres. La serie sigue el orden de su procedencia; pero los cuentos elegidos de cada libro han sido reordenados para hacer posible algún nuevo sabor producido por el contrapunto. Sigo siempre la edición príncipe mucho más fiable filológicamente que las posteriores (este plural es bien singular).

Nota para filólogos (y para editores o correctores hiper-críticos). Cuando no le precede el artículo (y aunque el escritor use un acento dudoso como en «No sías bobo» por «No sias bobo» o en «Mía que te pego» por «Mia que te pego»), la palabra *tío*, aplicada a los viejos maúros o magos del campos, no es llana sino aguda y, por tanto, sin acento: no es «tío» sino «tío». Esto puede verse también en Benito Pérez Armas. De ese *tío* y de esa *tía* salieron, seguramente, el *cho* y el *cha*. Como puede documentarse aún en el idioma hablado, el *cho* también aparece como *chu*, siguiendo un patrón fonético o musical.

El título *De la tierra canaria* fue usado para la serie que reúne los cinco primeros libros de la narrativa millariana.

PABLO QUINTANA

DE LA TIERRA CANARIA
ESCENAS Y PAISAJES

DE LA TIERRA

Tiró la fea hembra del sobretodo, anudó con un gesto rápido el pañuelo bajo la barba, y lanzando al espejo una mirada donde aparecía el resabio coquetón del tiempo viejo, salió del despacho y dijo ya en la puerta:

—Hasta la vista, Gregorito.

Por algún tiempo percibió el notario el roce de los pies desnudos que se alejaban y el choque sonoro de las monedas de cobre que le diera, impaciente por arrojar del limpio despacho el vaho canallesco del aguardiente.

Sin duda la hembra recontaba la limosna.

Después todo quedó en silencio y don Gregorio pudo oír de nuevo el zumbido pertinaz, el torpe aleteo del abejón que se empeñaba estúpidamente en franquear los vidrios de la ventana, engañado por su limpia transparencia.

Aquellas palabras de despedida revolvieron el archivo de sus recuerdos: cosas pasadas que él creyó muertas y que en aquella hora melancólica de la tarde veía de nuevo al cerrar los ojos, trayéndole ecos de voces juveniles y un perfume de albahaca tan pronunciado, que instintivamente miró a los rincones buscando la mata olorosa que así le transportaba a sus tiempos de estudiante.

Creyóse aún en la pequeña habitación de la calle de Tallers, sentado frente al libro, repitiendo en voz baja el texto del Romano, los ojos fijos en la pantalla verde

del lamparín, vagamente arrullado por el rumor nocturno de aquella Barcelona vieja de sus sueños, que desde la calle subía al quinto piso y penetraba por el ventanón abierto.

Fue una visión inesperada y espléndida de la juventud, el rapto misterioso del pensamiento hacia aquellos días, duros y tristes entonces, gratos ahora al llegar envueltos en el perfume de la hierba predilecta, cultivada en un cajón de pasas, único ser que en tierra extraña le recordaba el aroma penetrante del huerto materno, oculto más allá del Océano, en el humilde barrio de las Cantoneras de la poética Atlántica.

Fue la resurrección de sus antiguas aspiraciones de muchacho: sus glorias de estudiante, sus triunfos universitarios que revivían y en soplo de brisa fresca y perfumada llegaban del lejano país de la juventud hasta su rostro plácido, cuidadosamente afeitado, donde la bondad tolerante de su espíritu se pintaba de tal modo que oscurecía aquellos primitivos rasgos de inteligencia poderosa digna de emplearse en tierra más grande en la conquista de la codiciada gloria y que en la oscura patria sólo pudo servirle para alcanzar su fama de hombre honrado y el corazón de Frascorrita, aquella viejecilla incansable en la doble tarea de engordar y hacerle feliz.

Sus ojos perdieron de vista la realidad apacible y pulcra del aposento, fascinados por la contemplación de aquella figura juvenil, rebosando valor y confianza, que resucitaba al cabo de cincuenta años en el humilde cuartucho de la calle Tallers, recitando mecánicamente el texto prosaico, mientras su espíritu indócil soñaba con el triunfo de su nombre aclamado por la multitud, cuyo murmullo le llegaba desde la calle, y con el país poético y lejano cuyo perfume la albahaca esparcía en la atmósfera de la tranquila noche.

—En casa de la Trillo tienes una paisana... ¿sabes?

La voz había sonado en su oído clara y vibrante como en aquel tiempo.

De pronto lo recordó todo: la figurilla truhanesca de su compañero de casa, un estudiante de medicina roto y desaplicado. Hasta recordó su nombre: un nombre bárbaro ya olvidado.

Se llamaba Matarrodols.

Parecióle que otra vez, como entonces, se clavaba en su cerebro la idea fija, mareante, que alejaba el sueño y le perseguía en el aula, de ver a aquella paisana, aquel algo de la tierra, arrojado por un furioso viento en la playa de la gran ciudad, donde la multitud desconocida aguardaba la presa para devorarla entre caricias de monstruo hambriento e indiferente.

De la tierra. ¡Algo de la tierra! De nuevo experimentó el impulso de lástima infinita hacia la criatura a quien imaginaba sola y desesperada soñando con el ancho horizonte de mar y cielo, con la brisa saturada de acres perfumes, con la luna vibrante y con el lenguaje rítmico y langoroso de la lejana tierra. Pensando en ella, sin conocerla, creó aquella figura encantadora y deseable, la que más encantos tiene para el corazón de un mozo a los veinte años: la figura de la mujer engañada, víctima del amor, vencida por débil, y como Magdalena triste y hermosa, buscando entre la multitud indiferente la mirada llena de luz, la mano misericordiosa y fuerte del Salvador, para seguir sus pasos besando el suelo, contenta con tocar sus vestiduras, con servirle de rodillas, con velar a su puerta, ofreciéndose toda en un arranque irresistible de humildad, de pasión y de agradecimiento.

Pensó ahora con igual ternura, a pesar de los años y de la quietud apacible de su espíritu, en la imagen romántica, a quien dieron vida sus mismas vacilaciones antes de verla, la repugnancia instintiva de traspasar la puerta de aquella casa, la lucha entre el impulso de su deseo y

las palabras de la madre, que escuchó sonrojado en el momento de la partida. Aquella misma lucha que con increíble buena fe sostuvo durante tres días, irritando su curiosidad, fue la causa de que una noche, ya en hora avanzada, arrojase el libro por tierra y con paso resuelto llegase hasta la travesía oscura, por la cual otras veces complacióse en pasear mirando los negros portales, percibiendo el rumor de la fiesta cortesana, sintiendo un mal deseo que le empujaba a la región desconocida y resistiendo a él por timidez de carácter y por respeto a la última palabra de la madre. Siempre vencía, y al dejar la calle estrecha y negra, cuya atmósfera se le antojaba saturada por las emanaciones de la carne, al penetrar en la anchurosa Rambla, al sentir la fresca brisa del mar, el murmullo y son de la gente atareada, experimentaba el placer del vencedor, algo así como el cosquilleo de los laureles en las sienes, como rumor confuso de palabras de agradecimiento brotando de los temblorosos labios maternos.

Ahora llevaba la firme voluntad de cumplir su empresa. Había adquirido el convencimiento de que iba a realizar un deber sagrado. Hasta llegó a imaginar, buscando razones artificiosas que oponer a la voz de la madre, que la infeliz criatura le esperaba, presentía el auxilio, y con su pobre lío de ropas bajo el brazo aguardaba la misteriosa señal, la visión del Redentor, para seguir sus huellas, besar el suelo, velar a su puerta ofreciéndose toda a él en un raptó purísimo de pasión, de humildad y de agradecimiento infinitos.

Otra vez imaginó llegar a la puerta y aun tuvo la visión clara de aquel monstruo africano, semidesnudo, que más allá de la reja que guardaba la entrada le sonreía grotescamente al descorrer los cerrojos. Aquel saloncillo, los divanes descoloridos que se adivinaban manchados por el vino, rotos los resortes por la brutalidad de la caricia; aquellas hembras, sobre cuya carne los encajes y la seda se encanallaban fingiendo harapos; las sonrisas que le parecieron mueca dolorosa, contrastando con la mirada de

aburrimiento, casi de repugnancia, con que acogían al intruso; el aspecto de aquella otra mujer rígida y flaca, de mirar duro y severo, apareciendo como un jirón lamentable de honra femenina, más repugnante aún que las otras hembras, todo aquel cuadro, para él entonces nuevo, se reprodujo a sus ojos, y con tal claridad lo imaginó que, recordando su ridícula actitud, la sonrisa de hombre ducho a que forzó a sus labios, y más que nada el saludo ceremonioso que dirigió a la horrible Celestina, crispó su pálido rostro un graciosísimo impulso de cólera.

—¡Estúpido! —exclamó en voz alta.

Aquello duró poco. De nuevo una voz juvenil, con el acento de la tierra, vibraba en su oído exclamando:

—¡Ay, Virgen del Pino!... ¡Si too se paece a Gregorito el de las Cantoneras!

Y como en la hora aquella, sintió el súbito estremecimiento de todo su ser a la caricia de aquella voz que a la par le traía, con el acento suave del país lejano, el recuerdo de la imagen predilecta.

Recordaba con maravillosa claridad que de buena fe había creído hallar en la exclamación de la muchacha una coincidencia providencial, la evidente intervención de la Virgen en su empresa, bendiciéndola como buena y digna de su empeño honrado. Ahora lo veía claro: más que otra cosa, aquellos argumentos significaban el ansia de su espíritu por asociar a la obra el nombre de su madre. Parecióle que la milagrosa intervención de la imagen era garantía de castidad, purificación de la atrevida empresa.

Así solamente era posible explicar que en el estrecho cuartucho, junto a la cama, respirando la atmósfera saturada por un perfume desconocido y penetrante, cayese sobre el sofá, frente a la paisana, que de pie la contemplaba con asombro, sintiéndose inundado por la ola irresistible de piedad y compasión infinitas que agolpaba el llanto a sus ojos y le hacía apretar los dientes, conociendo, a

pesar de su inexperiencia, que era ridículo estallar en sollozos ante la muchacha.

Aquellos instantes pasados en la alcoba le parecieron entonces, y aún se le antojaban, gloriosa prueba de la honradez de su propósito. Ni un deseo, ni un escalofrío había despertado en su carne virgen la presencia de la otra, joven y morena.

A puerta cerrada, a pesar de la vista del lecho, del perfume acre del ambiente, de la presión de las manos que él recordó algo duras y callosas, transcurrió el tiempo, ella contando su vulgar historia, él enternecido oyéndola, dominado por lo nuevo de la situación, por el contacto de la hembra y por su acento cadencioso, otra vez arrastrado a su peregrina idea de regeneración mediante el apoyo de su mano y la fe inspirada por su persona.

Poco a poco acordó de haberla visto, pero había cambiado mucho. Era entonces una chiquilla descalza y rota, que con su madre, aquella tía Catalina, conocida en toda Atlántica, se dedicaba a vender castañas calientes en invierno, pasteles por Navidad y alegrías por Carnavales.

Las recordaba bien, sentadas junto al brasero de barro o detrás de la cesta, en la esquina del puente, y hasta imaginó haberse acercado con su madre al salir de la novena de los Dolores para comprar dos cuartos de castañas tostadas.

Sin duda en aquellos dos años, bajo la influencia del clima fecundo, la muchacha se transformó en mujer.

Lo demás era la vieja historia, la seducción vulgar, aunque a él le pareció novela conmovedora. Un ballenero que llegó al puerto de arribada forzosa, un capitán del que ella no supo más sino que derrochaba el oro, que era moreno y alto y le llamaban *musiú Yon*; la seducción por el brillo de unas piedras, por la perspectiva de un país desconocido, casi fantástico, y, por último, aún ella dudosa, la violenta sorpresa, el rapto al visitar el buque, la madre que volvía

a la playa satisfecha del negocio y una última impresión del país natal en la línea ondulante de las altas cumbres destacándose sobre el fondo espléndido de un crepúsculo inverosímil, juntándose en su espíritu al chasquido de las velas, al canto de los marineros y confundiéndose todo en la angustia del mareo que la tumbaba indiferente y desvanecida sobre la colchoneta del camarote. Lo último que recordaba era haber oído, ya entrada la noche, el melancólico toque de oraciones, cuyas graves campanadas traía una ráfaga de brisa, la misma que hinchaba las velas empujándola hacia el desconocido horizonte.

Después la llegada a Barcelona, la vida feliz en un hotel, el buque que desaparece un día sin dejar huella, la ansiedad de la espera resistiéndose aún al convencimiento del abandono; por fin la certidumbre y la caída sin defenderse, sin luchar, porque sí, porque tenía hambre y le gustaba la vida.

Desde la hora de aquella confidencia su propósito fue inquebrantable. Habló con fe, sentíase inspirado por el espíritu de redención, y allí, en el cuartucho de la mancebía, frente al lecho, en la atmósfera caldeada por el sudor de los hombres y los perfumes baratos de las hembras, resonaba su voz, grave, reposada, cantando el arrepentimiento, abriendo a los ojos de la muchacha los anchos horizontes de una vida honrada y feliz, prometiendo el triunfo a los humildes, a los que sufren y a los que lloran.

Entonces comenzó aquel idilio de seis meses, la vida común, la obra redentora en que su fantasía de poeta romántico se obstinó inocentemente: ella, dedicada con entusiasmo a la tarea de remendar la ropa y preparar los platos característicos del país; él, aferrado a los libros, sintiéndose cada día con más aliento para la conquista de la gloria, entristecido sólo por la terca obstinación de la madre, que no quería convencerse de la santidad de su obra, y en las cartas, temblando por el hijo, agotaba súplicas

y amenazas para que se apartase de María de la Luz, de aquella perdida *farfantona*.

El plácido semblante del viejo se transformaba ante la visión espléndida de la juventud, y otra vez sentía el fuego del entusiasmo como en los tiempos en que caminaba fuerte y seguro, creyendo alcanzar la gloria y la regeneración de la víctima del ballenero.

¿Quién sabe hasta dónde hubiera llegado aquel muchacho lleno de fe y de valor, disponiendo de la paciencia laboriosa del mecánico, del genio del artista y de la confianza del justo?

Y por un momento complacióse su alma con el sueño magnífico de su triunfo en aquella tierra grande y laboriosa, donde pasaron los mejores años de su vida, y otra vez creyó encontrarse en el vetusto salón de la Universidad vieja recibiendo los cuatro diplomas de honor entre el aplauso formidable de la muchedumbre y el estampido triunfal de las músicas.

La prójima lo había presenciado, y aquel espectáculo, que impresionaba sus sentidos meridionales, hízole caer en una crisis de muda adoración, que ponía en todas sus acciones, hasta en las más sencillas, un sello de humildad, de tímida caricia, en sus ojos pardos un reflejo de esperanza y un enternecimiento de todo su ser, que se ofrecía al genio triunfador de Gregorito.

Aquélla fue la época más notable de su existencia. Parecía realizarse el sueño de regeneración, y al mismo tiempo que la rústica prójima adquiría inconcebibles delicadezas de virgen tímida, él, el Salvador, tuvo una noche, después de muchas pasadas en vela, la evidencia lastimosa de que la quería, la deseaba con todo el impulso ardiente de su carne virgen y de su fantasía de poeta romántico.

Ahora caldeaba su afeitado rostro la emoción vieja, la lucha entre su deseo y lo que él imaginaba deber sacratísimo de Redentor: la atracción nocturna que le hacía levantar

los ojos del libro para fijarlos en aquella muchacha perezosa que, dejando caer la aguja sobre la obra comenzada, la mejilla en el hueco de la mano, el codo sobre la mesa, mirábale fijamente, sintiendo el cosquilleo de entregarse y dominándolo, cohibida por el aspecto formal del muchacho. Veía ahora con toda claridad el mismo irritante estímulo de un amor no satisfecho; sospechó que, como él, la prójima pasaría la noche con los ojos de par en par, esperando, como él, un impulso súbito e irremediable de decisión que le arrastrara hasta la puerta nunca cerrada del dormitorio y les precipitase sin explicación en los brazos ya de antemano abiertos.

Pero, y esto le admiraba, fuerte en su idea, deseando la caída e incapaz de provocarla, cierta noche de prueba en que relejó todas las cartas de la madre para ahuyentar la tentación, decidió separarla de su lado, entregarla al capitán del *Joven Antonio*, que era su amigo y paisano, para que la condujera al país..

Todavía fue una angustia el recuerdo de aquella vieja angustia, de la contracción dolorosa y resignada que se pintó en el rostro de la chica al saberlo, de aquellos tres días últimos en que evitaron hablarse, sabiendo que, si lo hacían, estallaban en sollozos, y de aquella despedida en que él inocentemente predicaba un sermón de moral aprendido e ininteligible, mientras ella, llorando a moco y baba, decía a todo:

—Sí... Gregorito... sí...

El plácido viejo sintió caer sobre la mesa dos lagrimones que le recordaron el llanto abundantísimo, desesperado, de aquella noche, primera de separación, en que, de rodillas ante el lecho de la muchacha, mordía rabioso la almohada.

Y de pronto, sin poderse contener, dio un salto que hizo rodar un montón de papeles y se levantó con los puños cerrados.

Había oído con toda claridad la voz de su amigo y paisano, el capitán del *Joven Antonio*, que le decía seis meses más tarde:

—Buena jembra, paisano, buena. La primera noche durmió conmigo... la segunda fue del piloto... después hasta del cocinero...

—¡Estúpido! —volvió a rugir el notario.

.....

A tal tiempo penetraba Frascorrita en el despacho con el quinqué en una mano, ocupando con el ancho vientre la ancha puerta, la boca dilatada por una sonrisa enorme, toda ella sacudida, bajo la temblorosa luz de la lámpara, por la vibración risueña de una felicidad infinita, exclamando:

—Que se enfría el *escaldón*, Gregorito.

Parecióle al notario percibir un último canto de gloria triunfal que se alejaba, se perdía melancólico y susurrante. Era el aleteo del abejón empeñado estúpidamente en romper el cristal.

Y sintiendo que con la adorable viejecilla entraba en el despacho, inundándolo, la prosa tranquila de la vida, la paz regalada de la conciencia, el sueño nunca turbado, fuese a ella y empinándose, puso un beso en la masa temblorosa de las mejillas, murmurando:

—Perdóname... Frascorrita...

LA VIUDA DE JUAN SUÁREZ

En la puerta del Casino, y mientras se quitaba con ademán tardo y pesaroso los guantes blancos, que le venían muy estrechos, Joaquín se detuvo indeciso, mascando el cigarro que acababa de encender.

Percibía distintamente, idealizado por la distancia, el ritmo callejero de un vals de zarzuela y el acompasado pisar de las parejas, que estremecía ligeramente el pasamanos de la escalera alfombrada y las lámparas del vestíbulo desierto. Decidióse de improviso, y pensando que al día siguiente habría de estar en el escritorio a las ocho de la mañana, echó a andar calle abajo, con las manos en los bolsillos del abrigo claro, con el sombrero de copa ligeramente inclinado hacia atrás.

Era mucho más de medianoche y apenas si algunos faroles cortaban con puntos de luz, a gran distancia los unos de los otros, la oscuridad soñolienta de las calles. Caminaba de prisa, con nervioso taconeo, levemente excitado por el champagne del ambigú. Su imaginación renovaba, con admirable lucidez, las impresiones recibidas en aquel baile que acababa de dejar. Creía aún sentir sobre su hombro derecho la delicada presión de manos pequeñísimas y enguantadas y en su pecho la cálida huella de elegantes bustos vestidos de raso blanco. Debajo de sus párpados relampagueaban súbitamente miradas tiernas o burlonas, sonrisas que bañaban de luz los rostros pálidos, levantados hacia el suyo con cierta misteriosa expresión de sumisa ansiedad.

Y el movimiento de la sangre en sus venas, al recordar aquellos incompletos abrazos con mujeres jóvenes, vírgenes y deseadas, era como el oleaje de un mar que venía a romper en su cerebro.

De pronto dio media vuelta y, dejando el camino de su casa, se dirigió hacia abajo, hacia las miserables callejas que terminan en la *banda* del mar. Con andar cauteloso y algo de emoción reprimida, pasó por delante de casucas cerradas, de donde no salía ni un rumor. Resolviase ya a golpear con el puño una de aquellas puertas, cuando divisó a poca distancia, casi a la mitad de la calle, una estrecha faja de luz tendida sobre el empedrado sucio y desigual. Siguió adelante y en el umbral de una puerta a medio abrir halló a una mujer vestida de negro, joven, delgada, cuyos grandes ojos sombríos le miraron al pasar con expresión extraña. Fue una rapidísima impresión de asombro, que no le permitió detenerse y continuó su camino, diciendo para sí:

—Es la viuda de Juan Suárez. Pues no sabía que se hubiera dedicado a *esto*.

Y vacilante y confuso, temeroso de equivocarse, inclinado a pensar mal por una ligera tos que sonó detrás de sus espaldas, llegó hasta la esquina y allí se detuvo un momento, dando vueltas a la misma idea.

—¡La viuda de Juan Suárez! ¡Pues hasta hace poco era una mujer formal!

Aquel Suárez era un mampostero, un hombre honrado y trabajador, cuya mano había él estrechado muchas veces. Sin duda la miseria... o tal vez...

¿Por qué no? Todo aquello podía ser efecto de una casualidad venturosa; una mujer levantada, por circunstancias imprevistas, a altas horas de la noche; un hombre apuesto y bien parecido que acierta a pasar. ¿Por qué no habría de ser aquello la rebelión, inevitable y lógica, de la pasión animal en aquel organismo de mujer, viuda y joven? Y,

abandonando la esquina, volvió sobre sus pasos, subiendo la ligera pendiente de la calle. En el umbral de la puerta, la mujer vestida de negro le miraba llegar, con la misma expresión indefinible.

El diálogo fue brevísimo.

—¿Puedo entrar? —preguntó Joaquín con voz queda y a despecho suyo temblorosa.

—Pase usted adelante —contestó la mujer con una voz muy rara, como si dentro de ella hablase otra persona.

Entonces el hombre entró y la mujer echó por dentro la llave con nerviosa precipitación.

Viniendo de la claridad, de la atmósfera cálida y perfumada del baile, del salón lleno de flores y de sonrisas, la impresión de Joaquín fue muy extraña al entrar en aquel cuarto miserable, alumbrado por un cabo de vela, donde sólo se veían dos catres de *viento* y en un rincón oscuro un brasero de hierro y un confuso montón de cacharros.

Fue un momento de malestar agudo. Algo hubiera dado por encontrarse de nuevo en la calle. Juzgóse ridículo y cruel. ¿Qué venía él a hacer allí, en aquel cuartucho siniestro, oliendo a miseria, con su gabán claro, su corbata blanca y su sombrero de copa?

Entre tanto la mujer aquella, acercándose lentamente, le abrazó por la cintura, alzando hacia él su rostro, pálido y resuelto. Y él, sin darse cuenta de lo que hacía, la miró fijamente, con sonrisa forzada de estúpido. Entonces fue cuando percibió por primera vez un ruido extraño, que sonaba dentro del cuarto mismo, el silbido de una respiración precipitada y angustiosa.

—¿Quién está aquí? —preguntó en alta voz, satisfecho por haber encontrado una ocasión de romper aquel silencio ridículo.

Ella, siempre abrazada a su cintura, contestó como en sueños, con acento frío y maquinal:

—Nada, nada.

Pero él se desprendió del abrazo, y acercándose a uno de los catres, vio sobre una almohada sin funda la cabeza de un niño de cuatro o cinco años, con los ojos abiertos y sin expresión, la frente muy grande y muy abultada, como la de un hombre viejo y calvo, la nariz afilada y la boca entreabierta, mostrando los dientes de leche, blancos y pequeñísimos.

La mujer le había seguido, y en el momento en que Joaquín se volvía para dirigirle una pregunta, como si repentinamente se desataran todos sus nervios, rompió a llorar diciendo:

—Es mi niño, don Joaquín. ¿Qué quiere usted? Está muy malo. Todo lo he vendido. Usted sabe que yo he sido una mujer formal. Usted conocía a Juan. ¡Si él viera esto! Esta noche yo no sabía qué hacer. ¡Necesita tantas medicinas y caldo y leche! La Virgen me perdonará. Don Joaquín, por Dios, no se vaya. Él no ve ni oye, el pobrecito.

Entonces, ante la súplica jadeante y angustiosa de aquella mujer que de nuevo le abrazaba por la cintura, aquel hombre *como un castillo* sollozó ruidosamente, con súbita desesperación.

Como un loco, tiró violentamente del abrigo haciendo saltar los botones, y registrando con mano febril los bolsillos del chaleco, sacó todo el dinero que contenían, lo arrojó sobre la cama y se dirigió corriendo hacia la puerta.

Pero antes de que acertara a abrirla, mientras revolvía torpemente la llave en la cerradura, sintió unos brazos que estrechaban sus rodillas y una cosa húmeda y ardiente que se pegaba a su mano y una voz ronca y temblorosa que le decía:

—Don Joaquín, es usted más bueno que Dios.

CANDELARIA

De improviso, rasgando el silencio tedioso de la desierta calleja, la guitarra comenzó a vibrar. Eran los preludios, ejecutados con limpieza y maestría, de una malagueña del país. El ritmo subía, bajaba, desvaneciéndose ahora en murmullos y zumbidos, para resurgir después en notas claras, insistentes. De pronto terminó con un acorde brusco, seco. Fue como los dos puntos en un escrito, una parada llena de expectación. Una voz robusta, grave, pretenciosa, entonó el cantar.

Candelaria despertó sobresaltada en su catre *de viento*, y apartando la sábana que la cubría, se incorporó apoyándose en un codo, con la cabeza oscilante y desvanecida y los ojos medio cubiertos por las mechas desordenadas de sus cabellos negros.

El que en la calle tocaba y cantaba era don Marcelino, el gran *trovador* atlántico, dueño de un almacén y hombre de muchos cuartos, que hacía dos meses la enamoraba. Decían las muchachas de la tabaquería que era un *baladrón* simpático. Grueso y alto, gran tocador de guitarra, que había aprendido *por música*, no perdía ni una *última*, ni una *taífa*, y hasta gozaba fama de buen luchador.

Ella le había resistido hasta entonces, aceptando, sin embargo, sus regalos. Allí estaban todos, guardados en la caja de pinsapo pintada de encarnado, a los pies de

la cama. Dos pares de zarcillos, un pañuelo de seda, un sobretodo y cuatro frascos de agua de la Florida.

De pronto la guitarra dejó de sonar. Por las rendijas de la puerta penetró una respiración cálida, anhelosa, y una voz profunda, varonil, pronunció quedamente:

—Candelarilla, oye, asómate a la puerta, que tengo que decirte una palabra.

Entonces ella comenzó a temblar con ligeros estremecimientos que recorrían todos sus miembros y terminaban en los dedos de sus pies, fríos y descalzos.

Y sentía en el fondo de su garganta un cosquilleo acre, tenaz, irritante, que la obligaba a toser ligeramente.

—Abre, mujer. Una palabrita nada más. Te juro que me marchó enseguidita.

La muchacha continuaba silenciosa, temblando. Oíase el murmullo, suave y continuo de la acequia que corría a dos pasos del callejón y a lo lejos, en el fondo del horizonte, oscuro e indefinido, la sorda respiración del mar.

Preludió nuevamente la guitarra. Después de unos cuantos acordes lánguidos, melosos, Marcelino, en el dintel mismo de la puerta, caldeando la madera inanimada, comenzó una *danza* arrebatadora.

*Apíadate, tirana,
de mi dolor.*

Y era su voz un arrullo, una invitación dulcísima a la ternura, a la entrega irreflexiva y loca del corazón, de la persona entera, cuando suspiraba:

*Que por tí se muere,
se muere mi corazón.*

Cuando expiró como un lamento suavísimo el último calderón de la *danza*, el trovador, lanzando un gruñido

de entusiasmo, aplicó su hombro robusto a la puerta. Era llegado el momento del ataque.

Como si despertara de un sueño, la muchacha se arrojó de la cama, dando un grito, y sujetando con sus brazos desnudos la madera endeble, resistió hasta el límite de sus fuerzas, desgredada, fría, invocando el nombre de su madre, aquella mujer desconocida que la dejara una noche de febrero en el torno del Hospicio, envuelta en un ropón de zaraza amarilla.

Y la puerta continuaba cediendo, doblábanse los pestillos, rechinaba la cerradura, sonaba cada vez más alto el aliento vigoroso del hombre.

Y la puerta cedió al fin.

Cuando Marcelino entró, dejando caer al suelo la capa y la guitarra, ella corrió gritando por la reducida estancia, descalza, medio desnuda. Hubo una corta y feroz persecución en las tinieblas, ruido de sillas derribadas, de jarros que se quiebran al chocar con el suelo empedrado. La guitarra, herida por un puntapié de Marcelino, gimió dolorosamente en las tinieblas.

Al fin pudo cazarla en el rincón en que se había refugiado, de cuclillas en el suelo, ocultando con los dos brazos fuertemente cruzados la cabeza hundida en el pecho. Levantóla con ímpetu y la abrazó con furor salvaje. Ella se retorció, gritando, con los ojos muy negros y muy dilatados en la cara lívida:

—¡Don Marcelino, suélteme! ¡Por su madre, por la Virgen del Carmen se lo pido!

Y luego repitió como una loca, con terror siempre creciente y la voz súbitamente enronquecida:

—¡No, por Dios; no, por Dios!

En el silencio que volvió a reinar reapareció el murmullo de la acequia, cercano, suave y continuo, y a lo lejos, en

el fondo del horizonte oscuro e indefinido, la sorda respiración del mar.

* * *

Cuando Marcelino se marchó, Candelaria, arrastrándose, encendió un cabo de vela y lo colocó sobre una mesita, ante una estampa de la Virgen colgada en la pared. Y de rodillas sobre el duro suelo, medio desnuda, sonándose a intervalos, porque las lágrimas la sofocaban, repitió sin descanso:

—*Madrita* mía del Carmen, ¿qué va a ser de mí?

En la calle se alejaban los pasos del *trovador*.

Preludió al doblar la esquina, y su voz robusta, grave, pretenciosa, entonó de nuevo la *danza* irresistible, que poco a poco se fue atenuando, desvaneciendo, con intermitencias en que se perdían frases enteras a medida que Marcelino bajaba los empinados callejones que del *risco* conducen a la ciudad. Y cuando llegó abajo, al camino nuevo, junto al castillo, era la *danza* un suspiro, un hilo de voz delgado y quebradizo, una vaga invitación al amor viniendo de muy lejos, del seno transparente y azulado de la noche.

De rodillas sobre el duro suelo, apoyados los codos en la mesa y la frente ardorosa en ambos puños crispados, Candelaria repetía con acento monótono e incansable, interrumpido por el hipo convulsivo de los sollozos:

—*Madrita* mía del Carmen, ¿qué va a ser de mí, qué va a ser de mí?

EL ETERNO CÍRCULO

Levantábase a las seis todos los días y, después de ponerse la americana negra de cuello grasiento y el pantalón verdoso con mucha rodillera, encendía un *virginio* y se dirigía al colegio. A las siete empezaba a enseñar gramática, doctrina, lectura y aritmética a sucesivas generaciones de chiquillos indolentes, mal educados, tan semejantes los unos a los otros que todos formaban en su memoria, a través de los años, como una confusa neblina. A las nueve volvía a su casa a almorzar un huevo frito y una taza de té, y a la hora siguiente entraba de nuevo en clase. A las cuatro se sentaba otra vez a la mesa con sus dos tías, delante de la eterna sopa y del eterno puchero, descolorido e insípido. A las ocho, terminada su tarea en el colegio, se dirigía lentamente al muelle, con la espalda encorvada, el paso incierto y soñoliento. Llegaba hasta la punta, siempre solo, y deteníase un rato ante la inmensidad atlántica que ondulaba vagamente en las tinieblas, recibiendo en plena faz la brisa penetrante, fresca, juvenil, que venía desde el fondo lejano e indefinido como una invitación al viaje, a las aventuras en países remotos, llenos de sol, de vida y de movimiento. Y luego, volviendo la espalda al mar, regresaba a la ciudad, amontonada al pie de los *riscos* que en el oscuro fondo encendían todas las noches centenares de luces, luminarias de una fiesta que nunca llegaba a celebrarse.

Y así pasaban los días, los meses y los años. Los domingos los ocupaba en tocar la guitarra o en leer las novelas que le prestaban, traducidas del francés.

A los treinta años comenzó a perder el pelo, y sus dientes, a causa del abuso del tabaco, se tiñeron de negro y amarillo. Usaba un paraguas todo esmaltado de agujeros y un reloj de plata heredado de su padre. Sus tías trabajaban en sombreros de señoras, y los tres vivían juntos en una casita *terrera* del barrio de San José.

Durante el verano, los jueves y los domingos por la noche, cuando había paseo con música en la Alameda, acostumbraba pararse con sus dos tías por fuera de la verja, para oír las polkas, los valeses y las fantasías de la banda municipal y contemplar el desfile sempiterno de las mismas personas, todo el señorío atlántico, mil veces visto y mil veces comentado. Y mientras las dos viejas analizaban y discutían en animada charla los vestidos y los sombreros, él, con el ansia con que el condenado debe mirar, desde el negro fondo, el paraíso inaccesible, seguía con la vista las parejas de muchachas elegantes, que le parecían seres de un mundo superior. A él nunca le había mirado una mujer, como las mujeres deben mirar a los hombres. Nunca había sentido temblar a una entre sus brazos, con la faz empalidecida por la divina angustia del deseo. Y hubiera dado muchos años de su triste vida por ser uno de aquellos pollos, abogados o médicos, militares, estudiantes o empleados que entraban en el temible paseo como en su propia casa, vestidos a la moda, manejando el bastón con naturalidad y desembarazo, con derecho a recibir las miradas, las palabras y las sonrisas de la brillante juventud que para ellos se ataviaba.

Decían sus vecinos que él era un santo: sus tías se lamentaban de que no se hubiera hecho sacerdote, y él, sin embargo, hubiera estimado como una felicidad inaudita el penetrar en el cuarto de cualquiera de las descocadas muchachas que alguna vez se encontraba por las calles,

vestidas de almidonada zaraza, apestando a perfumes baratos, con zapato recortado y media de colores chillones. Ni ésas tampoco le miraban.

Y así pasaban los días, los meses y los años. Cuando llegó a los cincuenta tenía una calva amarillosa, como de santo vetusto y sedentario, una barba gris y rala y unas manos secas surcadas por gruesas venas verdosas. Una enfermedad de la vista le obligó a usar gafas negras. Y era un tipo conocidísimo en Atlántica, de esos que se ven diariamente por las calles y en los que nadie fija la atención. Era Anselmito, profesor de primeras letras en el colegio de San Isidoro.

A veces, al salir de su casa en las mañanas luminosas de septiembre, se detenía un minuto ante la muralla del paseo, frente al mar. El sol besaba aún la línea del horizonte, trazando en la superficie del mar un ancho camino de oro. El cielo parecía más alto, más lejano, y en los cercados lucía más negro el verde de las plataneras. Flotaba sobre todas las cosas una suerte de vaga expectación. Y entonces, con paso más ligero encaminábase al trabajo, con el extraño presentimiento de que algo nuevo, extraordinario, le iba a suceder en aquel día. Y el día pasaba como todos los demás, monótono, incoloro.

Murieron sus tías, con intervalo de tres años, y él continuó viviendo solo en la casita terrera del barrio de San José. Y entonces, a los sesenta años, empezó a soñar despierto en el colegio, en la calle, en todas partes. Él no era él, Anselmito, el profesor de instrucción primaria. Era un marino, un piloto, de anchas espaldas, de barba negra, viviendo a bordo medio desnudo, en diario combate con los elementos, desembarcando en lejanos puertos en el barullo de una turba pintoresca, sembrando por todas las partes del mundo su virilidad poderosa, en amores frenéticos con mujeres de los Trópicos, de andar ondulante y perezoso, de mirada meditabunda y fascinadora.

Y así, soñando despierto, fue poco a poco acercándose a la tierra, esperando siempre lo nuevo, lo extraordinario, que nunca llegaba.

Entró en la agonía al comenzar una mañana de agosto, espléndida, sofocante. Era un lunes. Crujía en la calle el látigo de los arrieros; oíase la charla bulliciosa de los chicos que, deteniéndose a cada paso, se dirigían a la escuela próxima; pasaban a intervalos vendedoras ambulantes pregonando sus mercancías con acento monótono y plañidero; sonaba a distancia el ritmo acompasado de los martillos de una herrería. Era la vida del pueblo que comenzaba, el cumplimiento maquinal de los mismos deberes, la lucha por la vida, sin más incentivo ni más recompensa que la vida misma, el círculo eterno que el insecto humano describe en un rincón perdido en la inmensidad pavorosa del Universo.

Y así murió, casi a la misma hora en que empezaba su trabajo en el colegio, y hasta la última congoja, en el fondo de la alcoba crudamente iluminada por el sol, esperaba lo nuevo, lo extraordinario, que nunca vino.

DE JARANA

Cuando la tartanilla, abandonando el empedrado áspero y desigual de la calle de la Marina, rodó con sordo y continuado rumor por la carretera del Puerto, Pepa y Soledad respiraron libremente y se descubrieron la cabeza, bajando hasta los hombros la mantilla blanca.

Delante del vehículo el camino se extendía recto y blanco, intensamente iluminado por el sol, excepto una estrecha faja, formada por la sombra precisa y regular que proyectaban las casas *terreras* del lado derecho.

Al salir de la población dilatose bruscamente la playa, de arena amarillosa, que las olas humedecían una tras otra con perezosa regularidad.

Veíaselas llegar desde muy lejos, hinchando levemente la inmensa planicie azul, que devolvía con temblorosa reverberación los rayos del hermoso sol de junio. A lo lejos, la humareda de un vapor que hacía rumbo al puerto, ponía en el paisaje la nota alegre del regreso.

Era aquélla una expedición proyectada con más anticipación y esmero que si se tratara de un viaje a las regiones inexploradas del África. El propio maestro Chano, que sentado iba junto al tartanero, había escogido el blanco y rollizo *cherne*, elemento sólido del festín. Él era el encargado por voto unánime de sus comensales de preparar el *mojo*, a cuyo efecto llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta, envueltos en papel *baso*, dos pimientos co-

loradas capaces de hacer volar una Santa Bárbara. A sus pies se tambaleaba, sacudido por las bruscas oscilaciones de la tartana, un corpulento garrafón, casi lleno de vino del Monte, importante factor de la jarana, reforzado por el indispensable frasco de ginebra, que el maestro Chano empuñaba con religiosa solicitud.

Pertenecían ambas muchachas al tipo de mujeres blancas, pelinegras y anémicas que tanto abundan en las Atlánticas. Sus ojos grises chispeaban al fijarse con errabunda curiosidad en todos los detalles del camino, como si por primera vez los viesan. Admiróles breve rato el hilo del telégrafo, cuyo misterioso funcionamiento les explicó con pocas y autorizadas palabras el maestro Chano, diciéndoles que por dentro de aquellas *líñas* iba la letra. Interesáronse luego por los adelantos del puerto de refugio, cuyas construcciones tomaban tintes cenicientos de pizarra en la limpia atmósfera de la mañana, y a cada paso interrumpían su charla insustancial y alocada para dirigir apremiantes admoniciones al tartanero cuando éste descargaba el *rebenque* sobre el lomo del pobre caballejo.

—Déjelo ir. Oiga, *cristiano*, no le arrime tanto al pobre animalito.

* * *

Los momentos que sucedieron a la llegada a la playa fueron de tumultuosa alegría. Pepa y Soledad declararon que ellas no pondrían mano en nada que se refiriese al apresto de la comida, y dejarían que el maestro Chano se entendiese con todo. Y luego, recogidas las almidonadas enaguas de vistosa zaraza, se entregaron a las indecibles emociones del marisco. Sonaron cada vez más lejanas sus exclamaciones de alegre sorpresa o de temor, según la índole de los descubrimientos que hacían al remover las piedras húmedas y verdosas.

—Maestro Chano, un cangrejo... dos... cuatro. Corra, padre, *pa* que vea *bien de burgados*.

Ambos maestros, después de haberse *desaflojado*, pusieron los víveres a la sombra del alto acantilado, raíz de un pequeño promontorio que avanzaba pocas varas en el mar.

Una vez cerciorado, mediante breves observaciones astronómicas, de que los rayos solares no llegarían al precioso garrafón, maestro Chano se ocupó activamente en construir el fogón, transportando enormes pedruscos y reuniendo la leña, en cuya faena le ayudaba su amigo, con la *cachimba* entre los dientes.

A sus pies batía el mar la negra roca con sordo gorgoteo. Divisábase perfectamente el fondo, de arena clara, surcado por leves y caprichosas ondulaciones. El vaivén incesante de las aguas diáfanas producía ilusiones irregulares. Ya era una planta marina, semejante a un paquete de fideos o a una col diminuta que, inmóvil hasta entonces, empezaba a oscilar rápidamente, como si le acometiese un vértigo; ya era un pez que, navegando entre dos aguas, parecía quebrarse en multitud de ángulos, despidiendo fugitivo destello, como un relámpago de plata.

Frente a ellos, mar y cielo incandescentes se fundían en el indeciso horizonte; en los aires, a inmensa altura, un pájaro negro movíase lentamente; a la izquierda y como desvanecida en la vaguedad temblorosa de aquel espléndido mediodía, Atlántica dormitaba bajo el rayo ardiente del sol.

* * *

Cerca de las tres y a la sombra de la cenicienta roca, comenzó la comida, encabezada por copitas de ginebra, que el maestro Chano distribuyó empezando por el bello sexo. El *cherne*, convenientemente remojado, estaba riquísimo; el *mojo* levantaba ampollas.

Saboreando estaban los postres (queso y *rapaduras*), cuando una china, diestramente lanzada, cayó en medio del mantel.

Todos levantaron la cabeza, pero nada vieron; el acantilado estaba enteramente desierto; pero como, tras una breve pausa, otra piedrecita hiriera en el brazo al maestro Chano, éste cayó repentinamente de su burro y levantándose dijo entre risas:

—Niño, vaya una gracia. Sale pa fuera, *baladrón*.

—Es Pancho, es Pancho —gritaron alegremente Pepa y Soledad.

Y efectivamente era Pancho. Detrás de la oscura roca apareció una fisonomía morena y burlona, de pómulos muy separados y salientes, largo bigote lacio, ojos pequeñísimos negros y brilladores.

Después de reír con estrépito, mostrando dientes amarillos, aquel individuo bajó ágilmente el acantilado. Detrás seguían otros dos pollos, algo encogidos, uno de los cuales empuñaba una guitarra. Los tres venían cuidadosamente emperifollados. Zapatos de cuero blanco encerraban sus pies, anchos y juanetudos; llevaban la *cachorra* inclinada sobre la oreja y la corbata dominguera, de colores ásperos y chillones.

—Caballeros —les dijo maestro Pepe—, poco queda, pero se ofrece con voluntad.

Y los tres se sentaron en el corro. Pancho, que tenía el deber de conservar su fama de guasón, se propuso enseguida *asorimbar* a sus dos amigos, en cuya empresa le ayudó gustosísimo el maestro Chano. Declaraba el uno que Rafael se había mudado de calcetines y cortado las callos en expectativa de la fiesta. Afirmaba después el otro que Antonio debía traer en los bolsillos lo menos una libra de dulces, porque, señores, ¿quién se deja venir con las manos vacías a una fiesta donde ha de encontrarse con muchachas guapas? Y celebrábanse mutuamente los chistes con sonoras risas que ponían al descubierto las fauces, rojas y húmedas.

Sonó después la guitarra, y la malagueña de la tierra, triste, monótona y soñolienta, dio muchas veces la vuelta del corro. Recta como una flecha partía la voz agudísima de Soledad; contestábale con ronco acento y letra picaresca el de las *voladas*; crujía en los aires como un petardo la canción del maestro Chano y seguía luego, toda erizada de trémolos, la voz de uno de los pollos, discípulo de los antiguos *trovadores* de la ciudad atlántica.

* * *

Habíase puesto el sol.

De las lejanas y azuladas cumbres descendía lentamente una tristeza vaga e indefinible. Era la majestad serena y melancólica del crepúsculo: el aire inmóvil, sin un soplo de brisa, sin un pájaro; el cielo azul pálido, hondo e impenetrable; el mar gris, petrificado, sin una arruga.

En la imponente severidad de las cosas, el grupo de los domingueros bullía y gritaba sin cesar. Era que el contenido del garrafón había pasado íntegro a los estómagos y de allí a los cerebros, formando pavorosa mezcolanza con los exóticos vapores de la ginebra. Así es que Rafael y Antonio, *roto el hielo*, bailaban una polka audaz con las muchachas, imprimiendo huellas enormes en la arena húmeda, mientras Pancho y maestro Chano cantaban sin acompañamiento (la guitarra había perdido ya casi todas sus cuerdas) cierto tango imbécil y obsceno, importado en Atlántica por una compañía de zarzuela.

Después tocó el turno a la gimnasia.

Pancho, con los brazos arremangados, levantó pedruscos, hizo que bailaba en la cuerda floja e intentó echarse a cuestras a Soledad.

Corrieron las muchachas con las enaguas recogidas; persiguiéronlas ellos con enormes risas, que sonaban de modo extraño en el ambiente sereno del crepúsculo. Al fin Pancho

cogió por detrás a Soledad, rompiéndole la falda. Cesó el juego y todos se detuvieron jadeantes.

Cuando regresaron al sitio en que habían quedado los viejos, les hallaron profundamente dormidos, con las bocas entreabiertas bajo la majestuosa serenidad del cielo, mostrando dientes desiguales y ennegrecidos por el tabaco. Pancho les llenó incontinenti los bolsillos de arena y guijarros, y de pronto, sin motivo ni antecedente alguno, Rafael empezó a quitarse la ropa para arrojarse al mar. Lucharon con él sus dos amigos; él, terco y silencioso, les arrastraba, asidos a sus piernas, y al fin cayeron los tres revueltos dentro de un charco, cuya agua, fresca e inmóvil, empapó sus vestidos y penetró hasta sus abrasados cuerpos.

* * *

La noche había cerrado por completo. Subía la marea, y el gemido de las olas en el fondo del mar era como la voz insistente de alguien que llamase en las tinieblas.

Tendidos en la arena, pisoteada y sucia, bajo la mirada centelleante de las estrellas, los de la *parranda* sintieron, con la angustia de la primera náusea, una tristeza abominable, ansia de no ser, de sumergirse en la eterna inconsciencia de las cosas.

CRISTOBALITO MOLINOS

I

A cosa de las nueve, al regresar del paseo que juntos daban todas las noches por las calles de la población, Cristóbal y Magdalena se sentaron a la mesa para cenar un huevo pasado por agua y una taza de té, en el reducido comedor de su casita terrera, con ventana al mar. Él, flaco, anémico, sombreado el rostro pálido por escasa barba amarillosa, se había quitado la americana y comía en mangas de camisa, según su costumbre, con las piernas estiradas debajo de la mesa, satisfecho de su vida hasta entonces llana, monótona, sin tropiezos. Ella, muy alta, morena, muchacha de la clase media con apariencias aristocráticas, fijaba en las sombras del patio sus ojos negros, resplandecientes bajo la ceja poblada y oscura, oprimiendo con fuerza sus labios, delgadísimos y rojos como una pincelada de carmín. Conservaba aún el traje de calle, oscuro y sencillo, ceñido al cuerpo como un vestido de viaje. Servíales la criada, María del Pino, una muchacha rubia, mal despierta aún del sueño que acababa de echar durante la ausencia de sus amos, tendida en la alfombra de la alcoba, junto a la camita del niño.

Como Magdalena había manifestado durante el paseo que le dolía un poco la cabeza, su marido no se atrevió a proponerle el partido de *napolitana* que solían jugar otras veces, de sobremesa, y apurado el último sorbo de té, después de encargar repetidamente a la criada que apa-

gara las luces y cerrara bien todas las puertas, ambos pasaron a la alcoba. Mientras Cristóbal ajustaba, bostezando, las hojas de la ventana, ella se detuvo un instante junto al catre de hierro en que descansaba Pepito. Acababa el chiquillo de cumplir cinco años y era espigado, flaco, anémico como su padre, de escaso pelo y boca demasiado grande. Dormía con la cabeza ladeada, inmóvil como un muerto, sin que se percibiera el rumor de su respiración. Contemplóle su madre breve rato, y luego, doblando su erguido talle, le besó en la frente.

Después de cerciorarse de que el periódico estaba, como de costumbre, doblado sobre la mesa de noche, Cristóbal se quitó las botas, sentado en una butaca, junto a la cama de matrimonio. Procedía con maniática regularidad, colocando en el prendero su anillo, regalo de su mujer, y la ropa, bien doblada, en el respaldo de un sillón.

De vez en cuando cambiaba algunas palabras indiferentes con Magdalena, que daba vueltas en el cuarto próximo, en el que dormía sola hacía dos meses, a causa del extraordinario calor de aquel larguísimo verano.

Al fin se acostó, dejando fuera de la cama sus dos brazos flacos y descoloridos, y encendiendo un cigarrillo se dispuso a leer el periódico desde el artículo de fondo hasta los anuncios de la emulsión de Scott.

En aquel momento Magdalena, vestida aún con el traje de calle, entró rápidamente en la alcoba, se detuvo junto al tocador, besó por segunda vez al niño, y dirigió al pasar una mirada furtiva a su marido, que leía con mueca odiosa y extravagante, arrinconado el cigarro en un extremo de la boca. En el punto de salir volvióse rápidamente, medio oculta ya por el pesado cortinaje de la puerta, y sus ojos, resplandecientes bajo la ceja poblada y oscura, miraron por última vez con expresión extraña las cosas y los seres que quedaban allí dentro, vagamente iluminados por la luz temblorosa de la vela que ardía sobre la mesa de noche con levísima crepitación.

II

Magdalena no se quitó ni una sola prenda de su traje. Acostada de espaldas, con los ojos muy negros, dilatados y fijos en la pared, parecía una muerta, estirada ya por la rigidez cadavérica, a quien acababan de vestir para el último viaje.

Durante media hora sonó, ronca y displicente, la tos de Cristóbal que padecía un catarro crónico, y el leve rumor del periódico, desdoblado por sus manos. Oyóse después el soplo brusco con que apagó la luz, el prolongado rechinar del colchón de muelles, y tras un breve rato el silbido de su respiración y el ligero palpitir del reloj de bolsillo, colocado sobre el tocador.

Comenzó entonces para Magdalena una espera febril que duró más de tres horas. A espaldas de la casa, muy cerca, rítmico y pertinaz como el péndulo de un reloj, arrastrábase el mar sobre las piedras de la playa, y en los intervalos entre una y otra ola percibíase el ligero roce de una hoja de papel que la brisa movía de aquí para allí en las baldosas del patio.

El intolerable calor de la cama, abrasando sus espaldas, la obligaba a ponerse de costado, y al cabo de un rato el golpe reiterado y profundo de su corazón, sonando cada vez más alto y angustioso en las entrañas y en el cerebro, hacía la recobrar de un salto la posición primera.

Así transcurrieron lentamente las horas, medidas por los latidos del reloj de la alcoba y por el incesante y melancólico romper de las olas en la playa.

Cuando ya tocaba casi al término de su espera, le sobrevino a Magdalena una especie de indeciso letargo, sedación de su cerebro exasperado por la vigilia. ¿A qué temer? Ella estaba en su casa, bajo el mismo techo que su marido y que su hijo, defendida por buenas murallas y por una puerta sólida. ¿Quién podría obligarla a acudir cuando sonara la señal convenida, a huir vergonzosamente

como una criada infiel, con su lío de ropas debajo del brazo? Aquello, la traición premeditada, el juramento hecho, el hombre que iba a llegar, todo era un sueño, una novela imposible, como las que solía forjar en el silencio de su cerrada alcoba, para conciliar el sueño. Nadie lo sabría, y ella y los suyos continuarían su existencia monótona y feliz en la modesta casita de la calle de Pedro de Vera.

Entonces, siendo ya más de la una, como engendrado por el silencio mismo de la noche, brotó a mucha distancia un levisísimo rumor, imperceptible y tenue como el aleteo de un mosquito. A los dos minutos ya pudo conocerse el ruido sordo y continuo de un coche que se acercaba.

A medida que sonaba más próximo, Magdalena se incorporaba, despertando de su letargo, pálida, convulsa. Ya el coche saltaba en el empedrado de la plazuela, subía la pequeña cuesta del callejón del Infante, entraba despacio y con estrépito en la calle de la Marina, a espaldas de la casa. De pronto se paró, con resoplido de caballos y pisar de duros cascos sobre las piedras.

El silencio volvió a reinar dilatado y como angustioso.

Tres silbidos con una llave. Magdalena se levantó, y fría, maquinal, se envolvió en la nube y en el sobretodo que al regresar del paseo colocara a la cabecera de la cama. Permaneció inmóvil durante un segundo, erguida y negra como un espectro, con su pequeño lío de ropas debajo del brazo. Cuando salió, dejando entornada la puerta de la calle, sonó más triste y más cercano el romper de las olas en la playa.

Detrás de la esquina la sombra confusa de un coche la aguardaba. No tenía encendidos los faroles. Un hombre vestido con gabán claro, cruzado el pecho por la correa de una cartera de viaje, con el ala del sombrero hongo doblada y proyectando oscuridad sobre su barba negra, se

destacó de la muralla en que estaba apoyado y la abrazó por la cintura.

Al observar que lloraba, ahogando debajo de la nube sollozos convulsivos, el hombre aquel la arrastró con fuerza hacia el carruaje, diciendo al cochero:

—Vámonos, Pedro. Al puerto y a escape.

Arrancó el coche, saltando torpemente sobre las piedras de la calleja, con estrépito de mueble viejo que va a desbaratarse.

Crujió el látigo, moviéronse las ruedas más aprisa, y el carruaje rodó, rodó sin intermitencias por la ancha carretera, atenuándose el ruido cada vez más, hasta que sólo fue una ligerísima palpitación que se perdió a lo lejos, desvanecida en el ambiente sereno de la noche.

III

Cuando el bote atracó a la negra muralla del enorme trasatlántico, Magdalena se cubrió el rostro con la nube para subir la escala, en lo alto de la cual brillaba un farol. Atravesaron velozmente la toldilla, recibiendo al pasar las miradas curiosas de varios pasajeros recostados en sillones de mimbre.

Bajaron luego dos o tres peldaños alfombrados. Estaban en la cámara de primera, respirando un ambiente cálido, iluminado por lámparas eléctricas, en el que flotaban olores complejos de almacén de muebles y de comedor de fonda.

Un camarero de frac y corbata blanca les guió hasta el camarote, cuya puerta, barnizada de rojo oscuro, con filetes dorados, abrió con sonrisa de francés adamado y meloso.

Magdalena se quedó sola mientras su compañero subía rápidamente a la toldilla para vigilar el embarque de su equipaje.

En el comedor tropezó con un hombre grueso, rubicundo, con levita de paño azul y chaleco blanco que dibujaba la redondez del vientre.

Era el sobrecargo, que le dio un medio abrazo, diciéndole con voz de falsete:

—¡Oh, señor Enríquez, qué agradable sorpresa!

Contestóle el otro con afabilidad y juntos subieron a cubierta.

—Mis cumplimientos —decía el sobrecargo. —Ya la vi al pasar. ¡Oh, una mujer extremadamente bien!

—Es mi señora —contestó Enríquez con fingida seriedad.

—¿De la discreción? —dijo entre risas el francés, dándole fuertes palmadas en el hombro. —Oh, nosotros hace mucho tiempo ¿no es eso? que somos amigos. Usted tiene muchas señoras, muchas, muchas.

Entonces, cara a cara, riéronse ambos, cambiando guiños maliciosos como dos francmasones de la galantería vulgar.

Después tomaron juntos unas copitas de cognac.

Cuando Enríquez, arreglado el equipaje, bajó de nuevo al camarote, halló a Magdalena tendida en una litera, lívida y con los ojos fuertemente cerrados.

Puso una rodilla en el suelo y le tomó una mano, delgada y fina, helada hasta la muñeca.

Entreabrió ella los párpados y le miró con insistencia, como si por primera vez le viese, con su camisa de franela, la onda de pelo negro y rizado que le caía hasta las cejas, sus labios demasiado rojos, su barba lustrosa de comisionista

galanteador. Y cuando le imprimió en los labios besos que olían a tabaco y a cognac, una ola nauseabunda y angustiosa le subió desde el pecho a la garganta.

Una hora después el buque se puso en marcha. Monótona e implacable comenzó desde aquel instante la palpitación gigantesca de la máquina, que sólo habría de cesar quince días después, junto a las costas americanas.

Era como un martilleo regular, interrumpido a trechos por golpes sordos y profundos, resoplido de pulmones agobiados por enorme peso, sílabas aflautadas, dulzonas y enervantes, chirrido estridente de una sierra que se afana en cortar una madera llena de nudos.

Perdióse a lo lejos la ciudad, arrinconada en el fondo del horizonte. Cuando se borró por completo la reverberación confusa de los faroles de sus calles, el vapor marchaba velozmente, meciendo su enorme masa, salpicada de luces multicolores, sobre la espalda sombría y formidable del Atlántico.

IV

El *chasco* de Cristobalito Molinos se divulgó al día siguiente muy temprano por toda la ciudad. Nunca se supo a punto fijo si fue el primero en contarlo el cochero que llevó a la fugitiva pareja hasta el muelle, o si fue un empleado de la casa consignataria del *Laperouse* que estuvo a bordo hasta el momento de zarpar. Lo cierto es que no se hablaba de otra cosa en la plaza de mercado, en la puerta del casino, en todas partes. No se reunían dos personas en aquella mañana transparente de verano sin que la una preguntase a la otra:

—¿Ya sabe usted el *chasco* que le ha pasado a Cristobalito Molinos?

Todos reían. Muchos hombres graves y sedentarios envidiaban al *baladrón* de Gabriel Enríquez. ¡Qué vida tan

original y accidentada la de aquel *loquinario*, viajando de continuo entre las islas y las repúblicas americanas, siempre en compañía de mujeres nuevas, que luego soltaba aquí o allí como colillas de cigarros!

Nadie compadecía al esposo abandonado.

Éste permaneció en la cama hasta las ocho, como solía hacer todos los domingos y días en que vacaba la oficina. Como no oyera ruido en la habitación cercana, supuso que su mujer estaría ya levantada auxiliando a la única criada en los menesteres de la casa. El chiquillo, sentado en la cama, desgrefñado y en camisa, se entretenía en deletrear el título del periódico.

Cuando Cristóbal se levantó y salió al patio entraba María del Pino con la cesta de la compra, rebosando por todos los poros la noticia extraordinaria que acababa de saber en la plaza.

No se atrevió, naturalmente, a contársela a su amo; pero cuando éste supo que la señora no estaba en casa y que la puerta había amanecido entornada, quedó tan sobrecogido que hasta se olvidó de lavarse la cara. Y al fin adquirió la certidumbre de que algo grave acontecía cuando media hora después, hallándose en la puerta de la calle, vio entrar a Pancho Vega, en medio de la curiosa expectación de la vecindad.

Adelantóse a su encuentro, preguntándole con ansiedad:

—Pancho, por Dios, explícame esto. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Magdalena?

El otro, hombre de más de cuarenta años, atarugado, obeso, con rostro y cogote muy anchos, color de caoba grasienta, le echó el brazo por la espalda y le condujo hasta la casa, silbando entre dientes para ocultar su emoción.

En el zaguán, en el patio, Cristóbal seguía interrogando con voz temblorosa y aflautada:

—Pero ¿qué hay, Dios mío, qué hay?

Cuando entraron en el cuarto de Magdalena, Vega cerró la puerta y, penetrado de la importancia de su misión, le dijo:

—Cristóbal, prepárate a recibir una mala noticia.

Cuando al fin se la dijo, empleando hábiles perífrasis que había preparado por el camino, Cristóbal se quedó frío, secos los ojos, temblorosas las piernas, repitiendo en voz baja:

—Pero si eso es imposible, si eso no puede ser.

Entonces Vega, dado el golpe, siguiendo la ordinaria tramitación en casos tales, mandó a la criada en busca de una bebida antiespasmódica. Salió María del Pino corriendo, sofocada, con la cabeza descubierta, en medio de los ardorosos comentarios de la vecindad.

Es que había gente en todas las ventanas, en el umbral de todas las puertas y hasta grupos en las esquinas. Circuló la noticia de que Cristobalito se había dado una puñalada.

Entre tanto, tendido sobre la cama de Magdalena, que aún conservaba la huella profunda de su cuerpo, Cristóbal sollozaba sin lágrimas, con hipo casi infantil, sintiendo en el lado izquierdo del cráneo los primeros latidos de una tremenda jaqueca.

Cuando la criada volvió de la botica con un frasco lleno de un líquido transparente, Cristóbal se resistió a tomar la medicina. ¿Para qué? Cerraba los ojos a la insufrible luz de la mañana, esforzándose por entender de una vez aquello monstruoso que le acontecía, sorprendido y avergonzado de no sentir la cólera formidable y homicida que en los dramas y en las novelas se atribuye a los esposos ultrajados.

Vega vistió al chiquillo y lo mandó a jugar al patio. Hasta las doce acompañó a su amigo, sentado a la cabecera de la cama, impaciente por marcharse a la *gallera*, aconsejando de vez en cuando a Cristóbal que tomara alimento, que *no se dejara ir*. Cuando al fin se fue, dirigiendo miradas lúgubres a los vecinos, Cristóbal pasó a la alcoba y se acostó entre sábanas, con las sienes oprimidas por un aro de hierro candente, los pies y las manos fríos como el mármol de la mesa de noche.

A las tres entró María del Pino con un plato de sopa. Resistióse él a tomarlo, diciendo con acento quejumbroso:

—Lléveselo, Pino. No puedo tomar nada.

Como la muchacha insistiera, poniendo sobre una silla el plato, la servilleta y el vaso de vino tinto, al fin Cristóbal se incorporó y perezosamente, con gestos de niño mimoso y enfermo, se tragó toda la sopa. Cuando hubo terminado, sintió con mucha vergüenza que su estómago medio vacío reclamaba alimento más sólido. No se atrevió a pedirlo, sin embargo.

Así pasó toda la tarde y toda la noche, combatido por sentimientos encontrados y confusos, sin entera conciencia de su desgracia, distraído de la consideración mental de ella por las náuseas y los latidos dolorosos de la neuralgia.

Nadie vino a visitarle.

Sus dos tías, que formaban su única familia, estaban reñidas con él a causa de su matrimonio. ¿Qué dirían al saber aquello? Exceptuando a Vega, carecía por completo de amigos íntimos.

A la madrugada derramó las primeras lágrimas, besando la manecita tibia e inerte de Pepito, que dormía a su lado en la ancha cama de matrimonio.

V

Hasta el martes no volvió Cristóbal a la oficina. Cuando salió de su casa, vestido de negro, sentía en el diafragma una angustia singular semejante a la que le sobrecogía en su niñez momentos antes de los exámenes.

Caminaba muy de prisa, con los ojos puestos en el suelo, ocultándose el rostro con el quitasol. Había salido antes de la hora, de modo que la oficina estaba desierta cuando él llegó.

Sentado delante de su mesa, colocada junto a la ventana que da a la plaza, y al parecer engolfado en el estudio de un expediente, le hallaron sus dos compañeros, personas de edad que le apreciaban como un buen chico trabajador y entendido. Diéronle ambos un fúnebre apretón de manos, con las caras muy serias y como prolongadas hacia abajo. Aquello lo estimó él como una prueba de tacto y delicadeza que no dejó de admirarle en Regalado y González, los vejestorios, a quienes acostumbraba calificar de practicones.

Tuvo Cristóbal la suerte de que a los cuatro días de haberle sucedido el chasco se disparara un tiro de revólver un muchacho de veinte años, hijo de una de las familias más visibles de Atlántica.

Todo el mundo olvidó repentinamente lo de Cristóbal para dedicarse a comentar hasta lo infinito aquel suicidio, cuyas causas nunca resultaron bien averiguadas, a juicio de la opinión. Y entonces fue cuando, libre ya de aquel intolerable sentimiento de vergüenza que tanto le atormentara en un principio, pudo apreciar el dolor y la profundidad de la herida.

El chiquillo le hizo sufrir mucho en los primeros días.

Acontecióle varias veces, al regresar de la oficina, encontrarle llorando como un desesperado, buscando a su madre en todos los rincones de la casa; pero entonces

con cualquier juguete o libro de láminas se distraía y acababa. Las noches sí que eran terribles.

Tomó la costumbre de despabilarse a cosa de las once, cuando su padre comenzaba a conciliar el sueño, y con los ojos muy abiertos, nervioso y excitadísimo por la vigilia, no paraba de preguntar:

—Oye, dime, ¿dónde está mamá?

—Va a venir, prenda. Ha salido a hacer una visita. Duérmete, mi niño—le decía Cristóbal.

Y le cantaba cuanto se le venía a la memoria, hasta que Pepito, impaciente, rompía a llorar con chillido vibrante y ensordecedor.

A veces se callaba, sonriendo, con los ojos llenos de lágrimas, cuando Cristóbal, en camisa de dormir, descolorido y flaco como una aparición, se ponía un sombrero de picos hecho con el periódico e imitaba el redoble del tambor y el toque de las cornetas. Al fin, ya muy avanzada la noche, se quedaba dormido, abrazado al cuerpo de su padre, con la respiración entrecortada por sollozos convulsivos.

Los meses de septiembre y octubre fueron en extremo penosos y duros de pasar.

Después de comer solía sentarse Cristóbal junto a la ventana entornada de la salita, y allí, mientras fumaba hasta secarse la garganta, le acometía cierta tristeza vaga, matizada por el misterioso deleite de la soledad. Todos los objetos que le rodeaban le traían a la mente el recuerdo de su mujer. Sobre un velador colocado en el centro de la sala estaba en fotografía que la representaba de cuerpo entero, vestida de negro, apoyada en una columna blanca. De las dos butacas y del humilde canapé de rejilla pendían cubiertas de crochet, trabajadas por ella durante los primeros meses de su matrimonio. Pensaba en Magdalena sin cólera, con cierta melancolía romántica y dulzona, como si en vez de abandonarle por otro se hubiera muerto y descansara allá abajo, detrás de las tapias blancas del cementerio. Cuan-

do la noche llegaba y la salita se quedaba a oscuras, solía llorar en un rincón, sonándose de vez en cuando, con ronquido tenue y discreto.

Su amigo Pancho Vega le prestó para distraerle varias novelas, la colección casi íntegra, sobada y apestando a tabaco, de los románticos franceses. Los domingos y días de fiesta devoraba los libros de Dumas y de Jorge Sand, sonrojándose mucho cuando tropezaba con un adulterio, lo cual le acontecía con harta frecuencia.

Alguna vez que otra salía por las noches, escogiendo los paseos más oscuros y solitarios, y volvía con los zapatos blancos de polvo y los ojos enrojecidos de haber llorado debajo de un árbol, a la luz melancólica de las estrellas.

VI

La criada, María del Pino, resultó ser una perla, un tesoro. Inútil como era Cristóbal para los detalles de la vida práctica, a ella correspondió desde los primeros momentos de la catástrofe, y por la fuerza misma de las cosas, la dirección de la casa.

Al principio, su amo le entregaba, día por día, el dinero necesario para las atenciones de la familia; pero muy pronto, convencido de la honradez y de la fidelidad de su criada, le confió todas las llaves, sin excluir la de la cómoda en que guardaba las pesetas de su sueldo y sus pequeñas economías. Todo lo encontraba a punto: el almuerzo y la comida dispuestos a su hora; el ropero lleno de calcetines limpios y de camisas aplanchadas.

Era María del Pino una muchacha de veinticinco años, nacida en el Valle de Doramas, de donde había salido hacía seis años, para servir en la ciudad. De pequeña estatura, rubia, pálida, de ojos chicos y claros, de pómulos un poco salientes, le parecía a Cristóbal, sin saber por qué, el tipo perfecto del indígena atlántico, de aquellas mujeres que

allá en los comienzos de la historia tejían los *tamarcos* o molían el grano, en el oscuro fondo de las cuevas. Se vestía con mucho aseo y, cosa muy rara en la servidumbre femenina de Atlántica, usaba medias todos los días y los domingos corsé.

Pancho Vega solía decirle, con la buena intención de sacarle de su modorra:

—¡Ah, bandolero, qué criadita te tienes! Ya se comprende que no salgas de casa por las noches.

El otro protestaba, halagado en lo íntimo de su ser por aquella imputación de propósitos libertinos. Según decía, sólo apreciaba a María del Pino por fiel y trabajadora y por el cariño con que cuidaba de Pepito.

A los dos meses, en efecto, el chiquillo ya no se acordaba de su madre. No se despegaba de las faldas de la criada, que le acostaba, le vestía, le llevaba a la escuela y le daba de comer. Próxima la Navidad, Cristóbal determinó demostrar su agradecimiento con un regalo.

Después de pensarlo mucho, decidióse por un sobretodo de lana y un pañuelo de seda azul celeste que, empaquetados en papel de oficio, puso en manos de su hijo, en la mañana del primer día de Pascua, diciéndole con voz un poco temblorosa:

—Corre, Pepito. Dale esto de mi parte a María del Pino.

Estaba la muchacha en la cocina cuando Pepito, orgulloso con su misión, le ofreció con mucho misterio el regalo.

—Madre Pino, esto te manda mi papá.

Abrió ella el paquete, tembláronle las manos de gozo, y después de besar ruidosamente al niño, le dijo:

—Dale muchas gracias. ¿Tú me oyes? Muchas gracias a tu papá.

VII

El día 28 de abril, por la tarde, Pepito volvió de la escuela con el empeño de que su padre le llevase a ver los *fuegos* a la plaza de San Pedro de Verona. Era la víspera de la gran fiesta atlántica, el aniversario de la conquista del país.

Cristóbal suspiró (ya no lloraba) recordando que todos los años anteriores había concurrido al paseo de la plaza con Magdalena, él con sombrero de copa y chaquet, ella elegantísima, con su boa de plumas y su ligerísima capota, un tipo *de fuera*, como decían los conocedores del casino.

Vaciló un poco, pensando que no estaba bien que él se exhibiera tan pronto en un paraje lleno de gente; pero ante la súplica fervorosa del niño y el deseo que también manifestó María del Pino de ver la iluminación y oír la música, determinóse al fin, proponiéndose dar tan sólo unas vueltas alrededor de la plaza, sin entrar en el centro del paseo.

Salieron antes de las ocho, después de cerrar la puerta de la calle, cuya enorme llave se echó Cristóbal al bolsillo. Caminaban despacio, llevando por la mano al chiquillo, cuidadosamente vestido a la marinera, con su cuello vuelto y su gorrito de cintas blancas con letras de oro. María del Pino llevaba un traje de merino oscuro, corto de talle, adornado con cintas de terciopelo negro, con algo de *polisión*, y en los hombros y cabeza las prendas regaladas por su amo. Cuando se inclinaba para arreglarle la corbata o el sombrero al niño, despedían sus ropas un perfume violento de agua de la Florida.

Al doblar la esquina de la plaza, por el sitio mismo en que se colocan las vendedoras de turrón y de *alegrías*, Pepito se detuvo extático, oprimiendo con fuerza las dos manos que le sostenían y guiaban.

Frente a ellos, en la parte más elevada del ligero declive de la plaza, erguía la mole cuadrada del Ayuntamiento, toda esmaltada de farolillos de múltiples colores, que en apretadas hileras corrían por la cornisa, por los marcos de las puertas, ventanas y balcones. Era como un diamante enorme, arrojado a la tierra por alguno de los astros que palpitaban en el cielo espléndido de aquella noche primaveral. En los demás edificios de la plaza brillaban también faroles o cabos de vela colocados detrás de los cristales, y por encima de todo las banderas y los gallardetes flotaban con ligeros chasquidos en el ambiente tibio y amoroso.

De pronto, un repique próximo y vibrante, hizo brincar al chiquillo. Detrás de él se alzaba la muralla negra y majestuosa de la catedral, cuyas torres se destacaban gigantescas sobre el dorado polvo de las estrellas.

Hasta cerca de las diez permanecieron allí, dando vueltas con lentitud alrededor de la plaza, en cuyo centro las sillas y los bancos, llenos de curiosos, formaban un espacio cuadrado, en el que se codeaban, en apretado haz, los paseantes. Era una revuelta confusión, de la que surgía a intervalos el perfil sonriente y delicado de una señorita, bajo los rizos de la frente y el ala oscura del sombrero. Flotaba por todos los ámbitos de la plaza el rumor confuso y discordante de cien conversaciones entabladas a la vez, interrumpido a trechos por el siseo repentino de los cohetes, que ascendían con cierta languidez por el firmamento sereno, formando cintas de luz, que luego se deshacían en lágrimas efímeras y multicolores.

De improviso, en un extremo de la plaza, brotaba inmenso vocerío infantil. Deteníanse los paseantes, algunos se subían sobre las sillas, y con ruido sibilante, cortado por sordos chasquidos, ardía el fuego de artificio, iluminando, con claridad roja, verde, azul o violácea, bocas abiertas y ojos dilatados por la sorpresa y el placer.

Cuando terminaba la rueda, con asordante fragor de fusilería y fugaz destello de luces de bengala, sonaban en

el otro extremo los acordes de la banda municipal, golpes profundos de bombo, notas plañideras y nasales de clarinete, sonidos abiertos y desgarrados de los instrumentos de metal.

En una de las esquinas de la plaza Cristóbal se detuvo para comprar turrón a una de las mujeres instaladas allí, desde la tarde, con su caja abierta, su farol encendido y el enorme paraguas doblado sobre la acera. Después de llenarle al chico los bolsillos de turrones de azúcar, pidió una libra más, que la vendedora le pesó, y envolviéndola en su propio pañuelo, se la ofreció a María del Pino con gesto torpe, sin decir una palabra.

Protestó ella exclamando:

—¡Jesús, señor! ¿Se figura su merced que yo soy una niña golosa?

Al fin la tomó, risueña, un tanto confusa, diciendo con su voz dulce y bien timbrada, verdadera voz de señorita:

—Vaya, muchas gracias, señor.

Y tomaron el camino de casa, llevando siempre de mano a Pepito que, concluidos los turrones, caminaba perezosamente, medio dormido.

Perdiéronse a lo lejos los rumores de la música y del paseo. Sólo de tarde en tarde llegaban hasta ellos, debilitados por la creciente distancia, el estallido de los cohetes y el grave son de las campanas. Transitaban ahora por calles desiertas y silenciosas, por delante de casas que parecían deshabitadas. Cuando pasaban por delante de algún farol, Cristóbal la miraba con expresión tierna y sumisa, y ella también, alzando su gracioso perfil de chata, dirigía hacia él el rayo fugitivo de sus ojos claros.

VIII

María del Pino tenía su novio, un tal Antonio Candalaria, indiano de unos treinta años de edad, que venía a verla desde Doramas cada quince días, los domingos por la tarde.

Nunca le fue simpático a Cristóbal el hombre aquel, con su nariz diminuta y como roída, su cara chupada, color de aceituna y sus bigotes lacios, negros como la tinta, que tapaban a medias su enorme boca, llena de dientes desiguales y negruzcos.

Traíale siempre a su novia, envuelto en un pañuelo de color, un obsequio rústico, consistente en manzanas, nueces, media docena de huevos o cosa semejante. Sentábanse ambos a *mocear* en la pequeña galería con ventana al patio y allí permanecían a honesta distancia, cambiando palabras escasas e indiferentes, ella flamante, con el pelo lleno de pomada y botas de charol, él recién afeitado, con sus anchos pantalones de dril, su chaqueta negra, sin corbata, mostrando bajo el chaleco la faja multicolor, calado el *jipijapa* hasta las cejas, con el *virginio* apagado y nauseabundo en un rincón de la boca.

En un principio Cristóbal permitía que el chiquillo les acompañara en sus entrevistas, entretenido en rodar por el piso de la galería las naranjas o las manzanas del indiano; pero después de la noche de los *fuegos*, reteníalo en la sala poniéndole delante varios números de un periódico ilustrado.

Las tardes aquellas se le antojaban interminables. Indignábale la presencia del indiano, como una injuria hecha a su persona, y sólo respiraba libre de la penosa emoción cuando sonaban en el zaguán los pasos lentos y pesados de la pareja. La despedida en la puerta de la calle duraba más de diez minutos.

—Vaya, hasta más ver, Pinillo.

—Memorias a toda la gente de allá arriba.

Y la muchacha atravesaba de nuevo el zaguán cantando entre dientes, y se quitaba la ropa de los días de fiesta para atender a los quehaceres de la casa.

Excepto aquellos contados ratos de mal humor, la vida de Cristóbal se deslizaba serena y feliz como antes, cuando tranquilo y confiado descansaba en el hombro de Magdalena. Siempre había sido así. A pesar de los años, conservaba aún las debilidades y la irresolución de la niñez, la necesidad de apoyarse en otra persona que con él compartiese el peso de las responsabilidades de la existencia.

Recién salido de la tutela de sus tías, reñidas con él a causa de su matrimonio, que nunca aprobaron, había entrado en la de su mujer, de la cual no se había separado ni un momento durante seis años, sintiendo un deleite particular en dejarse conducir por ella dentro y fuera de la casa. Y ahora, apenas convaleciente del rudo e impensado golpe, la presencia en su casa de aquella mujer de juicio, cariñosa y formal, la estimaba como un regalo de la Providencia, como una compensación del infortunio ridículo, cuyo recuerdo manchaba aún su frente con el sudor de la agonía.

Sin decirle una palabra, sin otra expresión que sus ocultos pensamientos que las miradas intensas, acariciadoras con que la perseguía, procuraba por todos los medios realzar la condición de María del Pino, elevándola poco a poco a la categoría de dueña de la casa. No permitió que siguiera comiendo en la cocina, como antes, en tiempo de la señora; hacíale sentar a la mesa del comedor, después que el niño y él se levantaban. Aprovechando una ausencia de su criada, sustituyó el catre de *viento* en que ésta dormía por el de hierro que usaba Magdalena, y le adornó el cuarto con una mesa de noche y un pedazo de alfombra. Del fondo de su alma dolorida, de las ruinas vergonzosas de su primer amor, brotaba sana y pura la ferviente adoración hacia aquella muchacha rubia. Ella y Pepito eran las dos únicas personas que le quedaban en el mundo.

IX

Así pasó más de un año, desfilando las horas y los días como las cuentas uniformes y grises de un rosario interminable. Siempre lo mismo: los hombres y las cosas viviendo monótona y oscuramente en el seno de la admirable naturaleza atlántica. Ni frío ni calor: días luminosos y cálidos en el corazón del invierno, noches de luna extraordinarias e ideales, flores y hojas verdes en todas las estaciones. Y de vez en cuando, interrumpiendo aquella tranquilidad de agua tibia y dormida, el latigazo formidable del dolor estallando sobre las espaldas de éste o del otro, en medio de la conmiseración egoísta de los demás.

Así fue que una mañana, a eso de las once, trabajaba Cristóbal en su oficina, cuando oyó una voz que no reconoció, que le llamaba desde el patio, que se acercaba rápidamente, alternando con violentas y desiguales pisadas en la escalera.

Levantóse con ímpetu, derramando el tintero sobre los papeles, a tiempo que entraba como un torbellino una mujer lívida, desencajada, con la cabeza descubierta y los brazos extendidos hacia adelante.

—María del Pino. ¡Ay, Dios mío de mi vida, otra desgracia!

Y apenas la muchacha, sofocada por la carrera, hubo murmurado con acento de abominable angustia «el niño, el niño», Cristóbal corrió como un insensato, sin sombrero, dando un alarido de terror como esos que desgarran la garganta durante las pesadillas.

En su precipitada marcha por las calles, caldeadas por el sol implacable del verano atlántico, entre la consternación de los transeúntes, enterados ya de la desgracia, Cristóbal sólo pudo conseguir que la muchedumbre le dijera, con la voz desfigurada y anhelosa:

—El tranvía, el tranvía...

Cuando llegó a la puerta de su casa, sin aliento, Cristóbal cayó como una avalancha sobre el ancho pecho de Vega, que le aguardaba en el zaguán.

Quiso desasirse. El otro le agarraba con fuerza, trémulo el labio inferior, con cierta dureza en el semblante color de caoba.

—Quieto, quieto.

—Pancho, déjame entrar. Pancho, mira que soy su padre, mira que es lo único que me queda.

—Pero, hombre, déjame hablar... si no es lo que tú te figuras... si no ha sido nada. Palabra que ya está mejor.

—Eso es mentira, Pancho. Si ya sé que está muerto. Pero quiero verle... Déjame, por la Virgen, por tu madre.

El otro, llorando, le soltó, con gesto de repentino desaliento.

Cuando Cristóbal entró en la alcoba, tuvo una sorpresa indescriptible al ver a Pepito tendido de espaldas en la cama de matrimonio, cubiertas las piernas con una manta, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, charlando sin parar con una vecina que de pie y junto al lecho le miraba con expresión de lástima profunda, cruzadas las manos debajo del delantal.

—Niño de mi vida, ¿qué es eso? ¿Qué has tenido? Pero ¡Pancho, si está bueno, si está bueno! ¡Dios de mi corazón, yo no sé lo que me había figurado!

Y el chiquillo charlaba, charlaba sin descanso, refiriendo con orgullo los detalles del accidente. Que se le había escapado a María del Pino en persecución de una paloma, la paloma blanca que su padre había comprado el día anterior a una mujer del campo. Atravesaba corriendo la carretera cuando de repente, al doblar la esquina, un *pitido*. Era el tranvía: una muralla negra con letras doradas, cerca, muy cerca de su carita. Quiso correr, oyó gritos, muchos gritos de angustia. «¡Paren, paren, el niño, el niño!». Y

después dio vueltas, vueltas en el polvo, como cuando uno juega en los montones de arena, y se le llenaran los ojos de tierra. Y no le dolió nada, papaíto, nada.

Entonces el padre comprendió, recordando otros casos, otras desgracias causadas por la horrible máquina, de que había sido testigo, ocurridas casi en el dintel de su puerta. Cayó de rodillas, cubriéndose los ojos con ambos puños cerrados, conteniendo los aullidos de terror que se le subían a la garganta. Sintió luego, medio desvanecido, que Pancho Vega le llevaba a rastras hasta la habitación próxima.

En aquel estado singular de torpeza dolorosa percibió una cara nueva, la de un hombre de barba negra, con ojos grandes de miope que le miraban compasivamente detrás de los cristales de unas gafas de oro.

—Don Pedro, ¡por la Virgen! Dígame que no es nada, que usted lo curará. Piense en que usted también tiene hijos en el mundo.

El médico se detuvo, quiso decir alguna frase engañosa de consuelo, cerrósele la garganta, y con arranque desesperado abrazó como a un hermano a aquel hombre que hasta el día antes era para él un desconocido.

Pepito se moría a toda prisa. Cuando los tres hombres entraron de nuevo en la alcoba, había desaparecido la excitación que desataba su lengua en frases joviales y sin enlace, como las que se dicen bajo el influjo de una borrachera.

Ahora no decía nada. Movía de un lado a otro su cabecita lívida, empapada de sudor, como si dijera una y otra vez que no, que no quería marcharse.

El sol iluminaba la cama, trazando en la colcha una ancha faja amarillosa. Veíase a través de los cristales de la ventana el cielo puro, sin una mancha, lejano e indiferente. Pasó una ráfaga de brisa, que levantó humareda de polvo en la carretera y agitó levemente la cortina blanca,

con el pausado movimiento de una mano que dice adiós, y el médico cubrió violentamente, con ademán brusco de impotencia y rabia, el rostro de Pepito, que se había quedado inmóvil, con expresión casi divina de serenidad e inocencia.

X

Pasaron ocho días. En la penumbra de la salita, sentado en el rincón de la ventana, Cristóbal, que acababa de comer, fumaba sin cesar cigarrillo tras cigarrillo.

A su espalda, en la sombra, abrióse quedamente la puerta y la voz de María del Pino, algo temblorosa, preguntó:

—Don Cristóbal, ¿me permite una palabra?

—Entre, Pino —contestó Cristóbal volviendo la cabeza, sorprendido al verla vestida como para salir, con un manojo de llaves en la mano.

La muchacha, con la cabeza baja, sobando inconscientemente la cinta de terciopelo que adornaba su traje de merino, se explicó torpemente, con mucha prolijidad.

—Pues señor, sabrá cómo Antonio Candelaria ha conseguido *de medias* un cercadito en San José. Él quería casarse hace tiempo, pero yo, por no dejar al niño, que está en la gloria, decía que no. Pero ahora, mañana nos amonestamos. Y yo le vengo a decir a su merced que me voy esta noche a casa de mi prima Juana, hasta el día que me case.

En la sombra creciente de la sala sonó la voz ronca de Cristóbal que preguntaba, como si no hubiera oído bien:

—¿Se va usted esta noche?

—Pues yo, señor —continuó la muchacha, hablando más alto y más deprisa—, siento dejar a su merced, porque su merced es un santo; pero ya ve, hoy por hoy es un hombre solo, y la gente *alega* mucho. Antonio Candelaria quería que me marchase hace mucho tiempo. Pero yo decía

que no, que era menester dejar a su merced una criada. Esta noche vendrá Carmen la del Puerto. Aquí están las llaves. Don Cristóbal, si para algo me necesita, ya sabe que estamos cerca, en San José.

Se detuvo un momento, como si esperara algo, y luego terminó, con cierta sorpresa y sequedad:

—Adiós, señor.

—Adiós, María del Pino.

Cuando la criada salió, oyóse en el hueco de la ventana un suspiro, un sollozo. Pero ya ella estaba en el patio, ayudando a cargar su caja a un *palanquín* a quien había contratado al efecto.

Hubo luego ruido de puertas que se cierran. Sonó la campanilla del zaguán. Alejáronse los pasos en la calle.

Sentado en el rincón de la ventana, envuelto en las sombras melancólicas que invadían la salita, con la boca entreabierta, los ojos fijos y un cigarro apagado entre los dedos, Cristóbal se quedó solo.

HISTORIA DE UN POBRE DIABLO

I

Los segadores, encorvado el cuerpo hacia la tierra, se detuvieron un momento con la hoz en la mano, atraída su atención por aquel silbido estridente. Sonaba a lo lejos, por la parte de Menjíbar, a intervalos, interrumpiendo el silencio de aquella llanura monótona, inmensa.

El sol no aparecía aún en el horizonte, pero ya las nubes por aquella parte reflejaban sus colores. Allá donde tierra y cielo se confunden, una raya roja como brillante trazo de fuego cortaba el firmamento destacándose sobre un fondo nacarado; más arriba, una nube se incendiaba en sus bordes conservando su centro de nieve, y poco a poco, ascendiendo en la bóveda celeste, apagábanse los tonos rojos hasta confundirse con el azul espléndido y sin mancha, donde brillaba perdido en aquella inmensidad el lucero de la mañana.

Serían las cinco, y a pesar de que el calendario marcaba agosto, se elevaba de aquella interminable llanura frío y húmedo vapor, que lentamente subía en el espacio, dejando ver a trechos y a trechos ocultando aquella mar de trigos dorados inclinándose al suelo bajo el peso de la semilla y apenas estremecidos por la brisa de la mañana con ese murmullo de la onda que se deshace rumorosa en playa de arena.

Aquí y allá algunos árboles destacaban su ramaje oscuro y retorcido que tomaba extrañas y colosales proporciones

de monstruos imposibles; más lejos, saliendo de la sierra y perdiéndose al Sur, los palos del telégrafo indicaban el cauce de la vía férrea, y allá en medio de los trigos se descubrían los tejados de algunas casuchas.

Los segadores emprendieron su interrumpida faena.

—Un tren —exclamó uno.

—Lejos viene —añadió otro.

Y los trigos siguieron cayendo mientras las muchachas los recogían en gavillas.

Entonces, perdida en aquella inmensidad, se oyó una voz que cantaba lejos del sitio y a ella se unieron las de las muchachas entonando una plañidera canción a compás de su lentos esfuerzos, mientras la brisa continuaba murmurando entre los trigos y la aurora invadía el azul de los cielos.

Ahora se oía de nuevo el silbido de la locomotora; pero más próximo, más agudo, acompañado del golpe grave, profundo, pausado del émbolo. Rápidamente aumentaba, se oía crecer, ahogando los otros sonidos, invadiéndolo todo. Y se sentía al monstruo de hierro avanzar por la llanura con su aliento poderoso.

Los segadores se detuvieron de nuevo, y enderezando el cuerpo doblado a tierra, las manos apoyadas en las caderas, permanecieron silenciosos contemplando el tren. Ya llegaba... Los golpes del émbolo, el estrépito de aquella masa enorme en movimiento, la sofocada respiración de la máquina, producían un estrépito ensordecedor... y seguía avanzando, creciendo, hasta que al fin pasó lanzando un agudo silbido.

Entonces los viajeros que iban asomados a las ventanillas pudieron ver el grupo que formaban los segadores, altos, robustos, fornidos, con las manos en las caderas, destacando vigorosamente sus siluetas oscuras sobre el disco del sol que en aquel momento aparecía en el horizonte.

Después aquel estrépito fue perdiéndose a lo lejos, y muy pronto sólo se oyó la voz del segador oculto tras los trigos, lenta, monótona, casi perdida en aquella inmensidad.

II

En aquel tren y en un coche de los de tercera iba Paco Flores, palpitando de gozo e impaciencia, bajo los anchos pliegues de una capa raída en que se había envuelto huyendo de la humedad de la mañana.

Volvía a la tierra, a su tierra... y aquella palabra *¡patria!* que tantas veces vio en libros y escuchó en labios de poetas, vulgar por repetida, saliendo de la boca y llegando al oído sin pasar por el corazón, sin despertar un recuerdo, ni un latido, sin eco, sosa y vulgar, ahora vibraba en su cabeza como idea persistente, buena, grande, eterna, origen de su existencia y fin por el que la diera sin una duda, sin un dolor.

No era España su patria... ¿Qué le importaba de España?... Aquello era muy grande para caber en su cabeza, era lo desconocido... era algo muy lejano que no podía abarcar en su pensamiento, algo que no veían sus ojos, algo sagrado, oculto, misterioso que le infundía temor y respeto.

Su patria era mucho menos, casi nada... aquel lejano rincón de Atlántica donde nació y donde sus padres le esperaban... era la casa ruínosa por cuyos graneros vacíos corrió cuando niño... era aquel rincón del huerto inculto donde, cansado del juego y perseguido por el sol ardiente, se dormía mecido por el rumor de las abejas; era su alcoba con el ancho balcón agrietado por cuyos herrajes enmohecidos trepaba la hiedra... era su padre áspero y gruñón por los años y la miseria; era su madre, débil de estructura, pero siempre valiente en la lucha, con sus hermosos ojos azules en cuyo fondo se dibujaba la esperanza de algo mejor,

de un porvenir de paz y contentamiento eterno, reflejo fiel de sus creencias.

Aquello era su patria... y allá volvía.

Y a la verdad, era digno de admiración el entusiasmo de aquel pobre diablo por el rincón miserable en que sólo lágrimas dejó, y muy amargas; tan amargas como la onda que coronada de espuma rompía sobre los peñascos de aquella costa. ¿Por qué tanto afán? Allí le esperaba el recuerdo de la miseria, de aquella lucha constante, de todas horas, con el dinero, siempre esperado y nunca alcanzado... la voz del padre maldiciendo la suerte, el llanto de la madre vertido ocultamente en la soledad, y del cual, como huella, sólo quedaba en sus ojos el húmedo reflejo azul de la esperanza.

Un día... como siempre... el negocio salió mal.

El padre gritaba y bajo sus pies el suelo crujía, hasta que encontrando en su camino una meña desvencijada la deshizo de un puñetazo. Aquel esfuerzo brutal, la contemplación de aquella rudeza, devolvió al viejo la razón, y avergonzado y en silencio abandonó la casa, dudando ya si culpar a su mala suerte o a su mala cabeza. Ya nada se oía, y Paco subió las escaleras llamando a su madre en voz muy baja... Allí estaba el antiguo mueble deshecho en polvo; pero su madre no aparecía. Y ni un suspiro, ni una voz, todo en silencio.

La casa parecía muerta y abandonada.

Ahogando el ruido de sus pasos, lleno de temor por aquel repentino silencio, llegó a la alcoba, y entonces quedó petrificado en el umbral... Allí estaba Margarita sobre el lecho, rígida, contraída en violento esfuerzo, sujetando con ambas manos crispadas el almohadón con que apretaba su cabeza contra los jergones... y de allí, traspasando la valla, brotaban sollozos que sacudían el miserable cuerpo en convulsión histérica... Era el dolor ahogado, era el sufrimiento desconocido para todos, era la lágrima que nadie

vio ni sospechó jamás, era el sollozo comprimido bajo aquella almohada por la abnegación infinita de la madre y de la esposa.

Y ante aquel dolor que retorció aquel cuerpo querido y que sólo brotaba a la superficie en aquellas palabras que instintivamente y a sí misma se dirigía la pobre mujer, «¡cállate, cállate, que te oyen!», el muchacho lanzó un grito clamando «¡madre!» tan extraño, tan desgarrador, que él mismo, desconociendo sus propios acentos, miró aterro- rizado a todas partes, sin comprender de dónde venía aquel grito de muerte.

Y ella arrojó la almohada y apareció a su vista sin una lágrima, sin una convulsión que revelase la tempestad horrible del dolor. Sólo sus dientes comprimían el labio, y un hilo de sangre corría por su cuello blanco y delgado hasta perderse bajo el pañuelo que cruzaba su pecho.

Y allí estaban frente a frente madre e hijo, mirándose en silencio, sin atreverse a hablar, temiendo que al abrir la boca saliesen en ondas hirvientes los sollozos, hasta que él vaciló, pálido y sin aliento, y hubiera caído a no sostenerle ella con aquella fuerza que inverosímil parecía en cuerpo tan raquítico.

Y ahora él lloraba, y ella dulcemente le hablaba consolándole y convenciéndole de que había sido... *un dolor*; que por eso se comprimía la cabeza bajo la almohada... y mentía, mentía, ¡mentía!... porque más tarde él llegó a la alcoba y levantó la blanca almohada, y allí estaban aún la humedad del llanto, la huella de los apretados dientes y una mancha de sangre.

Aquello fue para Paco una revelación.

Desde este momento el niño convirtiéndose en hombre, y vio de pronto la miseria y el sufrimiento donde antes nunca la sospechó. Y en aquella cabeza que guardaba la herencia de la actividad paterna junto a la resignación obstinada de la madre, surgió la idea fija, tenaz, de re-

construir aquel edificio arruinado de felicidad, de secar las lágrimas de la madre y llenar con doblones el bolsillo del viejo.

Entonces fue cuando determinó estudiar la Medicina.

Cádiz y Sevilla estaban más próximos. Y sin embargo, optó por Barcelona, confiando en la recomendación de un su amigo que le prometía una plaza de profesor en un acreditado colegio de la ciudad de los condes.

Y allá fue con una carta y veinte pesetas en el bolsillo. Es verdad que llevaba el rico tesoro de su fe y el recuerdo de aquella luz azulada que en los ojos de su madre parecía prometer un porvenir no lejano de felicidad. Con menos otros lograron la fortuna.

Pero ésta parecía volverle las espaldas. Aquel puesto tan codiciado de profesor se convirtió en humo; el cuadro estaba completo y casi por limosna se le confió la tarea de conducir los chicos a sus casas. Y lo aceptó sin otra retribución que la comida, satisfecho por la idea de que no era carga pesada para el viejo, y soñando con aquel porvenir que le prometieron los ojos azules de su madre.

Se engañaba; sus ilusiones duraron lo que sus zapatos. Al cabo de dos meses unas y otros desaparecieron, y el director no pudo consentir que su colegio estuviese representado por un arrapiezo sin zapatos. La gorra galoneada no podía lucir sobre aquel pedestal sucio y derrotado. Y lo plantó en la calle.

Entonces comenzaron los apuros, porque empezó el hambre, ¡hambre horrible! ¡hambre de estómago alojado en un cuerpo de dieciocho años! Y el pobre diablo luchaba, y en su fe ciega, viendo continuamente los ojos de su madre que le prometían esperanza, creyó posible vivir sin comer, ya que por imposible tuvo conseguir la comida. Y tal era su fe que, pasadas veinticuatro horas, pensó con candorosa inocencia:

—Pues yo creía que era el hambre mayor sufrimiento. Bien se puede resistir.

Resistió tres días, y al cabo de ellos, junto a la puerta del hospital, pasó ante sus ojos una negra nube, vio las casas bambolearse y caer y volver a levantarse, y muchas personas que le miraban con grandes ojos abiertos, ojos que crecían, crecían tomando proporciones inverosímiles... y de pronto sintió un golpe en la cabeza al mismo tiempo que brillaba ante sus ojos un volcán de chispas encendidas como explosión de un fuego de artificio. Después sólo vio los de su madre, más que nunca azules, y sintió un continuado ruido como de agua que rompe entre guijas. Fue a hablar y no pudo y entonces pensó:

—Es que me muerdo.

De allí le recogieron al caer, y en el hospital estuvo quince días entre la vida y la muerte, puesto a dieta rigurosa por un distinguido médico que creyó haber encontrado un caso curioso, ¡curiosísimo!, de *alcoholismo crónico*.

Al fin salió curado y fue un gran triunfo para el médico, del que se ocuparon periódicos y Academias; pero al salir llevaba un tesoro: ¡había aprendido a afeitarse! Era un medio como otro cualquiera para ganarse la comida. Los ojos de su madre brillaban más que nunca prometiendo un cielo de felicidad.

¿Para qué contar las miserias que pasó? Ni él mismo las recordaba ya... Seis años luchando a brazo partido con la suerte para conseguir el *pan nuestro de cada día*, que muchas veces ni era suyo, ni era de cada día. Seis años, durante los cuales ni una queja se escapó de sus labios ni apareció en las largas cartas que a sus padres dirigía. Éstos le creyeron en buena posición, harto y gordo y en camino de ser rico; él sonreía, y también lo pensaba; pues nunca, ni en las largas noches de frío y hambre, ni en lo más recóndito de su conciencia, creyó haber realizado el menor sacrificio: aquello era poco... podía resistirse...

¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Al fin llegó el día del triunfo... Era médico. La jornada no había sido muy gloriosa; todos le daban el calificativo de aplicado; pero nunca lució lo que otros estudiando menos... Mas al fin, su objeto estaba conseguido... ¡Era médico! Podía pensar en enjugar las lágrimas de la madre y llenar con doblones los bolsillos del viejo.

Aquella noche, cuando se durmió, los ojos de su madre eran dos estrellas: «¡Esperanza, esperanza!» decían.

III

Corría el tren entre olivares, costeando la margen del Guadalquivir.

El sol había deshecho la bruma y sus rayos penetraban oblicuamente por los ventanillos corriendo caprichosos del techo al suelo, según los cambios de dirección del tren.

¡Aprisa! ¡Más aprisa!

Paco reía, reía silenciosamente, desdeñando la conversación de sus compañeros de viaje. Era quizá la primera vez en su vida que tenía motivo para reír. Se aproximaba a su casa...

Sus padres no le esperaban. Había querido darles una sorpresa y de antemano gozaba fingiéndose la escena. No era conveniente entrar de pronto... no... la alegría es causa de conmociones violentas. Iría derechamente a la casa de un tío suyo, y éste sería el portador de la buena nueva... Y ya le contemplaba llegando a la tapia del jardín, mientras él, oculto tras el seto vivo del camino, esperaba el momento de presentarse... y contaba los segundos pensando: «¿Será ya tiempo? ¡Cuánto tarda...!» y al fin, en lo alto de la escalera aparecía la madre, como él la dejó (nunca pudo imaginarla de otro modo), blanca, rubia, delgada, y él, abandonando su escondite, corría hasta que en mitad del camino

se estrechaban madre e hijo. Y Paco continuaba riendo en voz baja.

¡Aprisa! ¡Más aprisa!

Ahora llegaba el padre, serio, ocultando el júbilo bajo aquella máscara de aspereza, pensando la palabra indiferente que al hijo debía de dirigir para no echar por el suelo su dignidad de jefe de familia frío y superior como tal a las debilidades del cariño. Y llegaba, y al querer darle su bendición, caía en sus brazos llorando como un chico.

Y Paco continuaba riendo, mientras alguna lágrima humedecía sus ojos y sus labios murmuraban ¡padre querido! Estas palabras eran algo así como la expresión de un remordimiento; el pobre muchacho se echaba en cara el preferir, allá en lo íntimo de su corazón, el cariño de la madre al del viejo. Y esto, que tal vez ilusión era, constituía, a su juicio, un feo pecado del que continuamente se acusaba.

Ya entraba en la casa. Margarita le reservaba una sorpresa: su cuarto estaba preparado, ¡el cuarto del doctor! Allí está la mesa de su padre, mueble para todos sagrado, el lecho con blancas cortinas y enfrente el balcón con sus cristales nuevos, transparentes, dejando entrar el sol, aquel mismo sol que ahora le acaricia el rostro cubierto de polvo y de carbón.

¡Aprisa! ¡Más aprisa!

.....
—¡Dios mío, que viene!

—¡Que chocamos!

—¿Qué dice?

—¡Otro tren por nuestra vía!

—¡Virgen de los Dolores!

Y después gritos, muchos gritos incomprensibles.

Estas voces despertaron a Paco de sus sueños de felicidad.

Sus compañeros corrían a los ventanillos, con el rostro desfigurado por el terror... No eran hombres, eran monstruos como sólo los representa la fantasía de un sueño imposible. A Paco le pareció que soñando continuaba y que del cielo había caído al infierno.

—¿Qué hay?—exclamó levantándose.

Nadie le contestó.

La locomotora silbaba y en los momentos de silencio se oía, cerca unos, lejos otros, gritos de desesperada angustia y otro silbido ronco, el de la locomotora que se acercaba.

Un hombre había abierto la portezuela con la intención de lanzarse al camino... dudó un momento... y otro corriendo loco se precipitó a la vía...

Allí quedó como una masa inerte con la boca en el suelo.

Y entonces los demás quedaron atónitos, sin atreverse a imitarle, pálidos, sudorosos, las pupilas enormemente dilatadas, contemplándose estúpidos en silencio. Un hombre, un gigante, levantó al cielo los brazos con energía salvaje y gritó:

—¡Me c... en todo!

Un niño lloraba.

Y de pronto la oscuridad; el tren había penetrado en el túnel de Andújar. Ahora se oía claro el silbido de la otra locomotora... y de repente tuvo lugar en las tinieblas un choque espantoso, un estrépito imposible de describir, como si el suelo se hundiese, como si los montes se desgajasen.

¡El grito del dolor humano desapareció bajo el rugido de los dos monstruos que en la oscuridad se destrozaban!

Y aun en aquel momento supremo Paco veía ante sus ojos los ojos de su madre que le gritaban «¡Esperanza! ¡Esperanza!»... y cuando su cabeza saltó hecha pedazos contra los maderos rotos del coche, su labio sonreía, esperando, esperando siempre.

Después, el estrépito pasó y se oyeron las quejas de los heridos.

IV

Todos los periódicos clamaron contra la terrible catástrofe culpando a la empresa de descuido; ésta ocultó la mitad de las víctimas, de acuerdo con el Gobierno, y el nombre de Paco Flores no apareció.

¿Para qué? ¿Quién le conocía?

Por eso sus padres le esperaron... pero ya no llegaban cartas. Inútil preguntar. ¿A quién? Él no tuvo amigos.

Y cuando la madre comprendió que el hijo no volvía se murió resignada, y aún en el momento de la muerte, aquella luz de sus ojos brilló como nunca, pareciendo gritar con los acentos de la madre que recobra el hijo perdido: «¡Esperanza!»...

Después se cerraron sus ojos, y nadie pudo saber si al fin había alcanzado la felicidad.

GERMINAL

I

Entrábase a la casa por un ancho portal que conducía a la casapuerta, más ancha aún, como todas en aquellos tiempos en que el terreno se medía a ojo y se pagaba con maravedises. Lo cual, si bien se entiende, demuestra indirectamente que, por entonces, aún no se conocía el metro y se contaba por ochavos. Y esto indicará al lector la época, año más, año menos, en que estos sucesos pasaron, la cual más claramente no me atrevo a señalar, por ser todo cosa cierta y no de mucha honra para los actores.

Era ancha la casapuerta, y en su fondo, frente al portal, abríase un postigo que, por sus dimensiones, más se juzgara digno de castillo que de morada pacífica, pintado de rojo, con grandes clavos negros esparcidos simétricamente y con una ventanilla en la parte superior, donde, por la noche, lucía un lamparín, estrella polar para los pocos visitantes que, en aquellos tiempos y a tales horas, se arriesgaban por las callejas precedidos del paje portador del farolillo, o llevándolo de mano el que no pagaba sirviente.

Aquel pesado portón no se movía con facilidad; necesario era aplicar el hombro, con lo cual, y no sin grande esfuerzo, estremecía al fin la pesada máquina, a tiempo que en el interior resonaban repetidos golpes de masa oscilante, hiriendo la madera del postigo, y alegre repique, como si todas las campanillas del coro de la Catedral se echasen

a vuelo en el momento solemne de la adoración. Y esto, que a otros menos conocedores de las industrias de la época hubiera asustado, consistía simplemente en que un *peso*, enorme pilón de madera, sujeto a un cordel que resbalaba por la garganta de un carrizo con más campanillas que las mulas de Su Ilustrísima, se elevaba al abrirse el portón, golpeando en su madera con oscilaciones de péndulo loco, con lo cual armábase aquella algarabía, capaz de poner miedo en el corazón del menos asustadizo de los mortales.

Ahora abierto estaba, y a la verdad que, por estarlo, ganaba mucho el viejo caserón, pues por la ancha abertura descubríase un patio inmenso, donde el verde de las plantas y el oro de la luz se combinaban de tan extraño modo, con tonos tan brillantes y matices tan varios, y era tanto el ramaje y tan espeso y tanto el perfume de jazmines y heliotropos, y tanta luz había en las copas y tanta sombra en los troncos, y tantos trinos de pájaros en el aire que, por aquel boquete, parecía divisarse el paraíso.

Era en el marco oscuro de la casapuerta como una inundación de murmullos, de perfumes y de luz.

Habitaba en aquella casa el señor cura de San Sebastián, don Juan Rodriguero, en compañía de su cuñada, pobre mujer, a la cual el bribón de su marido, huyendo de la mala fortuna para buscarla mejor en Cuba, había abandonado en Casillas del Ángel con tres chiquillos, el mayor de los cuales no contaba diez años ni conocía otro camino que el que sigue la mano del plato a la boca.

No era canario Rodriguero. Vino de Fuerteventura, y apenas habían transcurrido dos años de su nombramiento de cura ecónomo y de su instalación en aquella casa. Y allí, rodeado de vecinos curiosos que intentaban cada día introducirse y husmear en la que dieron en decir misteriosa vida de los *majoreros*, pasaron los tiempos, él dando golpes de azada en la tierra del huerto, conmovido ante aquella vegetación admirable, que contrastaba con la seca esterilidad

del suelo patrio; ella, entregada a la tarea de cuidar la casa y remendar los muchachos, sacrificándose obstinadamente en la obra irrealizable de contentar al eterno descontento y tener aseados a los tres chicos.

Apenas salía. En los primeros tiempos a misa, envuelta en el manto negro y raído y siempre de madrugada. Después llegó a faltar algunos días, cuando era preciso lavar la ropa en la *pileta*; más tarde acudió solamente, y siempre a la del alba, en días de precepto, y ahora faltaba, y más y más se encerraba en aquellas cuatro paredes, no tan altas ni tan recias como su terca obstinación, casi manía, de hacer germinar sonrisas en el rostro estéril del *majorero* y de arrancar la piel a los muchachos en un acceso de limpieza formidable.

En cambio los tres muchachos eran conocidos en toda Vegueta por sus correrías, ya solos, ya en pandilla con otros *mataperros*, de las cuales llegaban frecuentemente con un chirlo en la cabeza, sangrando de la nariz y siempre con un nuevo desgarró en el traje. Eran el encanto de los vecinos, que les perdonaban con gusto los huevos crudos robados y sorbidos, y mucho más les perdonaran, gracias a la buena disposición de los chicos para contar lo que en la casa acontecía y aun lo que nunca sucedió, pues el segundo en edad, llamado Pablito, como su padre, poseía inventiva poderosa para hilvanar relatos, ya detallando perla a perla los collares con que su madre se adornaba para guisar el puchero, ya los pavos y el número prodigioso de huevos fritos que se servían a la mesa, ya las *fiscas* que su tío le daba para comprar *rapaduras* y *echar limosna* en la caja del Cristo de la Vera Cruz. Y aunque era fácil entender la inocente mentira, no por eso dábanle las comadres menor importancia, y se hablaba de los diamantes de doña Pepita como de cosa indudable, y hasta se invocaba el testimonio de un *monigote* que hacía la compra de víveres, el cual, a creerlo, sorprendióla en cierta ocasión sacando agua del pozo con traje de rasolís y pedrería.

Más probable pareció la noticia, dada también por Pablito, de que su madre estaba *opilada*, por lo cual una vieja, al salir cierta noche del Rosario, se atrevió a preguntar al señor cura por la salud de su cuñada. Mostróse él extrañado de que se hubiese sabido, y mañosamente, tirando de la lengua a la buena beata, logró saber el origen de la noticia.

Y fue el caso que al día siguiente salió a la calle Pablito luciendo en el rostro cuatro cardenales como cuatro dedos, y no lucía cinco porque la cara no daba para tanto.

Y entonces en el corro de curiosos dijo con aplomo:

—Esto me lo *jizo* un pájaro grande... grande... tamaño así... —y separaba los brazos—, que me mandó mi padre de pa donde está.

Lo cual, oído por Juanito, hízole gritar a voz en cuello:

—Lo que fue, fue un sopapo que le arrimó padrino pa que no *golviere* a ser *cuentero*. ¡Vaya un sopapo, señores!...

Y con expresivo gesto de ponderación sorbía la saliva que, en los momentos de entusiasmo, le llenaba la boca.

Desde entonces se tuvo por cosa cierta que doña Pepita *padecía*, y todas las feligresas preguntaron diariamente al ecónomo:

—¿Cómo está su hermana?

A lo cual él, ya resignado, contestaba:

—Sigue lo mismo.

II

Aquel día —1.º de Mayo— el sol dejaba caer sus rayos a plomo, dando a todos, no ya vida y actividad como dicen los poetas, sino modorra infinita que obligaba a los míseros mortales a cabecear en la silla o buscar sitio a propósito para una reparadora siesta.

Sin embargo, no era causa suficiente para impedir que los sobrinos del señor cura corrieran como siempre en el huerto, en compañía de otro chico algo más entrado en años, aunque no superior en travesura.

Llamábanle Rafaelillo *el de los gallos*, por dedicarse su padre a cuidar los destinados a las riñas, y sólo se distinguía de sus amigos en que éstos llevaban zapatos, siquiera fuesen rotos y deformes, y él iba descalzo como todos los pobres del país, y aún en aquella época los medianamente acomodados.

Casi cubiertos por la sombra de una madreselva gigantesca, estaban los dos mayores de Rodriguero con su amigo el de los gallos en extática contemplación ante la madriguera de un escarabajo.

—Déjalo... ¿No ves que se espanta? —decía apagando su vocecilla Juanito, a tiempo que sujetaba la mano de Rafael, pronto a introducir una caña en el escondrijo.

—¿Pos si no quie salir nos vamos a estar espera que espera to er santo día?

—Él salirá —afirmó Pablo con esa lógica inflexible de los chicos que no transigen con las irregularidades del lenguaje.

—Salirá o no salirá —añadió el de los gallos, que andaba aferrado a su roca—. Déjame que lo *jurgue* a pasito...

—¡Que no sias cabezudo, te digo!

—Él salirá —volvió a repetir Pablito.

—¡Ca ha de salir!

Y todos tres callaron, siguiendo con los ojos fijos las evoluciones del escarabajo.

De pronto, Rafaelillo hizo constar muy gravemente en voz baja:

—Está güerto de c...

A lo cual los dos hermanos, sin pestañear, asintieron con expresivo movimiento de cabeza.

—¡Si lo *jurgáramos!*—insistió el de los gallos.

Y el mayor, vuelto a su primitiva idea, exclamó ya impacientado:

—Que no, ¡porra!... Que se juye pa dentro.

De nuevo callaron, contemplando el trasero del escarabajo, y de pronto exclamaron a la vez:

—¡Ya!... ¡ya!... ¡ya!...

Creció la expectación. El escarabajo se había movido... Sin duda iba a salir, y Juanito tan atento estaba con los ojos dilatados, la boca abierta, llena de saliva, que no atendió a sorberla, y deslizó en cristalina baba hasta el suelo. Cuando quiso poner remedio ya no lo tenía.

Aquel defecto de su hermano era para Pablito fuente inagotable de regocijo. Apenas el tardío sorbo le puso en autos del suceso, sintióse sofocado por la risa, y entre convulsas sacudidas cayó al suelo gritando:

—¡Helé!... ¡Que se le cayó la baba!... ¡Helé!

Y más no dijo porque ya tenía al otro encima dándole puñadas, sin lograr devolverlas a causa de la risa que le ahogaba. Mientras tanto el de los gallos procuraba calmarles:

—¡Poncio! ¡No hacer tonterías, que se espanta el escarabajo!

Pero ni por ésas cesaban uno de golpear, el otro de reír, hasta que Rafaelillo exclamó con acento de miedo:

—¡Que vie el pae cura!

Fue tan eficaz la medicina que, sin transición, terminaron golpes y risas, y otra vez se encontraron de rodillas bajo la madreSelva, con los ojos fijos en el escarabajo.

—¿Dónde está?—preguntó Juanito buscando de reojo a su tío.

—Eran mentiras mías.

—¡Ah, perro!

—Callarse, que se juye...

Pablito se enjugaba con el faldón de la camisa una gota de sangre procedente de un rasguño, y entonces fue cuando le ocurrió llorar:

—¡Bruto! ¡animal!... —decía con grandes alaridos— ¡Me hiciste sangre! ¡A mamá se lo digo!... ¡Mira!...

Y le metía la camisa por los ojos.

—Me alegro... por pesao.

Y calló, mientras Pablito continuaba sollozando y escupiéndole al rostro las palabras más escogidas de su repertorio callejero.

No me atrevería a vaticinar el término del incidente, pues el primogénito nunca tuvo fama de sufrido, tratando con persona más débil y por tal probada, y ya cerraba los puños y esparcía los ojos con claros síntomas de furor, si en aquel momento crítico no se hubiese distraído la atención de ambos hacia la nota clara de una voz infantil que en el fondo del huerto, con sofocado aliento, balbuceaba:

—¡Ito!... ¡Guan!... ¡Los polos!... ¡los polos!...

Lo cual, para mejor inteligencia, traducido al lenguaje corriente, significaba, y así ellos lo entendieron, que el Benjamín, Antonio en la pila, Morroño por corrupción, llamaba a sus hermanos Pablito y Juan para darles cuenta de algún grave accidente ocurrido a los pollos que doña Pepita cuidaba en el patio trasero.

Y, efectivamente, aquella misma mañana habíase notado la súbita desaparición de cuatro polluelos, y no hallando

causa que la explicase, colgaron el sambenito con cierta ligereza de juicio a las ratas de la carbonera.

La tal estaba situada en el patio trasero, y consistía en un sótano oscuro, al que la imaginación de los chicos se complacía en dar proporciones colosales. Era algo así como un país desconocido e inexplorado que les atraía como atraen las grutas, los precipicios, todo lo que sin límites ni fondo parece.

Nunca solos y siempre a la luz del día, llegaban a la puerta, y desde allí echaban cálculos sobre los accidentes del cuartucho que, más allá del rayo de sol que por ella entraba, parecía prolongarse indefinidamente, con recargos de sombra, asperezas de ángulos, curvas de bóvedas, agujeros sin fondo, aparatos estrambóticos y hasta esqueletos descalabrados, y cadenas enmohecidas, que todo esto podía imaginarse en el seno de la tiniebla y mucho más podía fingir la imaginación de los chicos.

Allí se ocultaba periódicamente, con regularidad desesperante, la gata negra de doña Pepita, realizando en la sombra aquel fenómeno misterioso del parto que tanto daba que pensar a sus precoces inteligencias, y de allí a poco tiempo reaparecía, arrastrando su prole por el flojo pellejo, prole que por lo vario y abigarrado del pelaje daba a entender los extravíos conyugales de la madre.

Allí, y entre la sombra, reñíanse encarnizados combates entre gato y ratas, de los cuales sólo llegaban afuera algunos gritos de angustia y el estrépito de maderos y cacharros arrojados al suelo por los feroces combatientes. Al fin se restablecía el silencio y, agujereando el hueco de sombra, saltaba el gatuno triunfador, los pelos en punta y el hocico manchado de sangre.

¡Aquel combate en la sombra de la carbonera parecía horrible a los muchachos!

Más se contaba del sitio y yo pudiera repetir si no temiera asustar al crédulo lector con achaques de duendes y

estrépito de cadenas, que estas y otras historias corrían de boca en boca y echaban raíces en la imaginación de los chicos. Lo que no he de pasar por alto es la tradición de que en el piso de aquel subterráneo existía un pozo, abismo o sima, que a punto fijo ninguno lo supo, lo cual, si bien se piensa, daba mucho carácter a la carbonera.

El chico aparecía entre las ramas de un heliotropo, arras-trando unos zapatos, desecho de sus mayores, y medio vestido con un delantal azul, el cual, si algo tapaba por delante, aunque con puertas y balcones, dejaba por detrás completamente a la vista las piernas y el trasero. Era mo-reño, muy moreno, a tal punto que el color de su cara cubría las manchas de la suciedad, disimulándolas; el pelo rizado y corto, negro y apelmazado, resistiendo la obra del peine más duro, estrecha la frente, botados los ojos, chata la nariz y las orejas abanicadas.

Allí, entre los heliotropos, más cubierto por las flores que por el vestido, con los ojos echados afuera del casco y la abierta boca limitada por un círculo amarillo de huevo, aparecía el menor de los hijos de doña Pepita, gritando con voz sofocada por la carrera y la emoción:

—¡Ito!... ¡Guan!... ¡Los polos... los polos!

Y jadeante, sin poder acortar el impulso ni medir el obstáculo, tropezó en una raíz del heliotropo y cayó panza al suelo con los brazos extendidos, las piernas separadas, la boca en el polvo, como si quisiera abrazar y besar a la madre tierra. Así permaneció un momento, y al cabo, sin mover pie ni mano, levantó la cabeza y los chicos pudieron ver aquella boca dilatada horriblemente, los ojos cerrados, dejando escapar lágrimas abundantes, contraído el feo rostro por la crispación del dolor.

—¡Está *desmorecido*! —dijo Pablo acudiendo a levantar-lo.

—¡Cállate, cállate!

—¡Que vie el pae cura!

Y efectivamente, allá en la galería rechinaban las tablas viejas, sin duda bajo los pies del sacerdote.

Antoñito quedó suspenso, paralizado por el terror, y mientras lo levantaban sus hermanos frotábale Rafaelillo la barriga con suave caricia, murmurando con acento convencido:

—Sana, sana, sana,
culito de rana.
Si no sana hoy,
sanará mañana.

Ello debió hacer un efecto mágico, pues Morroño recobró con un profundo suspiro la respiración, y en voz baja, pero con hondo acento de triunfo, dijo:

—¡Los polos!... Los polos están a la calbonera...

—¿En la carbonera?

—¡Mentiras!

—¡Verdaes!... que sí... Pa allá dentro iciendo pío... pío!

Y era de ver la cara misteriosa que el buen Morroño ponía, con el hocico aguzado y aún húmedos los ojos, al querer dar a su dicho todo el interés conmovedor que por sí reclamaba.

—Ésas son mentiras —exclamó Juan.

—¡La pura verdad!... Mira... ¡por ésta!

Y fabricando con sus dedos sucios una cruz, besábala con el aplomo de un testigo falso.

—Hombre, ¿quién sabe? —añadió casi convencido el de los gallos.

—Pues vamos allá.

—Vamos.

Ninguno dio un paso, pues en tal punto resonó sobre sus cabezas, en la galería, la voz ronca del sacerdote; hablaba con otra persona.

—¿Dónde están los chicos?

Aquella sin duda le contestó, aunque de abajo no llegó a oírse, pues dijo:

—Nada bueno seguramente cuando callan... Y tú, ¿cómo te encuentras?

Nuevo silencio, mientras los chicos permanecían ocultos y callados, como Adán y Eva al escuchar la voz del Padre Eterno.

Al fin crujió la galería, y esta vez resonó sobre ellos, haciéndoles doblar la cabeza instintivamente, el acento áspero del *majorero*.

—¡Pablo!... ¡Juan!

—¡Señor! —respondieron a la vez.

Y juntos aparecieron a la vista del sacerdote, que se inclinaba sobre la baranda.

—¿Qué hacéis ahí?

—Naíta —dijo Juan, rascándose enconadamente la cabeza.

—¡Como verlo!... No vayáis al sol.

—Estamos a la sombrita.

—Bueno. Cuidado con lo que se hace.

—No tenga cuidao.

—¿Morroño está ahí?

—Sí, señor.

—No dejarle de la mano.

—No, señor.

—Bueno.

Y volvió a crujir la galería mientras la voz del cura resonaba diciendo a aquella otra persona invisible:

—Estas cosas sólo me pasan a mí... ¡Como salga en bien!

Después las voces degeneraron en murmullos.

Habían cerrado una puerta.

Los cuatro chicos respiraron por la primera vez, y a gatas, buscando los sitios ocultos, emprendieron el camino del patio trasero, separado del huerto por un pasadizo.

Al extremo de éste, como un agujero de sombra sobre el encalado de la pared, se destacaba la puerta de la carbonera.

III

—¡Carrizo!... ¡Vaya una cosa negra!

Así habló el de los gallos mirando desde el dintel, cegado aún por los rayos del sol, el oscuro subterráneo.

Los otros atendían en silencio con las caras muy serias.

—Cuando yo decía que eran mentiras de este muñeco —exclamó Pablito.

—¡A callarse! —ordenó el mayor.

Hubo otro período de paciente silencio, y al fin Pablito creyó muy del caso apartarse un poco e imitar el pío pío de los pollos.

En seguida añadió muy serio:

—Ellos son. Escucha...

Sin duda Juan no juzgó la broma tan oportuna como al otro le parecía, pues levantó el puño, y antes que su hermano adivinase el intento púsole un nuevo chichón en la cabeza, con lo cual armóse la consiguiente *torería* de gritos y golpes y otra vez rodaron por el suelo, con grande alborozo del pequeño que armado de una caña les sacudía gritando a voz en cuello:

—¡Arre, burro, arre!

Aquello parecía convertirse en tragedia, pues uno y otro combatiente luchaban con más fuerza y empuje de lo que pudiera esperarse de sus flacos miembros. El pequeño había caído debajo, y a pesar de esto y de que el mayor le apretaba con ambas manos el cuello, no llevaba la peor parte, pues sus uñas habíanse clavado en las posaderas de Juanito, y desgarrando el pantalón ponían al descubierto algo que en los ángeles de Murillo, por ser ángeles y pintados, encanta los ojos, pero que en el caso presente, por ser de Juanito y de carne, ofendía a más de un sentido. Él sin duda tenía conciencia de la propia suciedad, pues apenas sintió la impresión del aire donde no estaba hecho a sentirlo, y más que todo las carcajadas convulsivas del menor, encantado con el espectáculo, túvolo a terrible injuria, y con un mugido bajó la cabeza, abrió la boca y clavó los dientes en la nariz de su hermano, que no por ser nariz y estar colocada en medio del rostro era menos sucia y asquerosa que aquella otra porción del organismo tan inopinadamente expuesta a la luz del sol.

En tal punto, perdió fuerzas Pablito y, olvidándose de todo, incluso el miedo que el cura les inspiraba, prorrumpió en agudos chillidos, tan agudos que las gallinas del corral despertaron de repente, y batiendo alas y cacareando, armaron tal algazara, que no parecía sino que todas a la par y a un tiempo habían puesto un huevo y festejaban el suceso feliz.

Sucedió entonces lo que era de esperar: oyóse en las galerías la voz del cura que gritaba:

—¡Juan! ¿Qué estáis haciendo a las gallinas?

Ya Juan estaba en pie, y de un salto en el huerto, afirmando con una serenidad envidiable:

—Naíta.

—Algo será cuando arman tal *torería*.

—Será porque puso un huevo la *jaba*...

—¿No han aparecido los pollos?

—No, señor. A buscarlos vamos.

—Anda, pues, y callar todos, que tu madre no está bien.

No esperó a otra cosa Juanito, y volvió la espalda; pero al volverla, y por volverla, enseñó lo que de frente nunca hubiera enseñado. Y el cura, que no era ciego, viendo el desgarró, gritó:

—¡Ya has roto los calzones! Veremos quién te compra otros. Estoy por bajar y romperte las nalgas.

Y Juanito, perdiendo el brío, dijo sin saber lo que decía:

—Estaban ya rotos...

—¿Cómo? ¿Que estaban rotos? ¿De modo que tú no los rompiste?

—No, señor; fue Pablito...

—¡Esperad!... Allá voy y veréis lo que es bueno.

Pero no bajó. Aquella otra persona oculta le hablaba sin duda intercediendo por los muchachos, porque, calmándose de pronto, díjole:

—Agradece que tu madre está mala y no quiero incomodarla... Vete, y cuidado con hacer ruido.

Y luego, mientras se alejaba, añadió con enfado:

—¡Calla, tú!... No sabes sino quejarte... No parece sino que...

Y sonó un portazo y volvió a reinar el silencio, sólo turbado por el movimiento de las hojas, los trinos de los pájaros y el zumbido de las abejas.

Cuando Juan volvió al pasadizo encontrólo desierto, y pasara de largo si desde el hueco de la carbonera no le llamaran voces misteriosas. Los chicos, entre el cura y la sombra, habían optado por ésta.

—¿Se fue el cura?

—Sí, porque me cogió miedo.

Miráronse los otros asombrados, no de su audacia, sino de la enormidad del dicho, y él continuó, equivocando la significación de aquel silencio:

—Me fue a decir que me pegaba, y yo le dije que abajara pol ver... y él me dijo, dice: tu madre está mala y pol eso no abajo... Yo le dije, digo: no abaja polque tiee *cerote*... y él se metió pa dentro... y veliahí.

—¡Vaya una *batata*! —dijo indignado Pablito.

—¿Batata?... La veldad pura, y si no pregúntaselo.

—¡No fartaba más!... Pa que me arrimara un *guantazo*...

—A ti sí, porque eres un *ñangueta*.

—Y a ti tamién.

—¿A mí?

—Sí... ¡a ti!... ¡c... sucio!

—¡Carrizo! Que no gorvamos a emprinicipiar, o me fugo pa casa —dijo Rafael interponiéndose a tiempo.

Y después, como los otros se calmaran, añadió:

—Los pollos están dentro. Se les está sintiendo piar.

—Como si no estuvieran... ¿Quién se atreve a colarse ahí?... ¡Como no sías tú!

—Pos yo entrara... si toos entraran conmigo agarrados de las manos.

—Yo te acompaño —dijo Juanito.

—Pos yo no entro ni por naa...

—Polque eres un *ñangueta*... ¿Tú quies dir, Morroño?

—¿Aónde?

—Allí dentro... a buscar los pollos.

—Sí, amos.

—Y no tiees mico al coco... ¿veldad?

—No hay coco... ¿veldad?

—No, precioso... Tú eres más valiente que Ito...

—¿Vamos, Rafael?

—Vamos; pero muy despacio, no vayamos a rompernos una canilla... Dame tu mano y no me asueltes pol naa... Coge con otra la del muñeco... Vamos, tú tamién, Pablo... no sias *ñanga*.

—¡Carrizo!... Que no soy *ñanga* te ha dicho, sino que me hace daño el oscuro.

—Alza, bobo, que yo voy delante. Y si columbro argo así... medroso... nos golvemos atrás.

—Pos vamos, para que no sias pesao; pero muy a paso a paso.

Y Pablo, al tomar tan noble resolución, agarróse a la mano de Morroño y cerrando los ojos penetró en la sombra. La caricia húmeda de la atmósfera le impresionó desagradablemente.

—¡Vaya un oscuro! —dijo Rafael, y su voz, resonando bajo la bóveda, aparecía extraña y cavernosa.

—¡Cómo retumba! —añadió Juanito.

—¡No jables, que me da miedo!

Después hubo un estrépito, al cual siguió un grito de espanto y luego un silencio interrumpido por el castañetear de los dientes.

—¡Carrizo! ¡Vaya un *talegazo*! No asustarse y cudiao con tropezar en esta viga.

—¡Yo no sigo! —exclamó Juanito, ya quebrantado en su voluntad.

—Vamos pa tras —suspiraba Pablo.

Y el pequeño, que no sabía la causa de todo aquello, empezó a hacer pucheros y entre sollozo y sollozo decía:

—¡Ito! ¡Guan! Yo quiero ir con mamá.

—¿Lo ves? Morroño tiee miedo y quíee irse con mamá. Vamos pa tras, que otro día golvemos.

—Asperarse un poco —clamaba en el fondo la voz de Rafaelillo—. Déjame echar chispas que aquí tengo *gilabón* y yesca.

—Pos yo me voy pa tras con Morroño.

—¡Que no te menees... mia que te vas a pegar un perchazo!

—¡Pos si el probe está insultao!

—Asuéltame la mano, Juan, pa poer manejar el *gilabón*... ¿Tú también tiees miedo?

—Yo no tengo mieo... pero esto anda muy oscuro y nos vamos a caer en el pozo.

—¿Qué pozo?

—Pues er pozo. Toos dicen que hay uno, jondo, muy jondo.

—¿Y pa qué no lo dicías más luego?... Esperarse... Ya tengo los chismes... Déjame suerte, no pueo manejarme.

Oyóse el choque del acero contra el pedernal, y después de varias tentativas infructuosas, brotaron de pronto en la tiniebla mil chispas extinguidas instantáneamente. La carbonera se había iluminado con cárdena luz, como la sombra por un relámpago; aparecieron los rostros lívidos de los muchachos, los ojos dilatados, las bocas abiertas en mitad de un sollozo, las paredes colgadas con monstruosas telas de araña, el techo bajo y negro, el suelo de tierra finísima, casi polvo, interrumpido en el centro del cuartucho por ancho boquete, y aquí y allá, en tierra tendidos o apoyados en las paredes, tablones enmohecidos, muebles desvencijados, piedras pintadas de cardenillo por el musgo, cacerolas enrojecidas por la herrumbre, un armario sin puertas, sillas reventadas echando afuera el mondongo de lana, todo lo que no sirve y se desecha por sucio, roto o inútil, en abigarrado montón, imitando extraños y aterradores aparatos de tormento y de muerte.

Después, todo quedó en la sombra, que más espesa que antes parecía.

- ¡Carrizo!
- ¡Ay, mi madre!
- ¡Qué mieo!
- ¡Mamá... mamá!...

Sonaron a un tiempo mismo estas exclamaciones que, con variantes en el tono, revelaban el temor de los chicos, y mientras el pequeño continuaba llamando a la madre, Pablito, olvidando toda idea de dignidad, gritaba desesperadamente:

—¡Rafael!... ¡Que no güelvas a echar chispas!... ¡Que yo no quiero ver más naa!... ¡Mia que me muero y te llevan pa la cárcel!

- ¡Pos vete, que aquí no haces falta a nadien!
- ¡Que no me meneo!... ¡Que pueo caerme al pozo!
- ¡Si el pozo está allí enfrentito!
- ¡Vámonos toos!... ¡Mia que grito y viece el cura!
- ¿Pos vamos a dejar los pollos por mor de tuya?
- ¡Si aquí no están!
- ¿Que no? Escúchalos... ¿No los sientes?

Y era cierto que se les oía, aunque de muy lejos, como si estuvieran encerrados en las entrañas de la tierra.

—Cállate, Morroño. ¿Pol qué estás berreando? ¡Si no hay coco!

—Sí; hay una *maragulla* que me está *pilliscando*.

—Apuesto a que Pablo le pillisquia pa que llore y nos vayamos.

—¡Yo!... ¡No, señor... no, señor!... Yo no le he pillisquiado.

Y con tal tono lo afirmaba, que todos entendieron que mentía.

—Juan, vamos a colocarlo entre nosotros pa que no llore. Ya verás cómo ahora no te pillisquia nadien y cogemos los pollos... Ven acá, nene.

—Güeno... ¿Y no hay coco?

—No, jijo mío, no hay coco.

—¿Y quién me pillisquiaba *endenantes*?

—Ito, el ruin, el feo.

—¿Y pol qué?

—Pa meterte mieo.

—Y no hay *maragulla*, ¿verdad?

—No, mi jijo... Acállate, que voy a prender la mecha.

De nuevo saltaron chispas iluminando la extraña decoración, y aunque a cada chispazo la fila se estremecía instintivamente, poco a poco fue renaciendo el valor, y hasta Morroño, libre de la *maragulla*, rompió a reír entusiasmado por lo nuevo de la cosa, clamando cuando la piedra no respondía al choque del acero:

—¡Oto... oto!... ¡Más... más!...

Al fin prendió la yesca, y de la yesca pasó el fuego a la mecha azufrada, con lo cual una llama lívida y azulesca iluminó la sombra.

—Ajúntame estillas de tea —decía Rafael— pa jacer un jacho, porque si no se gasta la mecha. Aquí hay muchas... y mia qué bien prenden... Anda, Morroño, tú también, que vamos a jaser una *fogalera*.

Hablando, recogía del suelo algunas astillas resacas de pino, y juntándolas en haz formaba una antorcha que al contacto de la pálida llama ardía derramando rojizos resplandores. Iluminábase el sótano, y los ojos de los chicos, ya acostumbrados a la sombra, descubrían el misterio de los más apartados rincones.

—Mia pa allá —dijo el mayor—; aquello es el pozo.

—¡Carrizo! —exclamó Rafaelillo—. ¡Si nos hubiéramos trompicado en él!

—Debe ser muy jondo.

—Llega a la marea —afirmó Pablo.

—¿Y tú qué sabes?

—Bueno, pos no me crean; mejor pa mí.

—Mia tú aquel burto —dijo Juan señalando desde lejos una caja de extraña figura—. ¿Qué será, que paece una caja de muerto?

—¡Ay! ¡Que no digas esas cosas!

—No asustarse —añadió Rafael—. ¡Carrizo, que me quedo los dedos!... Aquello yo lo he visto en la catedral... Asujeta tú el jacho, que me estoy ardiendo.

Y como si con ello lo evitara, sin abandonar las consumidas astillas, saltaba alternativamente sobre uno y otro pie.

—Dame acá... ¿y qué es?

—Pos debe ser una caja que sirve pa guardar unos violones como el que tie don Manuel de la O.

—Nada de particular tendría que dentro nos encontraríamos alguno.

—Na se pierde con goler... Vamos allá... Y ajunten leña, que si no nos queamos al oscuro.

Acercáronse agarrados siempre de la mano al curioso mueble, que estaba cubierto de polvo y telas de araña, en sitio próximo a la boca del tan temido abismo.

Golpeó el de los gallos con el pie y contemplándolo en silencio, dijo:

—¡Si tiene más telarañas que el c... de mi agüela!...

Grosería que fue festejada por sus compañeros con sonoras risas, como si se tratase del más delicado de los chistes; pero en aquel momento oyéronse las quejas de

los polluelos a tan corta distancia que parecían brotar de las profundidades del pozo.

—Pos paece —dijo Pablo— que están metidos allí.

—Entonces se habrán ajogado.

—Eso hora lo veremos —dijo el de los gallos—. Parahí tienen de estar se ascondidos. Asperarse toos, que voy a dir delante.

Y con mucha precaución llegó a la boca del pozo, arras-trando sobre las rodillas y aplicando a tierra el oído.

—Aquí abajo están —dijo—; se les está sintiendo. Daca acá una tea encendía.

Y tomándola de manos de Juan, que la alargaba a prudente distancia, arrojóla al que ellos creían abismo inson-dable. No sería muy profundo cuando las astillas se de-tuvieron pronto y a tan corta distancia que su resplandor iluminaba la boca del pozo.

—¡Venid toos! —exclamó—. ¡Si no es pozo! ¡Si es un joyo poco más arto que yo! ¡No tingáis mieo nenguno!... Daca la mano, Morroño.

Los cuatro se inclinaron sobre el agujero y divisaron un hueco a modo de silo, de escasa profundidad, cuyas paredes de piedra viva salpicaban los destellos de la tea que ardía en el fondo, alrededor de la cual aparecían los cuatro pollos blancos, batiendo las esqueléticas alas, el pico abierto enormemente.

—¡Los polos!... ¡los polos!... —decía palmoteando el pe-queño.

Y fue necesario que los otros le contuvieran para que no se arrojase al silo.

—¿Cómo vamos a jacernos pa apañarlos? ¿Quién es er valiente que se mete en esos profundos?

—¡Pos como no sia Rafaelillo!...

—Yo me metería; pero no alcanzo a subir y vosotros no tenéis fuerzas pa jalarme pa arriba... ¡Si Pablo no fuera tan *ñangueta*!

—Que yo no soy *ñangueta*, te ha dicho...

—¿Pos antonces?

—Naa, que yo no quiero meterme... y san se acabó. ¿Pol qué no se mete Juan?

—Yo no... anda tú, Rafaelillo... Allá fuera está la *liña* de tender ropa... te atamos pol los sobacos, tú te abajas, y más luego nosotros te *upimos*... tú eres más grande... ¿Quies que vaya a buscar la *liña*?

—Pos traila por ver... Pero pa bajar no la necesito.

Y mientras Juan se encaminaba hacia la puerta, que a lo lejos aparecía como mancha de luz, en la cual brillaba el polvo suspendido, subiendo y bajando en ronda lenta y caprichosa, el de los gallos, con empuje que hombres envidiaran, echó abajo la chaqueta, sentóse junto al hoyo, e inclinando adentro los pies, con un *geito* de brazos, dio media vuelta y desapareció en la sombra, de modo que sólo las manos quedaron afuera fuertemente asidas al reborde del boquete.

Pero en aquel punto —y vean ustedes cómo el más valiente puede caer en flaqueza de cobardía—, sin causa para ello, por la circunstancia natural y ya prevista de que los pies no alcanzaban a tocar el fondo sin antes desprender las manos, sintió el valiente muchacho algo que no me atrevo a calificar de miedo, pero que se tradujo en su carne por violento escalofrío, en las manos por crispación indomable y en sus piernas colgantes por angustioso pataleo, que eran otras tantas tentativas desordenadas e inconscientes para volver al sótano, que ahora le parecía tierra de promisión.

En aquel instante, que él imaginó eterno, brotó repentinamente de su cabeza la idea justa de que al fin y al cabo poco o nada le interesaban los pollos, de que ya podían

pudrirse de hambre sin necesidad de correr tales peligros y aventuras. Pensó que los chicos de Rodriguero nunca tendrían fuerza bastante para levantar su cuerpo hasta la boca del pozo, y esta idea tal congoja le produjo, que gritó con acento desesperado.

—¡Pablo!... ¡Pablo!... Agárrame pol las manos y ayúdame a *isar*.

La voz llegó a Pablito cavernosa y hueca, como si brotase de un sepulcro, y sin ánimo para ayudarle, contemplaba lo único que podía ver de su pobre amigo. Aquellas manos crispadas por el esfuerzo recordáronle otras que él había visto: las de un pobre marinero, ahogado en día de *reboso*, cuyo cuerpo contempló en la playa, enormemente hinchado, con las manos flacas y arrugadas y contraídas. Y este recuerdo tal impresión le hizo, que rompió a llorar a gritos, en cuya tarea siguió el menor, dando al aire la nota aguda, silbante, ensordecedora y no interrumpida de sus lamentos.

Juan aparecía en la entrada arrastrando la cuerda y temblando, sin saber la causa, tanto como sus compañeros de aventura; pero su temor se aumentaba con convicción adquirida de que su tío paseaba en los corredores, y, a no ser sordo, había de escuchar aquella infernal vocería. Y entonces ¿qué iba a pasar?... No quería pensarlo.

—¡Juan, Juan!... Corre... Asujeta a Rafaelillo, que está corgando en el pozo... ¡Ya te decía yo que era muy jondo!

—¡Pol Dios y la Virgen Santísima!... Callarse toos, que viene el cura. ¡Mia que es veldad!... ¡Mia que está *enroñado* como un perro!

—Corre, Juan, corre... ¡Mia que ya no le asoman sino las manos!... ¡Mia que el probe se junde!... ¡Mia que las tiene más amarillas que un muerto!...

Esto era más de lo que Rafaelillo podía resistir. Creyó que había llegado el trance de su muerte, y presa del pánico, gritó con voz que, por vibrar abajo, parecía venir del otro mundo:

—¡Ay madrita de mi arma!... ¡Ay Virgen de la Soleá!... Sácame de estas penalias y te aprometo no gorver otra güelta a jacer *mataperrerías*!

Entre tanto Juanito se había apoderado de una de aquellas manos y procuraba tirar del cuerpo hacia arriba. Pero ¡bueno estaba él para tal obra! Temblaba como un azogado y cerraba los ojos para no ver los de su amigo, botados afuera de las órbitas y expresando un horror capaz de helar la sangre en las venas. Y lo peor del caso era que ya no agarraba a Rafaelillo, sino que éste se había apoderado de su mano, y amenazaba llevarle en su compañía a las profundidades del pozo. Entonces perdió completamente la serenidad e hizo coro a sus hermanos.

¡Dios mío la que se armó!... No es para contada.

Rafael llamaba a la Virgen, Juan a su tío, Pablo a su madre, y por encima de todo la eterna nota de Antofito, tan alta, tan angustiada, que erizaba los pelos de los otros, que no podían creer saliese de garganta humana.

La antorcha en el suelo amenazaba apagarse, cuando el cuadro luminoso de la puerta se oscureció y en las bóvedas retumbó la voz ronca del cura, gritando:

—¿Qué pasa?... ¿Dónde estáis?... Responded pronto u os desuello vivos.

Pero no había necesidad de amenazas, porque ahora veían en él los chicos la imagen del mismo Dios, que llegaba a salvarles. Así es que con sus voces le guiaban en aquella oscuridad, enterándole del apuro... todo, por supuesto, por querer salvar los pollos... por prestar un servicio al señor cura.

¡Y qué felicidad inundó sus corazones cuando la mano poderosa de Rodriguero libró a Juanito del grillete que le aprisionaba y sacó a Rafaelillo como nuevo Lázaro de la tumba! Y ¡cosa más rara! el señor cura no parecía muy enfadado; se había contentado con decirles:

—¡Todos para afuera! ¡Vosotros a la cama y tú para tu casa!... ¡Volando!

¡Cuánta alegría al ver de nuevo la luz! El sol les inundaba, haciéndoles entornar los párpados, y cuando pudieron abrirlos y verse los rostros enrojecidos, surcados por las lágrimas, el pecho aún anhelante por el sollozo, le pareció tan hermosa la vida, que rompieron a reír en presencia del cura, viendo los calzones de Rafaelillo, mojados de la bragueta al pie, señal inequívoca de que el miedo hace orinar al más valiente.

Pero ya el cura les llevaba cogidos de las orejas por la escalera del patio trasero, mientras Rafaelillo salía por el huerto.

Ya llegaba al postigo cuando se acordó del escarabajo. Volvió hacia atrás, puso los ojos cerca del agujero y... allí estaba en la misma postura que lo dejara. Entonces miró receloso hacia las galerías, y como nada descubriese, tomó una caña y con fuerza la introdujo en la madriguera. Al cabo la sacó, y mirando de nuevo se convenció de que el escarabajo había muerto. Llevóse la caña a las narices y con mucha seriedad exclamó para su capote:

—¡Fo!... ¡Qué jiede!...

Después atravesó el patio y salía a la casapuerta cuando le detuvo desde arriba la voz del sacerdote:

—¡Atranca el postigo!

Vaciló la puerta, sonaron las campanillas, golpeó el oscilante contrapeso y todo quedó en silencio. Los pájaros gorjeaban, zumbaban las abejas, movíanse las hojas, y entre el rumor de vida en plena primavera, destacábase, viniendo de arriba, el lastimero llanto de un recién nacido.

VUELTA AL HOGAR

Durante el trayecto de seis kilómetros que separa el puerto de la población, surgieron fatalmente en la memoria de Ventura los recuerdos del tiempo pasado.

Veíase en unión de otros muchos, prensado en incómoda tartana, recorriendo en sentido inverso aquel mismo camino, en demanda del *Humberto I*, que humeaba a lo lejos, en la serena atmósfera de la tarde. Creía aún sentir en sus labios el calor de los besos de su mujer, que había venido hasta el Parque a despedirle, llevando bajo el sobretodo a la chiquilla, Micaela, que acababa de cumplir los seis meses. Luego el viaje, la promiscuidad y la podredumbre de la cámara de tercera, la llegada a la ciudad americana, la dura lucha por la existencia, las esperanzas perdidas una a una, toda la energía y la constancia del *hombre de vergüenza* que no quiere confesarse vencido, aquella pertinacia admirable en el trabajo y en el sufrimiento durante doce años, y al cabo la derrota, el desaliento súbito ante la *mala sombra* persistente, un deseo irresistible de volver a ver los suyos, la convicción inmotivada de que *allá* no le iría mal, de que las cosas habían variado en Atlántica, de que él nunca se moriría de hambre en su país con su oficio de zapatero.

Y mientras sus pies, calzados con alpargatas, pisaban la polvorosa carretera que, a su parecer, bajaba y subía como la cubierta del *Génova*, su espíritu, adelantándose a la pesada marcha, estaba ya en la calle de la Cruz, junto

a su mujer y a su hija, aquella hija de doce años, de la que sólo recordaba un vago perfil de muñeca. Hacía ocho años que no le escribían y que él también *se dejaba ir*, en expectativa de una buena noticia que anunciarles.

La noche estaba oscurísima; soplabla fresca la brisa, en la que el viajero creía reconocer los olores de su tierra, la sutil emanación de las cosas ya olvidadas, el algo misterioso e indefinible que oprime suavemente el corazón de los que vuelven al hogar.

De vez en cuando tenía que arrimarse a la derecha del camino para no ser atropellado por los coches atestados de italianos, que pasaban entonando en coro canciones cuya letra y música reconocía por haberlas oído a bordo.

Cuando penetró en la población y sus cansados pies pisaron la acera, llovieron en su memoria los recuerdos. No había allí novedades como en el Puerto; estaba todo como lo dejó. En tal casa *terrera*, delante de la cual ardía y humeaba un brasero, había vivido un cuñado suyo. Más allá, reconoció una tienda donde varias veces entró con amigos a beber una copa. Y antes de llegar al Parque, se detuvo casi maquinalmente a la entrada de una calleja con piso de arena, en la que vivía, veinte años atrás, su primera novia, Basilisa. ¡Cuántas veces se había apoyado en aquella misma esquina, los domingos por la tarde, con su ropa de hilo recién aplanchada, la *cachorra* sobre la oreja y los bolsillos llenos de turrones!

No pudo resistir al deseo de atravesar el Parque, en cuyos bancos algunas señoras de nube a la cabeza le miraron con inquietud. Era que vestía blusa y gorra, traje desusado en el país. Quizá le tomaron por un malhechor.

Ya en la calle de Isabel la Católica, aceleró el paso, dejando siempre la acera a los grupos de paseantes que con indolente paso se dirigían a San Telmo. Lo que más le impresionaba era el acento, aquel castellano de sílabas arrastradas, aquellas entonaciones interrogativas y plañideras

que le producían el efecto de hallarse ya en su casa, rodeado de personas y cosas familiares y conocidas.

Al llegar a la esquina de la calle de la Cruz, donde existe una de madera que se adorna con flores el 3 de Mayo, y al pensar que *aquella noche dormiría en su casa*, retardó sin embargo el paso, y con el corazón saltándole en el pecho, se fue acercando, pegado a la pared, conteniendo el aliento. Y cuando llegó a la puerta, fue como *una cosa del otro mundo*, como una impresión fuera de lo real, el tropezar casi con un hombre, con un viejo sentado en el dintel, fumando en una *cachimba* de madera con cadenilla de metal. Era su suegro, el maestro Enrique, cuya presencia le sorprendió cual la de un extraño; tan lejos estaba de pensar en él.

Cuando el viejo alzó los ojos y le reconoció, por poco deja caer en tierra la *cachimba*. Aturdido y tembloroso, se dejó abrazar por su yerno, sin contestar a las mil preguntas que éste le hacía. Al fin se repuso un poco, y cuando notó que el *indiano* trataba de entrar en la casa, determinado a decírselo todo, temblándole los labios bajo el bigote amarilloso, molesto en el fondo por aquel incidente extraordinario que venía a interrumpir su vida tranquila de vio egoísta, le detuvo diciéndole:

—Venturita, espere. De todas maneras lo ha de saber; más vale que lo sepa desde ahora.

Y, vacilando ante la ansiosa expectación del otro, continuó:

—Pues Micaela, como usted no escribía y hasta se dijo que era difunto... pues un caballero, don Jacinto el del almacén...

Tragó saliva y prosiguió:

...se arregló con ella, y con esto se lo digo todo. Le puso una tienda y con él ha tenido dos chiquillos.

Silencio. Los dos hombres se miraban cara a cara, temblando.

—Mire —seguía el viejo—, mañana hablaremos. Quédese esta noche en la fonda. ¿Qué le vamos a hacer?

En el silencio que volvió a reinar oyóse lejos, muy lejos, el llanto de un chiquillo. Entonces habló Ventura con una voz muy ronca, que le rompía la garganta:

—¿Y mi niña? Déme mi niña, maestro Enrique.

—¿Quién? ¿Micaelilla? ¿Pues no sabe que se murió hace tres años, de un tabardillo?

Entonces el padre alzó los brazos, hundió la cabeza en el pecho y de improviso, sin decir una palabra más, echó a andar de prisa, de prisa.

Corrió el otro detrás y le abrazó por la espalda. ¿Iría Ventura a causar un escándalo? Repitióle muchas veces:

—Venturita, por Dios, ¿qué va usted a hacer?

El otro, sin contestar, seguía andando. Llegaron juntos a la esquina, y allí se separaron sin esfuerzo. El viejo le siguió un rato con la vista, y después regresó lentamente hacia la casa, muda y sombría como las demás de la calle, casi tranquilo ya y diciéndose en voz baja:

—¿Y yo qué le voy a hacer?

Sin saber cómo, Ventura hallóse de nuevo en la calle de Isabel la Católica. Eran ya más de las diez y no pasaba un alma. La noche continuaba oscurísima, soplaba fresca la brisa, llevando en su seno los olores de la tierra, el algo misterioso e indefinible que oprime suavemente el corazón de los que vuelven al hogar.

Encorvado y débil como si tuviese ochenta años, deteniéndose a intervalos para mirar fijamente al suelo, atravesó de nuevo el Parque, completamente desierto, y llegó al muelle de la ciudad.

A la derecha, en el fondo, se agitaba confusamente un ser monstruoso, subiendo y bajando en las tinieblas con enorme y fatigosa respiración. Como si obedeciera a una insistente llamada, Ventura aceleró el paso, corrió luego como una sombra. El estruendo de las olas, cada vez más próximo, era como un clamor de agonía, y cuando llegó a la punta, sin detenerse, como si aquello fuese continuación de su carrera, se arrojó con los ojos cerrados.

Al caer en el seno de la inmensidad resonante y pavorosa, un solo pensamiento persistía en la angustia abominable de su espíritu, el pensamiento de que aquella noche dormiría en su casa.

SAN JOSEPH DE LA COLONIA

CARTA DE LA HABANA (Cuento viejo)

A Miguel Sarmiento.

En la puerta de la iglesia, al bajar la escalinata húmeda y verdosa, las viejas se despidieron con las frases de costumbre, prolongadas por el dejo lánguido y quejumbroso de la tierra.

—A buena noche, Dolorcitas.

—Buena noche nos dé Dios.

Encorvada por el peso de los setenta años cumplidos, arrastrando los pies por el pavimento polvoroso, la vieja se sumergió en la sombra espesa de la calle, tanteando con una mano, envuelta en el rosario, los viejos paredones de las casas, interrumpidos a trechos irregulares por las anchas puertas de *tea* y por las rejas de hierro, frías y mohosas.

A sus espaldas, el toque de ánimas, acompasado y triste, se difundía temblando por el cielo tenebroso de aquella noche de octubre. Vibraban primeramente muy cerca, en una altura invisible, las dos campanas de San Ildefonso, alternando los dos sonidos, el grave y el agudo, en diálogo lento y melancólico; llegaba luego, rápida y sonora, conducida por la brisa murmurante del Norte, la respuesta del convento de Santa Clara y más lejano, perdido y como arrastrado hacia las sombras pavorosas del Sur,

el tañido infantil y displicente del esquilón de Santo Domingo.

Dobló la vieja una esquina y después otra. En las callejuelas angostas, sin empedrado ni faroles, soplaban libremente las ráfagas impetuosas, impregnadas del misterio de la noche, de la soledad inmensa del Atlántico. Ni un transeúnte, ni siquiera la luz de un farolillo. Las casas, construidas con la irregularidad pintoresca de otros tiempos, dormían con sueño de fantasmas, cerradas las puertas y los enormes balcones de madera, en aquella hora temprana de las nueve de la noche.

En el aspecto soñoliento y mezquino de las cosas, en el tañido melancólico de las campanas, en el ladrido lejano de los perros encadenados en las huertas, en el hervidero monótono e incesante del mar, revelábanse la soledad y la tristeza de la ciudad atlántica a fines del siglo XVIII.

Entró la vieja en el zaguán empedrado y negro de una casa *terrera* y con la palma de la mano golpeó en el postigo de tea maciza. A los pocos instantes percibióse el ruido de unas chancletas en los *callados* del patio, y una voz cascada preguntó quedamente.

—¿Quién?

—Paz —contestó la que llamaba, prolongando mucho la *a* con acento gangoso.

Abrióse el postigo trabajosamente, rechinó la polea, el *peso* golpeó repetidas veces la madera, y Dolorcitas entró en su casa, a la luz de una vela de sebo que empuñaba una vieja alta, delgada, vestida de negro, cuya cabeza desnuda coronaba un rodete mezquino de cabellos blancos.

En el patio irregular, empedrado a trechos, crecían aromeros, embelesos y albahacas, aquí rastreando por el suelo, allí escalando las blancas tapias. En el fondo, la sombra se espesaba junto a tres plataneras plantadas alrededor

del pozo de agua salobre. En un poyo medio derruido había una hilera de cajones y de ollas del país, donde las dos viejas cultivaban cilantro, perejil y *yerbahuerto*. A la izquierda, un pasillo angosto limitado por altas paredes, semejante a una calle de cementerio, terminaba en una puerta formidable, de las que entonces se cerraban con tranca y taramela.

La escalera endeble y oscilante conducía a un corredor descubierto, en cuya extremidad y apoyada al muro hallábase la *pila* con su *destiladera* cubierta de fresco culantrillo, su *bernegal* de barro, encarnado y húmedo, y el caracol que servía para sacar el agua.

El corredor se doblaba hacia la derecha, sostenido por pilastras de madera, apoyadas en el piso del patio. Allí se abría la puerta del comedor, estrecho y caluroso, sin otros muebles que la mesa de pinsapo y unas sillas de paja.

Aquella noche, como todas las del año, cenaron las dos viejas sus dos escudillas de *tumbo*, restos del puchero servido a las tres de la tarde.

No eran parientes Anita y Dolorcitas. La primera sirvió siendo joven en San Ildefonso, y diestra en hacer dulces, se unió, a la salida del convento, con la otra, cuyo marido, zapatero en la Cruz Verde, acababa de morir, dejándola con un chiquillo de cuatro años. Dolorcitas se ganaba la vida tiñendo la ropa usada; la otra haciendo pasteles por Navidad, bollos de alma por Semana Santa y variedad de dulces todo el año. Juntaron sus muebles, asociaron sus medios de vivir y se instalaron en la casa aquella. En la ciudad todo el mundo las conocía por Anita *la que hace bizcochos* y Dolorcitas *la que tiñe*.

Antonio, *el niño*, como ellas le decían, creció pacíficamente entre las dos viejas, pegado a las faldas, gordo, rubio y tristón, sin casi salir del patio donde él solo echaba sus cometas, jugaba al boliche y criaba sus pájaros *capirotes*,

cerrando los oídos a las invitaciones de los *mataperros* de su edad, que corrían descalzos en la *mareja* próxima, recogiendo *burgados* y *lapas* en las piedras húmedas y verdosas, bañándose desnudos como salvajes en los charcos, a la luz de la luna o al rayo abrasador del sol de agosto. Una sola vez le llevaron a una *guirrea* o batalla a pedrada limpia, fuera de la portada de Triana y volvió a casa chorreando sangre, con la ceja partida por una *laja* aguda y cortante. El recuerdo de la herida y de la *caldá* que con un zapato le dio *encima* su madre, hizo que no volviera a salir solo hasta que fue hombre. Y aun entonces, cuando era empleado en la contaduría de la Catedral con ocho pesos, cuatro reales de plata y una *fisca* de sueldo mensual, sus paseos se reducían a recorrer, después de las cuatro de la tarde, la calle de Triana hasta los poyos de San Telmo, en los cuales se sentaba a charlar con el sacristán de la ermita o con los viejos descalzos que cosían velas de barco, sentados en el suelo. El toque de oraciones le alcanzaba siempre frente a la Recova y con el sombrero en mano, rezando en voz baja como todos los escasos transeúntes, recorría lentamente con dirección a su casa, los tortuosos callejones de San Antonio Abad, bañados por la luz melancólica del crepúsculo.

Y de pronto, a los cuarenta años, hizo la inexplicable locura. Arribó al puerto de La Luz una goleta inglesa, *The Spirit*, capitán Roberts, y se embarcó para La Habana, llevando consigo algunas pipas de vino, para traficar con ellas. Díjose que le había trastornado el seso uno de los palmeros de la calle de la Peregrina, un tal Atanasio Jimeno, que había vivido algunos años en Caracas.

Ello es que Antonio *el de Dolorcitas* se embarcó para La Habana en el *Spirit* al empezar el mes de febrero anterior y que, a pesar del tiempo transcurrido, aún no se tenían noticias exactas de su paradero. Nunca se supo si ganó o perdió con la venta del vino. Un indiano recién llegado, que pasó por Las Palmas con dirección a Juan Grande, dijo que sospechaba haberle visto una

tarde en el muelle de La Habana, malamente trajeado, como uno de los tantos miserables que allí se reúnen, esperando recados o baúles que cargar.

Nada de esto dijeron a Dolorcitas *la que tiñe* ni a Anita *la que hace bizcochos* y aquélla continuaba esperando la carta del niño y hasta las onzas que él le había prometido en el momento de la despedida en la dorada playa de la Isleta.

* * *

Dormían las viejas en dos habitaciones contiguas. La de Dolorcitas tenía ventana a la calle y catre de caoba grande como un navío, debajo del cual yacían varias cestas de caña, grandes y pequeñas, llenas de mil cachivaches, como rollos de tela, envoltorios de papel, zapatos viejos, el *Flos sanctorum* con forro de pergamino y hasta pan bizcochado y nueces de la última cosecha. De las paredes blanquísimas, que Anita misma *albeaba* con frecuencia, colgaban láminas de santos. Por las rendijas del piso desigual y a trechos vacilante, solían aparecer *chopas* negras, grises y hasta blancas que trepaban por las paredes, y anidaban en las profundidades de las cestas, hasta que su mala suerte las hacía tropezar con el zapato de una de las dos amigas y quedaban deshechas en el suelo con repugnanté chasquido.

Aquella noche se acostaron a las nueve y media, como siempre. Dolorcitas, sentada en la cama rezó largo rato, rodeada de la sombra y del triste silencio de la ciudad dormida.

Todos los rumores se habían extinguido uno tras otro. Dormían las campanas de los conventos, inmóviles en el espacio oscuro, hasta que, al rayar el alba, el sacristán las agitate nuevamente llamando a la primera misa. Dormían los perros encadenados en las huertas. Sólo persistía el hervidero sordo y monótono del mar combatiendo las playas, aquel rumor que nunca cesa en las Atlánticas, que hasta en el fondo de las más apartadas campiñas se

percibe, alternando con el murmullo de las hojas, con el zumbido de los insectos, con la voz sonora y grave del torrente que salta de piedra en piedra en los barrancos sombríos.

A la mitad de un padre nuestro, Dolorcitas se quedó dormida. Fue una brusca inmersión en el no ser, la inmovilidad absoluta de su cuerpo obeso y deforme, el eclipse completo del pensamiento y de la sensación.

El telón mágico que se tiende ante nuestra retina cuando cerramos los párpados y en el cual la fantasía proyecta visiones infinitas, plácidas o terribles, permaneció durante más de dos horas opaco y negro. De improviso, comenzó a transparentarse débilmente, como alumbrado por la claridad suave y difusa de una lámpara velada por un tul: el espíritu veía una superficie blanca y temblorosa esmaltada de ligeros puntos brillantes. Repentinamente, como borrada por una ráfaga impetuosa de viento, la claridad se desvaneció, reapareciendo las tinieblas, la lobreguez del vacío. Al cabo de un instante, el lienzo tornó a iluminarse, con anchas ondulaciones de luz, que serpenteaban de uno a otro extremo. Cesó el movimiento y empezó a perfilarse poco a poco un paisaje fantástico y extraño, absolutamente distinto de los contemplados por los pobres canarios de aquel tiempo. Era la visión de una calle recta, ancha, interminable, formada por construcciones bajas, tersas y limpidas como el mármol blanco, una calle cuya extremidad se perdía en una lejanía vaga e indefinida, en una especie de niebla transparente y luminosa. Todo era blanco, pero con blancura opaca y sin brillo, las casas, el pavimento, el cielo paudo y triste.

La vieja marchaba por una de las aceras, tanteando con una mano la pared bruñida y helada, registrando con la vista afanosamente los umbrales de todas las puertas. Caminó así mucho tiempo, con extraordinaria fatiga, respirando con angustia aquel aire singular, blando y espeso como el algodón. Al fin se detuvo delante del umbral de

una puerta en el que estaba sentado un hombre en actitud triste y humilde, con la cabeza oculta entre las manos y los codos apoyados en ambas rodillas. Y entonces ella introdujo su mano por debajo de la barba del espectro, intentando alzarle la cabeza, que pesaba como si fuera de hierro. Hizo esfuerzos desesperados, jadeando, crispando sus dedos flacos en aquella barba canosa, fría como la muerte. Al fin la cabeza cedió lentamente y *le vio*, bañada la faz por la luz crepuscular y misteriosa difundida en el espacio. Le vio con precisión y claridad maravillosas, en un instante brevísimo. La frente baja y lobulosa, las mejillas anchas, caídas, mal afeitadas, erizadas de pelos grises y punzantes, y sobre todo los ojos dilatados, rojizos, lagrimeantes, en que persistía la huella de un sufrimiento abominable, en que la mirada, al extinguirse, había dejado una expresión extraña, de angustia infantil y suplicante.

Medio encorvada, con la cabeza del espectro entre las manos, en la soledad de la calle inmensa, en el seno de la bruma tibia y opaca, la vieja rompió a sollozar bruscamente, lanzando gritos que no sonaban aunque le destrozaban la garganta, clamando las frases destempladas y vulgares con que la gente del pueblo llora a sus difuntos.

—¡Ay mi niño, ay mi niño de mi alma! ¡Ay Virgen del Carmen, para esto lo crié!

La horrible angustia, la sofocación intolerable la despertaron al fin, bañada por el sudor de la agonía.

En el cuarto próximo, Anita la llamaba, temblando de susto.

—Hermana Dolores, por caridad, ¿qué le pasa? ¿Qué *torería* es ésa?

—¡Ay, Anita! No me diga nada, que he visto a mi niño muertito, sentadito en el poyo de una puerta.

—Hermana Dolores; ¿qué me dice?

—En la puerta de una casa muy rara, en una calle que se perdía de vista.

—¿Y ó esa calle, hermana?

—En la Ciudad de Cuba tenía que ser, Anita.

—Cristiana, mire que ésas son *abusiones*, mire que *vusté* estaba soñando.

—¡Ay, no!, que yo lo *vide*.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...

No volvieron a dormir en toda la noche. Hasta que llegó la mañana clara y azulada, no dejaron de rezar, llorando a lágrima viva, sonándose a ratos con estrépito.

* * *

Dos meses más tarde, tío Pedro el de las Tenerías recibió una carta de su hijo Chano, que le fue entregada, junto con nueve onzas de oro y un sombrero de jipijapa, por el patrón de la polacra canaria *Virgen de la Luz*, que llegaba de La Habana.

La carta, que fue leída ante muchas personas por fray Manuel de la Concepción, fraile de Santo Domingo, decía así:

«Señor padre: me alegraré que al recibo de ésta se halle sin novedad en la salud, y también madre, Juan Antonio, Pepe y Rosario, como mi corazón lo desea. La mía buena, a Dios gracias.

Padre, ésta es para decirle cómo estoy en una panadería, donde llaman la *artesa cubana* y gano un peso todos los días.

Padre, ahí le mando nueve onzas de mis *ajorros* y un sombrero de los de aquí *pa* que lo estrene el día de la *catumba*, si llega a tiempo.

Sabrá cómo me dieron las viruelas y estuve muy fatal y me trajeron la Majestad, pero ya estoy bueno, a Dios gracias.

Y ahora por eso, sabrá cómo a Antoñito el de Dolorcitas la que tiñe, se lo encontraron muerto en la calle hace dos noches, el pobre, que dicen que murió de una puntada en el corazón. El pobre estaba *jarto* de pasar miserias y Dios le haya salvado.

Tantas memorias a señor Cleto y a Madalenita la del Terrero y a la gente de los Barquitos, que de *nenguno* me olvido y reciba el corazón de su hijo. SEBASTIÁN».

BOLICHE

A Pepe Franchy.

El viejo aquel del cuento, gordo, gigantesco, con sus *nagüetas* blancas recogidas hasta la ingle, al aire las piernas morenas y velludas como las del San Cristóbal que ocupa en la Catedral todo un lienzo de pared, abría lentamente el postigo, asomando por el hueco su faz carnosa, dilatada por sarcástica y horrible sonrisa. Sonaban las campanillas de la puerta, oíase el pisar felino de los pies descalzos en las baldosas del zaguán, y yo corría muerto de susto a refugiarme en la cocina detrás de las *raposas* de carbón. Allí me alcanzaba la mano enorme y peluda que, asiéndome por el cuello de la camisa, me levantaba en vilo y me sumergía en las profundidades pavorosas del zurrón. Y el viejo atravesaba el patio, repicaban de nuevo las campanillas de la puerta, y héteme aquí, acurrucado junto a la espalda caliente y formidable del monstruo, viajando por calles y plazas, tiritando de miedo cada vez que la voz áspera y cavernosa clamaba con acento amenazador:

—Canta, zurrón, canta; si no te pego con la palanca.

Faltábame el aire, jadeaban mis pulmones, zumbábanme los oídos y al fin, en el colmo del espanto, abría los ojos a la luz blanca y riente de la mañana. Y entonces me explicaba la causa de la pesadilla. Era que Boliche, incorporado en el colchón de paja, en camisa, con su cara blanca y redonda como la muestra de un reloj, sofocando

la risa, me apretaba con sus dedos la nariz, para obligarme a despertar. Inmediatamente nos *agarrábamos a la trompada*, revolcándonos en el estrecho catre de hierro que gemía y lloraba, amenazando desbaratarse. De pronto sonaban nuestras nalgas como címbalos de carne al choque de una mano delgada y dura como unas disciplinas y la voz de mi madre gritaba con acento de desesperación, que a mí me parecía exagerado:

—¡Muchachos de Barrabás, más ruines que Caco! ¡Todavía no están levantados y ya empiezan a darme guerra! Boliche, el día no pasa sin que te lleves una *calda*. Y a ti, Perico, también te la tengo sentenciada.

Así empezaba la mañana.

A las nueve regresaba mi padre del trabajo y nos sentábamos a la mesa, con gran estrépito y vocerío. En el panorama de mis recuerdos se destaca la figura del viejo, tal como era en aquella época lejana, cuando yo tenía ocho años y mi hermano seis. Era sacristán de una de las parroquias del pueblo, pequeño de estatura, gordo, vestido siempre de paño negro, sin corbata, mal afeitado el rostro cuadrado y moreno, con sus dos ojos muy chicos que brillaban dulcemente bajo la ceja poblada y oscura. Con su voz profunda y grave como el eco de una gruta, solía sentenciarnos a cruentos suplicios, tales como arrancarnos el pellejo, pegarnos una *tollina* o partirnos los tobillos. Nunca nos ponía la mano encima, como no fuera para acariciarnos. Mi madre, a cada momento, le echaba en cara su debilidad.

—Pancho, tú tienes la culpa de que sean tan *indinos*. Si les dieras de cuando en cuando una buena *pasada*, te tendrían más respeto.

Él bajaba la cabeza sonriendo, y tragaba sin chistar las sopas de caldo de puchero que, con una taza de té sin leche, formaban nuestro desayuno. Apenas se marchaba a la iglesia, nos salíamos al patio empedrado, lleno de cajones y de ollas desportilladas que hacían las veces de

macetas. De vez en cuando mi madre, que fregaba la loza en la cocina, asomaba a la puerta su cabeza, cubierta por un pañuelo de color, y gritaba:

—¡Perico! ¡Boliche! ¿dónde andan?

—Aquí, madre, jugando a la sombrita.

—Bueno, bueno; no se desaparezcan.

Y en efecto, durante la primera hora no salíamos del patio, entretenidos en buscar *corta capotes y cochinas* debajo de los tiestos húmedos, que removíamos con gran trabajo. Pero tan pronto como *señá* Aniquita se descuidaba, le quitábamos cautelosamente la *tranca* a la puerta trasera y sutiles como sombras nos largábamos a la Marina. Allí nos juntábamos con otros chiquillos de la vecindad y descalzos, con el pantalón recogido hasta las rodillas, nos entregábamos a las dramáticas emociones del marisco. El sol reverberaba en los charcos y caldeaba nuestras cabezas desnudas. El mar extendía hasta la línea temblorosa del horizonte su inmensa palpitación azul.

Con una hora de agradable trabajo, conseguíamos llenar una *cachorra* vieja de *lapas, burgados y cangrejos*. No tardaba en llegar, saltando como un cabrito, Manuelillo el del herrero, provisto de un asador herrumbriento, y animado del heroico propósito de desalojar a todo pulpo viviente de sus recónditas madrigueras. Pero cuando más absortos nos hallábamos en la contemplación de la arriesgada pesca, sonaba a nuestras espaldas, lejana y colérica, una voz que gritaba:

—¡Periiiiico! ¡Boliiche! ¡Dios me dé paciencia con estos condenados! ¡Pedazos de *baladrones*, volando *pa casa*!

El trayecto desde la *marea* hasta la puerta donde nos aguardaba mi madre, se nos antojaba interminable y angustioso como el del patíbulo. Iba yo a la vanguardia y detrás, agarrado a mi chaqueta, Boliche meditaba los medios de eludir el cumplimiento de la sentencia. Mucho antes de llegar, procuraba yo enternecer al Tribunal con la enu-

meración de nuestro marítimo botín, mostrando desde lejos el contenido de la *cachorra*, encomiando el trabajo y los sacrificios que nos había costado reunirlos.

—¡Madre, mire *bien de burgados, bien de lapas!* ¡Mire al pobre Boliche que se raspó una canilla por *dir* a coger un cangrejo!

Era trabajo perdido toda aquella diplomacia, pues apenas llegábamos al umbral descargaba sobre nuestros cogotes una lluvia de *quantazos*, de los cuales recogía yo la mayor parte, pues Boliche siempre encontraba medio de escabullirse, muerto de risa, por entre las piernas del ejecutor, mientras mis espaldas y otras regiones vecinas de ellas recibían la prometida solfa.

Por estas y otras hazañas, mi madre tomó la resolución de ponernos en la *amiga*.

Todas las mañanas a las diez, mi padre nos dejaba en la puerta del *establecimiento* de las *niñas* de Medero, sito en el callejón de Bentejuí. Cogidos de la mano, atravesábamos el patio lleno de flores y muy serios penetrábamos en el *cuarto chico*, saludando a la maestra:

—Buenos días, señá Nicolasa.

Nos sentábamos en silletas bajas con la debida separación de sexos, vigilados todos por la señá Nicolasa, que presidía la bulliciosa sesión con su pañuelo negro a la cabeza y sus gafas de acero subidas hasta la frente, teniendo a la derecha una caña larguísima como las de pescar, que estallaba a cada momento en nuestros cráneos, y a la izquierda la palmeta con sus cuatro agujeros, que abrasaba las manos como un sinapismo.

Durante las cinco mortales horas de cautiverio, nuestras distracciones se reducían a seguir con la vista el vuelo de las moscas, envidiando la suerte de las que flotaban en la atmósfera luminosa del patio, a contar las florecillas de la vara de San José que allá junto a la puerta del *cuarto grande* nos contemplaba con ojos azules y benévolo,

o a prestar atención al mirlo del maestro Vicente, el dueño de la barbería próxima, que entonaba sin interrupción, durante las horas lentas del mediodía, las primeras notas del himno de Riego. A veces los párpados se cerraban e invadía nuestros cerebros un gratisimo sopor, del cual nos sacaba de improviso un riguroso cañazo, aplicado en mitad de la pelona.

El objeto de nuestras ardientes aspiraciones era la posesión de la *marquita* o sea un pedazo de madera, pulimentado por el uso, que entregaba la maestra a los niños que sentían la apremiante necesidad de visitar el *cuartito* situado en el patio trasero.

Una vez dueño de la marquita, no había alumno, varón o hembra, que dejase de dar su paseo por el patio, de tirar al gato de las orejas y de beberse dos o tres *cocos* del agua de la *talla*, con la diabólica idea de provocar la necesidad y adquirir nuevos derechos a la posesión del talismán.

A las tres vibraba agudo y argentino el esquilón de la Catedral y apenas terminaba el rezo, desfilábamos a paso de carga por delante de la maestra, gritando con indecible satisfacción:

—Adiós, señá Nicolasa; adiós, señá Nicolasa.

En la calle se formaban grupos gesticulantes y vocingleros que, con gran desesperación de los vecinos, tardaban bastante en disolverse. Quien bailaba el trompo en el aire, recogiénolo luego en la palma de la mano con sorprendente habilidad; quien saltaba ligeramente *a la piola* por encima de las espaldas de un compañero; más lejos se organizaba una luchada, en la que los atletas de Vegueta y de Triana medían sus fuerzas y también el empedrado suelo.

Generalmente la salida de la escuela era la ocasión y el momento elegidos para zanjar cuestiones delicadísimas de honor. Por si tú rompiste la hoja de mi catecismo,

o me pusiste *nombreres* o me acusaste a seña Petronila (la maestra del *cuarto grande*) solían *fajarse a la piña* los valerosos campeones.

Era Boliche uno de los más susceptibles y pendencieros. Tan sensible y cosquillosa era su dignidad que por una palabra, a veces por una simple *regañiza*, ya estaba el hombre embistiendo lo mismo que un gallo inglés; y como sus fuerzas no guardaban proporción con su coraje, las más de las veces hubiera salido con un ojo hinchado o con las narices chorreando si yo no hubiera acudido a defenderle.

Lo mismo acontecía en las luchadas. Él era uno de los primeros en salir al *terrero*, con un trapo liado al muslo, desafiando a tres *caídas* con varonil arranque; y tan pronto como lo derribaban, ya estaba el hermano *desaflojándose*, animado del noble empeño de vengar a la familia.

Así pasaban ligeros, dorados y sonrientes los días de nuestra niñez.

Una noche de invierno, visitóme de nuevo la horrible pesadilla. Sentía, en medio del sueño, el jadear fatigoso de mi pecho que se dilataba con angustia en el recinto angosto del zurrón y el silbido estridente del aire que, al pasar, me desgarraba la garganta. Al despertar sobresaltado, seguí oyendo aquel estertor abominable junto a mí. Salía de los labios convulsos de Boliche que yacía a mi lado en el estrecho catre de hierro, tendido de espaldas, lívido y sudoroso.

Lancé un grito de agonía:

—¡Madre!

Pero ya ella, medio desnuda, saltaba de su cama y corría como una loca por el cuarto, levantando en sus brazos al pobre niño, que se retorció y agitaba sin cesar, como un insecto pisoteado. Mi padre se vistió a escape y salió

tropezando con los muebles, en busca del médico. Asido a las faldas de mi madre, la acompañaba yo en su frenética carrera, aumentando con mi llanto agudísimo el horror de la situación. Al fin llegó don Pedro y por orden suya acostaron de nuevo a Boliche, echándole encima del cuerpo todas las mantas de la casa. Parecía un poco más tranquilo y mientras mi madre rompía en el patio unas astillas para encender el brasero, los dos hombres inclinados hacia el lecho, hablaban en voz baja.

Al cabo el médico se incorporó y al verme dijo a mi padre, bruscamente:

—Llévese al otro niño.

En un catre de *viento* que instalaron en el cuarto próximo, pasé el resto de la noche, durmiendo con la inconciencia propia de mis años.

Al día siguiente, mi madrina Dolores la de *Fuera la portada*, me sacó muy temprano de la casa y me llevó a la suya. Pasé allí ocho días inolvidables, consagrado al juego con verdadero frenesí, correteando mañana y tarde por la desierta carretera o por la dorada playa de Santa Catalina.

Todas las noches, cuando la madrina me quitaba la ropa para meterme en la cama, me sobrecogía una tristeza singular, como el lejano reflejo de sufrimientos desconocidos, en los que yo no tomaba parte. Nadie me hablaba de Boliche y un sentimiento indefinible me impedía el pronunciar su nombre.

Al fin, una mañana, mi madrina me tomó de la mano y me condujo hacia Vegueta. Entramos en una casa *terrera*, pequeña y triste, que no era la nuestra. En un cuarto interior estaba mi madre, tendida en una cama, rodeada de unas mujeres desconocidas, sollozando con la cara hundida en la almohada. Me acostaron a su lado y ella me abrazó con fuerza, llenándome las mejillas de besos y de lágrimas. Después, recuerdo haber salido a un patio estrecho y sucio

donde, vuelto de espaldas y apoyada la frente en la pared, estaba mi padre. Me acerqué tímidamente y tiré de un faldón de su chaqueta. Volvióse y al verme dio un grito, me levantó del suelo y me estrechó con delirio. Y yo entonces le pregunté muy quedo al oído:

—¿Y Boliche?

No me contestó. Nadie me contestaba. Al caer la tarde, estando yo sentado en el umbral de la puerta de la calle, pasó un amigote, uno de los compañeros de la escuela, y me dijo con mucho misterio.

—Boliche se fue *pa* las *plataneras*. Se lo llevaron metido en una caja blanca con muchos dorados, tamaña así. Yo lo *vide*. Estaba más blanco que la pared.

.

No quiero cansaros más. Mis padres murieron *cuando el cólera*, el año cincuenta y uno, en aquella misma casa a la que se mudaron a la muerte de Boliche. A los pocos meses me marché a Cuba y en la isla lejana he pasado cuarenta años de mi vida. Hoy tengo setenta cumplidos y soy rico. Mía es la tabaquería de la calle de Isabel la Católica, que llaman *la Flor de Cuba*. Tengo casas en la ciudad, casas en el Puerto, una buena finca en el Valle de los Nueve y dinero asegurado con sólidas hipotecas. Mis ocho hijos me han regalado más de cincuenta nietos. En mi familia, en aquella humilde familia fundada por el pobre sacristán y por *señá* Aniquita, hay médicos, abogados, militares y hasta un canónigo.

Nada me falta, ni dinero, ni cariño. Y sin embargo, cuando en las tardes serenas y luminosas del otoño atlántico dirijo mis pasos vacilantes al solitario camino de San Cristóbal, la imagen del pobre compañero de mi niñez se levanta, suave y melancólica, ante los ojos de mi espíritu. Veo su cabeza redonda y rubia, sus mejillas blancas y carnosas en las que la risa formaba a cada instante fugitivos hoyuelos, su boca colorada y maliciosa, sus ojos negros

que con tanta elocuencia sabían implorar la protección del hermano mayor... y lloro como un chiquillo, mientras el crepúsculo envuelve lenta y amorosamente el cielo, el mar, el llano y las montañas, y brillan a lo lejos, en la creciente sombra, las luces de la ciudad.

EL GUAYETE

A Juan Boissier.

Serían las nueve de la noche, cuando me separé de los amigos con quienes estaba de tertulia en los poyos de la Plazuela. Díjeles que me sentía malo de la cabeza y que me iba a acostar, pero lo cierto del caso es que, dando las ánimas en el convento de Santa Clara, situado como ustedes saben, donde ahora están la Alameda y el Teatro, subía yo la cuesta de San Nicolás, embozado hasta las cejas, no porque hiciera frío, aunque era aquélla una noche de diciembre, sino por temor de que me cogieran el *güiro* que ahorita mismo les diré.

Hace ya de eso más de cuarenta años, amigos míos. ¡Oh, quién tuviera ahora los treinta de entonces, en lugar de los setenta y tres que cumplí el mes de los Santos! En fin, nada vale *jirimir* y hay que *tocar palante*, mientras el Todopoderoso no le ataje a uno el resuello.

Pues, señor, iba yo aquella noche de visita en *ca* de Lucía la Lebrancha. Espérense un poco y también les diré quién era la tal Lucía, que tiempo da para ello la subida de San Nicolás.

Pues a esta Lucía la había conocido yo siendo moza en una *última* de los Barquitos, cuando la mujer del tío Miguel Farías tuvo a Cristobalillo, el que fue patrón de la *Candelaria* y murió cuando el cólera.

Entonces era una *crianza* de unos dieciséis años, vistosa, morenota, con un pelo tan enredado que en él parecía no haber entrado nunca el batidor (ésta es la verdad); pero también es cierto que en la blancura y buena proporción de los dientes no había quien la *majara* y que tenía un par de ojos, señores, que cuando le miraban a uno, le tostaban el alma, lo mismito que las llamas del Purgatorio.

La noche de la *última*, me senté al canto de ella, y procuré *traerla al surco* con el *geito* que tenía yo entonces para esas cosas, pero lo cierto del caso es que la mujer no me hizo caso maldito, por estar medio *embullada* con un novio que tenía, llamado Pancho el Besudo.

Poquito después hice yo mi tercer viaje a la Guayra, y no me volví a acordar de la tal Lucía; pero dos o tres años más tarde, al entrar un día por la mañana *de relance* en la Recova vieja, me la encuentro con su cesto debajo del brazo, mercando una *fisca* de papas.

Enseguidita la conocí, aunque estaba mucho más gorda y más vistosa.

—¡Oh Luciilla! ¿cómo te va, muchacha?

—¡Oh, don *Vitorino*! ¿todavía se acuerda su mercé de mí?

—¡Ya se ve! ¿Pues no me he de acordar? Yo nunca me olvido de la gente buena. ¿Y dónde estás viviendo ahora, en los Barquitos?

—No señor, en el Risco de San Nicolás. ¿Pues no sabe su mercé que me casé, hará un año ahorita mismo, el día de la Virgen de Agosto?

—¿Y con quién, prenda? ¿Será con aquel Pancho el Besudo, que hablaba contigo la otra vez, el demonio cargue con su ánima?

—¡Cristiano! ¿Pues no sabe que al Besudo lo cogieron pa los barcos del Rey y no se sabe dónde anda? No señor,

me casé con un viudo, con mi cuñado Pepe el Lebranco. ¿Su mercé no lo conoce?

—¡Y cómo no! ¡Pepillo el Lebranco, el de tia Pepa la Fañosa! ¡Ya se ve! ¿Y has tenido ya algún *guayete*?

—Maldito. Mi marío tuvo uno con la primera mujer y es el único que hay en casa.

Por este estilo seguimos alegando, alegando y concluí por pagarle la *fisca* de papas. Seguimos de compañía hasta el barranco, cuando de repente veo venir por la Herrería abajo a mi hermana Serafinita, la casada con el oidor y por miedo a su lengua de serpiente, salí escapado hacia el Toril.

Al otro día averigüé que Pepe el Lebranco estaba en la costa, a bordo del *Celaje*, barco que fue de la familia de Cristobalito Sosa, el capitán de milicias, y enseguida empezaron mis paseos al risco de San Nicolás.

En fin, ¿pa qué hablamos de eso? Dios haya perdonado a la Lebrancha, como espero me perdonará a mí, si es que acaso me arrepiento, que hasta la fecha... Bueno. Pues aquella noche estaba el *roncote* de viaje y yo iba a visitar a su mujer.

Cuando llegué arriba, casi por debajito de la Plataforma vieja, sudando como un pato, me veo a tia Concepción, la madre de Luciilla, encendiendo el brasero al canto de la puerta. Aunque me dé vergüencilla el decirlo, lo cierto es que la vieja estaba en el ajo y que nos *aguantaba el cesto*, haciendo centinela a la puerta del *chupenco* en que vivía la Lebrancha.

—Dentro está Lucía —me dijo el vejestorio—, alrededor del *guayete* que está majadero para dormirse.

Efectivamente. El *confisquido* chiquillo, que tenía unos *besos* tamaños así, y era más negro y más feo que el traste de Barrabinga, estaba aún despierto y me lo encontré *des-*

morecido por mor de unas nalgadas que acababa de largarle su madrastra.

Callóse desde que me vio y se puso a jugar en el suelo con unos cuartos que le di y nosotros, mientras a él le entraba sueño, nos sentamos a conversar, muy tranquilos.

Pero, señores, no hacía ni media hora que estábamos así, cuando de repente entró la vieja, como una exhalación, toda *elementada*, gritando:

—¡Ay mi jija de mi arma! ¡Ay ánimas benditas, favórezcanme!

—Madre, ¿qué es lo que tiene?

—¡Ay, que ya se jundió la tierra! ¡Ay, que viene tu marío aquí trasito!

—¡Ay mi madre del arma! ¡Ay, Jesús, fuerte compromiso! ¡Don Vitorino, por Dios, escóndase a tiro!

Yo, caballeros, corría a estilo de ratón por el único cuarto de la casucha, con la mayor *sorimba* que he tenido en mi vida. Al fin, yo no sé cómo, ayudado por las dos mujeres, pude meterme debajo de la cama.

Sentí que la vieja me decía:

—¡Esconda las piernas, cristiano!

Y al minuto siguiente entró el Lebranco.

Figúrense ustedes cómo estaría yo, prensado entre los *callados* puntiagudos del suelo, que se me metían por las carnes y los hierros *ferrugientos* del catre, respirando los miasmas de una partida de zapatos viejos y de unos manojos de *tollos* que había debajo de la cama; ¡sudores que el alma se me arrancaba! Desde aquel sitio sólo distinguía las pezuñas del Lebranco, anchas y negras, con las uñas rotas y sucias, y la parte baja de su pantalón de lienzo azul.

Sentado en un taburete, con el guayete sobre las rodillas, el *roncote* le estaba explicando a las dos mujeres que a

las oraciones había anclado el *Celaje* en el Confital y que él había *tirado* enseguida pa su casa, porque tenía un dolorcillo en un costado y quería acostarse y que le dieran unas friegas de aguardiente-ron.

—¡Ánimas benditas—pensaba yo—, que te acostaras y te durmieras *de golpe*, pa yo salir de este condenao *gu-rancho*!

En esto, siento que el guayete hace con la boca así como quien señala para una cosa miedosa:

—¡Huuu!

Me quedé frío, porque enseguida me percaté que el *confisquido* chiquillo estaba señalando pa debajo de la cama.

—¡Huuu!

—Mujer —dijo el Lebranco con aquella voz suya, áspera y ronca como el ladrido de un perro constipado—, ¿qué rayos tiene el *guayete*?

—*Naíta*. ¿Qué ha de tener el condenao? Mia si te callas, Pepillo, o te doy una *jalá* como pa ti solo.

—¡Huuuu!

Entonces sentí como un rebullicio, luego un chillido ahogado de las dos mujeres y enseguida apareció al *ras* del piso, mirando pa debajo de la cama, la cara del Lebranco.

Aunque viviera mil años nunca me olvidaría de aquella boca más grande que una mareta, con los *besos* hinchados y los dientes amarillos y anchos como los de un burro, de aquella nariz aplastada como la de un salvaje y de aquellos ojos negros y chicos que me miraron largo rato con expresión de estúpida sorpresa.

Al fin dijo:

—¡Oh, señor don Vitorino! ¿Qué *jase* su mercé ahí metío? Salga pa fuera.

—*Mia*, Pepe —dijo en esto muy de prisa la Lebrancha, mientras yo salía con mucho trabajo del *confisquido gu-*

rancho—, fue que don Vitorino entró a saber de nosotros... como yo estuve más allá con un *romadizo*... y estando así de conversa, se le cayó un anillo y fue a parar debajo del catre y lo estaba *percurando*... ¿Verdá, madre?

Pero el Lebranco no *resollaba* ni una palabra y seguía siempre de pie, con la cabeza baja, mirando pa la estera.

Imagínense ustedes qué figura estaría yo haciendo en aquel momento. ¡Ay mi madre, pensaba, la *folía* de trompadas va a dar miedo ahorita mismo! Y todo se me iba en sacudirme el polvo y las telarañas, para disimular el cerote y en mirar hacia la puerta, poniendo en ella unos ojos como *chernes*.

Al fin y al cabo, el Lebranco alzó la cabeza y mirándome con mucho sosiego dijo esto, caballeros, que no se me olvidará en toda la vida.

—Señor don Vitorino, su mercé puede *jaser* lo que quiera, pero no me *güerva* a meter miedo al *guayete*.

EL DE LAS BOMBAS

A Federico León.

Yo he tocado muchas miserias, he conocido muchos dolores; pero ninguno tan hermosamente divino como el de Mariquita de Oro durante aquellos tres años terribles en que perdió familia y fortuna. Parecía que el dolor, inundando su espíritu como un baño luminoso, renovase el antiguo fulgor de su belleza que inspiró al vulgo aquel gráfico mote de Mariquita de Oro con que se la conocerá hasta la hora de su muerte. De seguro que ninguno de ustedes sabe que su verdadero nombre es el prosaico de María de la Encarnación Rodríguez.

Los tres años de pasión comenzaron el día en que su marido, ausente en la isla de Cuba hacía quince años, se metió por las puertas de aquella casita en que sus manos, de oro tan puro como su alma, habían suplido a las otras negras del indiano para sostener los seis hijos que le dejó y presentárselos, ellos fuertes, ellas hermosas, como si el baño de oro que hacía resplandeciente la figura de la madre, hubiera caído como agua de bautismo sobre sus cabezas y resbalado por todo el cuerpo de la prole. Por ninguna parte, ni en la entraña ni en la superficie, asomaba la materia vil de Pancho Alonso.

Con las pocas miles de pesetas, trajo ya muy avanzada la tisis de que falleció dos años después de su llegada, y para mí, que le conocía desde la infancia, fue cosa clarísima

que la miseria de su enfermedad le empujó a la tierra canaria antes que el impulso generoso de regalarles con las tristes nueve mil pesetas.

Por supuesto que Mariquita de Oro, ciega adoradora del terrible indiano, nunca tuvo aquella sospecha y, para ella como para sus hijos, la ausencia del padre tomó caracteres de heroico sacrificio, lucha titánica con el destino cruel, de la cual tornaba herido de muerte para ofrecerles el escaso botín que pudo alcanzar.

¡Si la pobre Mariquita hubiese sospechado lo que yo sabía y nunca me atreví a confesarle, la vida disipada y regalona, la fortuna dos veces conquistada en la ruleta y otras dos veces perdida estúpidamente! Pero la realidad nunca penetró en su interior sino pasando al través del cristal de su conciencia y por eso no vio las acciones del prójimo como eran, sino como ella, humilde y divina criatura, las hubiera realizado.

Ustedes no la conocieron en su interior; pero recuerdan aquel drama que por tres años tuvo el privilegio tristísimo de excitar la piedad fácil, la misericordia de palabras convencionales e inútiles de la masa egoísta de la población.

Todos tenían los ojos fijos, como en un escenario, en la casita terrera de la calle de la Marina y a cada nueva víctima, un estremecimiento recorría la piel del monstruo espectador en el cual despuntaba, por extraña que les parezca a ustedes, un dejo de curiosidad satisfecha; el placer abominable que subyuga a las muchedumbres ante un naufragio o un incendio. El público respiraba hondamente y descansaba al final de cada acto. No aplaudía por vergüenza.

Primero fue contagiado Federico, un hombrote como una palma, que era herrero de la fundición de Serís. Empezó a vomitar sangre y en un vómito se quedó ahogado. Dijeron que el médico tuvo la culpa porque no quiso sangrarle.

¡Tonterías! Bastante sangre derramó. ¡Como que las manchas del suelo nunca pudieron quitarse!

Un mes no había pasado cuando sucumbió Eulalia, un ángel de quince años, imagen viva de lo que había sido su madre, de una meningitis tuberculosa. También dijeron que el médico la mató porque le puso hielo en la cabeza. ¡No! El médico no la mató. Yo conocía al asesino: era él, el terrible indiano, que a mansalva sembraba en la casita de la calle de la Marina, la podredumbre adquirida en las otras tierras, el único bagaje que traía de su lucha de quince años con la ruleta y las mujeres de mala vida.

¡Y Mariquita no veía la obra siniestra del bandido! Para mí era claro que seguía un plan de exterminio. ¡Había que verle tumbado en la mecedora, bebiendo buen vino, devorando carne cruda, fumando tabacos de dos pesetas, cuando yo nunca los he fumado sino del país, sin una palabra ni un gesto de agradecimiento, aceptando como cosa natural los cuidados y los sacrificios y la adoración de toda la familia y lanzando escupitajos venenosos a los rincones!

Todas mis advertencias eran inútiles. Cuantos recipientes se le ponían al alcance de su mano negra aparecían por la mañana rotos en pedazos, y a mis razones de hombre pacífico y contemporizador respondía con una risita de incredulidad que me crispaba los nervios y con un escupitajo que estallaba en el suelo como una bomba de dinamita.

Un día no pude contenerme y poniéndome sobre la punta de los pies le grité con una cólera que hizo gallear ridículamente mi voceilla:

—¡Ravachol!

¿Creerán ustedes que se enfadó?

Nada de eso. Rompió a reír y como, por reír, sobrevino la tos tumbándole y retorciéndole en espasmos convulsivos, lanzó otro escupitajo que vino a caer junto a mis zapatos

a tiempo que decía con aquel acento inaguantable y meloso adquirido en la tierra de América:

—Cuidado con la bomba, niño Agapito... que te puede estropear los botitos de charol.

Yo salí furioso. A no haber sido por Mariquita no vuelvo a entrar en la casa.

Pues, para no cansar a ustedes, a los seis meses de tregua aparente enfermó María de los Ángeles, una criatura divina que ya *tenía la ropa hecha* para casarse con Tiburcio Bustamante, el cual por insinuaciones mías y por el grande amor que en ella puso, había apresurado la boda para substraerla a las pestilentes emanaciones del infame dinamitero.

Ustedes recordarán los extremos de dolor que hizo a la muerte de la chiquilla. Ciertó que después se casó con la hija de Martín Peralta; pero a mí me consta que se tragó tres peñillos de fósforos y que sólo un vómito providencial y otros que le provocó el doctor Cano pudieron salvarle. Todavía se resiente del hígado.

Y enseguida ocurrieron las otras dos muertes: Paco y Julián atacados de la gripe fallecieron en el mismo día de una cosa que los médicos llamaron granulia y que es algo así como una tisis galopante.

¡Las bombas hacían su efecto!

* * *

Llegó el turno a Pancho Alonso.

El bandido con una astucia infernal había conseguido engañar a todos sosteniendo su papel de víctima. Mariquita de Oro y Mercedillas vagaban como sombras en torno a la mecedora, pendientes de su deseo, aceptando la caridad de algunas familias pudientes para servirle la carne cruda y los cigarros y el vino generoso que él consumía con

gesto resignado como si al aceptar aquellas dádivas les hiciese un favor señaladísimo.

—Dejadme morir —solía murmurar alguna vez—, quitad este estorbo de vuestra vida.

¡Hipócrita sinvergüenza!

Un día que se habían concluido los cigarros de La Habana le di uno de los míos para que los probase. Lo encendió, dióle tres chupadas y lo arrojó al suelo diciendo que eran infumables y que le producían tos.

¡Unos cigarros torcidos por mí mismo con tabaco cosechado en mi propia finca de Valsendero! Hace veinte años que los fumo y todavía no me han producido un golpe de tos, ni un estornudo, ni un simple lagrimeo!

¿Piensan ustedes que me enfadé? Se engañan. Lo que hice fue sentir lástima infinita del dolor y del desconsuelo de aquellas santas mujeres y echarme a la calle y volver con una caja de imperiales de Henry Clay, que me costaron cincuenta pesetas. Todavía puede verse sentada esta partida en mis libros.

Cada día al entrar pensaba encontrarle muerto, y él, que sin duda veía en mí al enemigo, al único poseedor de su secreto, dirigíame desde lo hondo de sus cuencas una mirada de triunfo como diciéndome:

—Todavía hay bombas, Agapito.

Sólo que era tan solapado que enseguida corregía el efecto murmurando con voz apagada:

—Dios te pagará todo esto, Agapito. Los cigarros están concluyéndose; pero no vuelvas a hacer tal locura.

Todo le ayudaba al maldito. Hasta los progresos de la enfermedad comunicaban a su figura un carácter de austeridad y grandeza dignos de un mártir.

Había enflaquecido de un modo inverosímil; su piel al pegarse a los huesos tomaba un tinte de marfil viejo, sur-

cada por cuerdas azuladas. Habíase dejado crecer la barba que caía sobre el pecho y el cabello hasta los hombros y entre uno y otro el rostro hundido, la nariz afilada, la ancha frente lustrosa, los ojos encuevados, dábanle el aspecto de un anacoreta condenado a morir de hambre por la fe en Cristo nuestro Redentor.

Además todos los días conversaba una hora con el padre Lobos y a pesar de que éste se hallaba entonces en el apogeo de su talento y era más vivo que el fuego, salía haciéndose cruces de las virtudes de su penitente.

—Este hombre va derecho al cielo —me dijo un día encendiendo un cigarro de los míos, que le había regalado el indiano.

Ustedes comprenderán mi situación. Era necesario callar, porque ninguno hubiera creído la verdad y o me hubieran dicho por loco o hubieran dicho lo que ya mucho antes habían murmurado: que yo no me olvidaba de mi despecho cuando Mariquita de Oro le prefirió por marido.

Por fin llegó el término del drama aunque no de la farsa. Ravachol concluyó de morir una mañana de mayo, en que toda la naturaleza parecía sacudida por un soplo fecundo.

A uno y otro lado de la butaca estaban las dos pobres mujeres, detrás el padre Lobos y delante, interceptando los rayos del sol que entraban por la ventana de la marina, yo, yo mirándole, enternecido a través de las lágrimas, brindándole un perdón que él obstinadamente parecía no entender.

Nunca he podido guardar rencor a nadie, mucho menos en el trance de la muerte. Y entonces fue cuando aquel bandido, recogiendo con su último esfuerzo toda la metralla que le quedaba, la acumuló en la boca y la lanzó en dirección a mi persona.

La bomba, mal dirigida, cayó sobre mi zapato izquierdo. Después se murió.

Lo demás es historia relativamente moderna y ustedes la conocen.

Tres meses después comenzó la enfermedad de mi pie izquierdo y en menos de tres días apareció la gangrena y se extendió hasta la mitad de la pierna. Los médicos decían que era consecuencia de una obstrucción de la arteria; pero yo temblaba pensando en la verdad, sólo por mí conocida, sin atreverme aún a confesarla.

Todas las noches, invisible para todos, excepto para mí, me visitaba el terrible indiano. No vayan ustedes a decirme, como Mariquita de Oro que se constituyó en mi enfermera, que era efecto del delirio. No, señores: entraba sin llamar por la puerta de la sala, levantaba la cortina, deteníase en el dintel sonriendo siniestramente y luego, mientras yo me incorporaba rechazándole desde lejos con mi gesto despavorido, avanzaba lentamente, dejábase caer en la butaca que está por los pies de mi lecho y encendiendo un cigarro y dando chupadas me acompañaba durante toda la noche. De vez en cuando tosía, amasaba la bomba dentro de su boca y levantándose, descubría mi pierna enferma y la arrojaba sobre el vendaje. Después, amorosamente, con delicadezas de madre, arropaba mi pierna, dábale sendas palmaditas y se sentaba de nuevo silencioso y sonriente.

Por la mañana el doctor Cano, al levantar el apósito, fruncía el gesto : la gangrena no se detenía, seguía avanzando. Tan convencido estaba del peligro, que por último confesé mi secreto al amigo Cano.

¡Nunca lo hiciera! Rio a mandíbula batiente de mi delirio, afeóme la persistencia de mi odio hacia aquel desgraciado por el solo delito de haber obtenido las preferencias de Mariquita de Oro y entrando en explicaciones díjome que la gangrena era consecuencia de una enfermedad de la

arteria gorda de la pierna que a su vez dependía del abuso que yo había hecho de carnes y vino, de mi vida sedentaria y egoísta y hasta de mi empeño de intoxicarme con nicotina de Valsendero.

¡Bien me estuvo por tonto! Desde ese día enmudecí; pero hice llamar a mi amiga Sor Clara y pedíle una medalla de la Milagrosa que aseguré con una liga al nivel de la rodilla. Desde aquella noche cesaron las visitas del indiano y un surco rojo y profundo separó la parte envenenada por sus malas artes de la carne sana, regada por la saludable sangre de mi corazón.

Todavía tuve que sufrir la amputación; pero la soporté con firmeza, casi con alegría, por desprenderme de aquello que era del otro.

Me costó un pie y los honorarios de Cano, que por cierto me trató muy mal; pero aquellos días fueron para mí luminosos y tibios cual ningún tiempo de la juventud. En ellos renació mi esperanza de poseer a Mariquita de Oro, realizada un año más tarde.

Mis convecinos me tocaron caracoles; pero eso no me ha impedido ser y hacerla feliz. Su hija Mercedes se casó, como ustedes saben, con el teniente Ricardo Sepúlveda y será mi heredera.

TOCANDO A FUEGO

A Fernando Soldevilla.

Dormía Dieguito del Carmen, agazapado junto a la espalda carnosa de su mujer, como un perrillo al pie de un muro, cuando, siendo poco más de medianoche, le sacó del regalado sueño una sensación de dolor.

La cual, concretándose y definiéndose a medida que el espíritu de don Diego ascendía a través de la onda letárgica, como un pececillo que sube desde el fondo a la superficie del mar, revelóse al cabo como la impresión de un agudísimo y retorcido pellizco.

Sentóse de golpe en la cama, borracho de sueño, balbuceando:

—Niña, ¿qué es eso? ¡Que me arrancas el pellejo!

A punto que la voz de Antañita, enronquecida por el miedo, gritaba:

—¡Pero, Dieguito, pedazo de plomo! ¡Despiértate! ¿No oyes que están tocando a fuego?

Y era la pura verdad. El pobre hombre sentía, como si se le tocasen dentro del cráneo, el rebato precipitado, angustioso, terrorífico de la *campana del fuego* y más lejos otras, débiles y agudas, de parroquias, de ermitas, destacándose sobre el bordón de la gran campana como el chillido de las tiples en un coro.

Los pitazos de los serenos desgarraban el aire y venían a clavarse en los tímpanos, temblorosos y agudos como dardos.

Una voz lejana clamaba:

—¡Fuego, fuego!

Y en la alcoba próxima, despertando al ruido, los chiquillos armaban un alboroto de mil diablos.

—¡Mamaíta, por Dios, venga! ¡Venga, mamaíta!

Mientras el papá, acometido de un temblor nervioso, se vestía aturdidamente, espoleado por su consorte.

—¡Anda, cachazudo, plomo derretido! Allí está el saco. ¿No lo ves? Sí, eso, eso... Ponte los calcetines. Ni que fueras a un baile...

—¡Pero, niña, por el amor de Dios!...

Y siempre las campanas y las esquilas y los pitazos y la voz lejana que aullaba:

—¡Fuego, fuego!

La onda terrorífica se hinchaba, crecía por momentos...

—¿Y adónde vas ahora, hombre de Dios?

—A dar una vuelta a las niñas, mujer. ¿No oyes que están *desmorecidas*?

—Déjalas que *rabeen*. Corre, asómate al balcón a ver dónde es el fuego.

Obedecía el pobre hombre y ya corría hacia la sala, cuando la voz de Antoñita le detuvo, gritando a pleno pulmón, para dominar el estrépito:

—¡Eso! ¡Eso! ¡Asómate así, despechugado, pa que agarres el gran romadizo! ¡Coge mi sobretodo, *desconchavado*!

Y con la cabecita calva envuelta en el sobretodo y las piernas forradas en los calzoncillos como dos quitasoles

cerrados, Dieguito del Carmen se asomó al balcón de la sala.

Suerte que la noche estaba tranquila, sin un hálito de brisa, sin una gota de lluvia. El cielo lucía todos sus brillantes como una dama que se atavía para un sarao.

—¿No sientes olor a cosa quemada?

Dieguito husmeaba, dirigiendo a derecha e izquierda las ventanas de su nariz, como si quisiera sorberse él solo todo el ambiente de la noche. No sentía nada.

—¡Pregunta, hombre, pregunta!

—Pero, niña, si no pasa un alma...

Y las chiquillas a todas éstas:

—¡Mamaíta, por Dios, venga, mamaíta!

—¡Espérense un poco, baladronas, que voy allá con un zapato!

—Pero niña, ¿y Angustias? ¿Dónde está Angustias?

—Durmiendo como un animal.

Angustias era la criada.

—¡Vaya una cachaza! ¡Señor, el servicio está perdido!

Abrióse un balcón, a la derecha, y en él apareció un bulto, embozado hasta la pelona. Era el vecino don Andrés, un hombrón con cara de beduino, pacífico como una liebre.

—Vecino, ¿dónde es el fuego?

—No le digo, vecino. Estaba en el primer sueño, cuando mi mujer me llama, dándome un agudísimo pellizco...

—Lo mismito que yo. Sólo que el mío fue un pellizcón.

—¿Creerá usted, vecino, que mucho antes de sonar el toque de fuego, Adelaida había sentido desde la cama el olor a tea quemada?

—¡¡Bueno!! (acento de incredulidad).

—Sí señor. Ha de saber usted que mi mujer tiene una nariz más fina que la de un perro perdiguero.

—Gracias a Dios que alguien se acerca.

Pero el tal no pudo dar razón de cuál fuese la casa siniestrada, porque era un grandísimo borrachín que pasó cantando:

*Águila que vas volando, dame una pluma
Dame una pluma por Dios...*

—Un alcohólico, señor don Andrés.

—En toda la extensión de la palabra, señor don Diego.

—Ahora abren la casa de enfrente.

—Aguedita, ¿dónde es el fuego?

Aguedita, la planchadora, habitaba una accesoria de la casa de enfrente. Salió arrastrando los chanclos, molesta por no poseer en aquel momento el dato preciso para contestar a la pregunta.

—Pues me parece que es allá por la Recova Vieja.

—¿Qué Recova, ni qué ocho cuartos? Es mucho más lejos.

—En el Terrero.

Sonó entonces, como un clarín de alarma, la voz de Antoñita desde la alcoba.

—¿¿¿Será en casa de tití???

—No, niña, tranquilízate. No tocan en Santo Domingo.

—Escuche, vecino. Gente llega. Vienen corriendo. ¡Se conoce que la quema es terrible! ¡Válganos la Virgen del Carmen!

Eran dos muchachos que galopaban sombrero en mano, por el centro de la calle.

—¡Eh, amigos! Espérense un momento. ¿Dónde es el fuego?

Pero los chiquillos, dos artesanos que salían de una *tai-fa*, cargaditos de ron, gritaban al unísono, sin dejar de correr:

- ¡En el cuerno de tu abuela!
- ¡Habrás visto!
- ¡Ordinarios, poca vergüenza!
- ¡Qué educación!

De pronto, la campana de la catedral dejó de tocar. Las de las parroquias se apagaron también, una tras otra. Y el silencio que cayó enseguida de la bóveda espléndida del cielo, fue una desilusión para los trasnochadores. Sin darse cuenta de ello, la campana *les hacía falta*.

Prueba de que en el terror existe un elemento dramático y por tanto de placer estético, lo que nosotros, los indígenas canarios, llamamos *embullo*.

- ¡Se apagó, vecino!
- Señor, ¿dónde sería?

Ninguno de los dos, ni menos Aguedita la planchadora podían acostarse sin saber dónde había sido el fuego.

Al fin les sacó de la duda un hombre que apareció en la esquina, un embozado altísimo, cuya cabeza casi tocaba en el farol. Era el maestro Cirilo, un albeador muy conocido en la población, el cual, sin esperar a que nadie le preguntase, exclamó con voz cavernosa.

- ¡Ya se apagó!
 - ¿Dónde era, maestro?
 - Casa de Pinito la colchonera, en los Perules.
 - ¿Se quemó algo?
 - Cuatro cachos. Unas sillas viejas y el techo de la cocina.
 - Todo sea por Dios. Muchas gracias, maestro.
 - A buena noche, caballeros.
-

Ya tenemos de nuevo a Dieguito del Carmen, agazapado junto a la espalda carnosa de su mujer, como un perrillo al pie de un muro. Ya desciende, ya se hunde poco a poco en la onda letárgica, cuando de repente...

—¡Dieguito María!

—Pero niña, por el amor de Dios, ¿qué quieres?

—¡Que no me duermo sin registrar antes toda la casa. ¡Anda, levántate!

El desgraciado obedeció, murmurando en voz muy bajita:

—El Señor me dé paciencia.

Registraron toda la casa, él delante, empuñando la pal-matoria, en calzoncillos, americana vieja y hongo, y ella en zagalejo, con el pañolón por los hombros. Ya iban de vuelta hacia la alcoba, después de haber husmeado en la cocina y en el cuarto de la plancha, cuando Antoñita, que se había asomado a la barandilla del corredor del patio trasero, asió enérgicamente el brazo de su consorte, diciéndole en voz baja, con acento terrible:

—¡¡Luz en el cuarto de la criada!!

En efecto, del agujero de la llave brotaba un hilo de luz amarillosa que atravesando la sombra, terminaba en el suelo, dibujando una suerte de pupila temblorosa.

—Esa desconchavada se ha dormido con la vela encendida. Espérate un poco.

La señora bajó quedamente la escalera, cruzó el patio y aplicó el ojo a la cerradura de la puerta. El hilo de luz desapareció bruscamente.

Pasaron dos, tres, cinco minutos. Antoñita no se movía. Don Diego se impacientaba en el corredor. ¿Por qué se detenía tanto la señora? ¿Por qué no llamaba a la descuidada cocinera y le exigía con voz de trueno que apagase la luz?

No pudo resistir más y bajando cautelosamente la escalera, tocó ligeramente en el hombro de su mujer.

Pero ésta le sacudió como se sacuden las moscas, y continuó mirando. Al fin se enderezó, muy encendida, con los ojos brillantes, y como Dieguito le preguntase en voz queda, «¿Qué es, qué es?», le impuso silencio con un dedo en la boca y agarrándole la cabecita pelada, le hizo aplicar el ojo al agujero de la llave.

Mas apenas Dieguito del Carmen hubo columbrado lo que dentro del cuarto sucedía, cuando se irguió, rojo y tembloroso, como si le hubieran descargado una bofetada.

—¡Baladr...!

La mano carnosa de Antoñita sofocó el resto de la inyectiva y le separó bruscamente de la puerta. Escalera arriba y luego por el corredor, iba profiriendo en voz baja imprecaciones tremendas, reveladoras del furioso vendaval que soplabá en su alma.

—¡Esto es una desvergüenza!

—¡Cállate!

—¡Pedazo de tiesto!

—¡Cállate!

—¡Pues no faltaba más! ¡En mi casa, en mi casa!

—¡Cállate, cállate!

Cuando llegaron a la alcoba, Dieguito del Carmen se desplomó sobre una butaca y arrojando el hongo al suelo, dijo con voz aflautada.

—¡A presidio!

La señora, cruzada de brazos, le miraba, encendida aún, con los ojos caldeados por una expresión singular. Al cabo díjole tranquilamente:

—¿Qué piensas hacer?

Dieguito, desconcertado, contestó tartamudeando:

—¿Qué... qué... pienso hacer? Llamar al sereno, echar la puerta abajo... ponerlos en la calle... en la calle...

—Oye, Dieguito, ¿y si el Mambrún aquel te rompe las narices?

—¿Y si se las rompo yo a él?

—Me parece que te veo, burro blanco en el terrero. Mira, Dieguito, déjame el alma quieta. Ahora mismito te metes en tu cama.

—Pero, niña, y ¿vamos a consentir que bajo este techo...?

—Mañana será otro día.

—Bueno. No les haré nada esta noche porque tú te empeñas; ¡¡pero mañana, mañana!!

—Bien, hombre, bien, acuéstate y recoge el medio bollo, que no tienes otro.

.....

Ya tenemos de nuevo a Dieguito del Carmen agazapado junto a la espalda carnosa de su mujer, como un perrillo al pie de un muro. Ya descende, ya se hunde en la onda letárgica, cuando de pronto...

—¡Dieguito María!

Pero la voz no es seca, imperiosa como antes, sino acaramelada, sedosa, con inflexiones de interrogación y súplica.

Al propio tiempo, unos dedos anchos y cortos le aprietan suavemente los labios, alargándoselos en forma de *bico*.

Y Dieguito, resignado, se vuelve dándole la cara a su consorte, exclamando para sí:

—Con otra noche como ésta, me llevan volando pa las plataneras.

GASPARÓN

A Prudencio Morales.

La persona a quien todo el mundo conocía por el resonante apodo que dejamos escrito, era un señor, un caballero de muy buena familia, don Gaspar Mauricio Virués y de la Mansión.

De su bien ganada popularidad es inútil hacer encomios, pues todos, viejos y jóvenes, de ella fuimos testigos. Es lo cierto que el nombre de don Gaspar llegó a ser conocido en todo el Archipiélago, sin que nuestro paisano reuniera ninguna de las condiciones que de ordinario precisan para ello, pues ni fue diputado a Cortes, ni luchador de riñones, ni gobernador, ni patrón de buque... Fue tan sólo *amante*, pero un amante superlativo y endemoniado, un devoto apasionado de la Mujer, uno de esos tipos que al parecer han venido al mundo con la única misión de codiciar, rendir y poseer la dulce forma femenina.

Sus padres, que eran personas muy cristianas, honestas y cabales, se empeñaron en que el niño estudiara una carrera; pero ni la Milicia, ni las Leyes, ni la Medicina, ni la Farmacia, ni otros órdenes y perspectivas de la actividad humana lograron seducir el entendimiento de aquel simpático mancebo. Desde los quince años su vocación de enamorado se mostró tan ardiente y avasalladora, que con ella no pudieron ni los consejos y súplicas de su madre,

ni las paternas exhortaciones, acentuadas por la cariñosa percusión de una vara de *pírgano*.

Era la complexión de Gasparito (el apodo de Gasparón le cupo más tarde, en la edad madura) recia, dura, fortísima, más de roble o de encina que de persona humana. Su vitalidad poderosa se mostraba en el cuerpo alto y enjuto, en el torax ancho y profundo en su agilidad de cuadrumano, en la piel morena y ardiente, en el vello negro, espeso y rizado que desde la edad más temprana invadió su rostro, como una vegetación tropical. El ardor de aquella endiablada naturaleza revelábase sobre todo en los ojos que eran admirables, dos astros negros, de dulce y ansioso llamear, que no podían dirigirse a una mujer sin pedirle al punto el corazón y la persona entera.

Su familia, aplicando a la dolencia del vástago un aforismo médico muy conocido, le casó a los dieciocho años. Con su legítima mujer, Aguedita, tuvo nada menos que veinticinco hijos, casi todos varones, de los cuales no se malogró ni uno siquiera. A todos quiso con entrañable pasión de padre y es fama que a todos los *vio sentados a su mesa*.

Porque, digámoslo muy claro, hombre mejor que don Gaspar Mauricio, ni se ha visto ni se verá. El tropo vulgar que convierte en corazón a toda la persona humana, parecía haber sido imaginado expresamente para él. Aunque engañaba a su mujer a todas horas del día y de la noche, nunca dejó de tratarla con rendimiento y ternura y la quería, sí, la quería *de verdad*, aunque parezca raro, como quería también a las demás, a las innumerables que conoció en el sentido bíblico y a la falange infinita de sus descendientes ya fuesen legítimos, ya *del pecado*.

Porque Gasparito, a poco tiempo de casado, emprendió como su abuelo Almanzor una serie de correrías desastrosas para la tranquilidad de aquel nuestro eterno enemigo, del que renegamos de continuo y sin el cual no podemos vivir.

Al principio limitaba sus expediciones al término municipal de Andux, pueblo en que nació y vivía con su familia; pero más tarde una suerte de proselitismo inquieto le indujo a extender el campo de sus victorias y a clavar el pabellón gasparoniano en los demás pueblos de la isla y en la Ciudad misma. Y, como aún le parecieran estrechos los límites de su imperio, aventuróse a cruzar el mar intercanario para someter a la dulce ley de amor a las isleñas de ambos grupos, el oriental y el occidental, la majorera ardiente, la espléndida hija del Taoro, la palmera de lánguido y almibarado hablar. Dícese que ni siquiera perdonó al Hierro y a la Gomera (Ombrion, Junonia minor) y que más de una vez lamentó la falta de seres humanos en la Graciosa y la Alegranza, tierras desiertas que él solo hubiera sido capaz de poblar, pues según solía decir, el que hace un cesto hace ciento, si le dan Evas y tiempo...

Hay que repetir lo que más de una vez oímos a un viejo amigo nuestro, a saber: que antes de la instalación del cable eléctrico, era Gasparito el único lazo de unión entre las siete islas llamadas hermanas.

Le conocimos en la plenitud de sus facultades y de su gloria. Tenía más de sesenta años y estaba siempre ágil, robusto y saludable como un animal salvaje. Su estómago era una retorta poderosa que convertía en sustancia vital los productos más indigestos, dormía como un leño y, según contaba, jamás un médico le había visto la lengua ni tomado el pulso.

De otras facultades suyas eran testigos sus descendientes, aquella legión formidable que ni él mismo acertaba a contar. Solía decirse que el Registro civil de la provincia trabajaba tan sólo para él. Tenía hijos y nietos en todas las clases y profesiones; abogados, tartaneros, médicos, albeadores, mamposteros, telegrafistas, clérigos, militares y lañadores.

Y tened en cuenta que nunca abandonó a las madres ni a las crías y que a todos los protegió en la medida de sus rentas, que eran cuantiosas y saneadas.

Murió a los ochenta y cuatro años, ayer, como quien dice. ¿Quién no recuerda el entierro de Gasparón? Había cinco cabeceras de descendientes legítimos entre hijos, nietos y biznietos; y los ilegítimos llenaban la extensa calle en que el patriarca tuvo su última morada. Aquello, más que fúnebre ceremonia, parecía una fiesta pagana, la fiesta del amor triunfante, la apoteosis de la vida perenne, indestructible.

Los doloridos mirábanse unos a otros y se reconocían mutuamente como tales Gasparones. Era el mismo tipo, reproducido hasta la saciedad, la misma color morena, los mismos pelos vivaces y rizados, el mismo aplomo vigoroso y triunfante de Gasparón el grande que se iba camino del cementerio, satisfecho de su obra.

A la salida del entierro ocurrió una cosa singular. Presentóse en la puerta de la casa mortuoria una mujer, una muchacha del pueblo agraciada y llorosa, que traía un bulto agazapado debajo del sobretodo.

Uno de los nietos legítimos reconoció en ella a una jovenzuela que había servido en casa de su abuelo poco tiempo antes y como intentara oponerse a las pretensiones que manifestó de acompañar el entierro de su señor, alegando que las mujeres no deben figurar en tales ceremonias, le replicó ella, radiante de orgullo.

—Es que traigo un hombre; si su mercé lo quiere saber, mire.

Y apartando los pliegues del sobretodo, mostró un soberbio crío, un chiquillo de seis meses, gordo y morenote, apetitoso como una morcilla.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? —le preguntaron asombrados los circunstantes.

—¿Esto? Pues *esto* es de aquél, del que va ahí delantito, dentro de la caja.

Acercóse entonces el hijo primogénito, un hombrón de más de sesenta años, derecho como un pino, examinó despacio al infante y apreciando su coloración moreno-tostada, sus puños enérgicos y el rizado vello que el blanco tocado no acertaba a cubrir, dijo con cierta solemnidad:

—No hay duda. Es un Gasparón.

Y todos los demás, conmovidos y asombrados ante aquella última hazaña del gran octogenario, repitieron con énfasis:

—Es un Gasparón.

El cortejo se puso en movimiento. La noticia había circulado y todos los rostros se volvían sonrientes hacia la muchacha que impávida y triunfal marchaba detrás del féretro, mostrando la cara jubilosa del infante a la inmensa parentela que le rodeaba, a los curiosos que guarnecían ventanas y balcones, a la alegría radiante de los cielos.

Agitábase la multitud con estremecimientos de entusiasmo y en el flotante rumor de voces y pasos vibraba, contenido por el respeto, la aclamación triunfal, el grito de :

—¡Viva Gasparón!

SAN JOSEPH DE LA COLONIA

A F. González Díaz.

He vacilado hasta este momento, el momento preciso de comenzar a escribir... Y no porque aspire a la fácil actitud de joven incomprensible, ni porque tenga el presentimiento de que me habréis de recibir con el desdén compasivo con que se acoge a los maniáticos, a los irregulares de la vida sentimental... sino por otra razón menos egoísta, por el temor de que os parezca incoloro e insignificante lo que tengo que contaros. Creed en mi sinceridad. Me detiene el temor de aburriros. Sin embargo... ¿quién sabe?

Debo ante todo explicaros el impulso extraño que me condujo un día a la Colonia. Fue la devoción algo enfermiza que siento por las cosas muy viejas y muy olvidadas, el afán de rastrear en ellas los vestigios casi invisibles de los días irrevocablemente muertos, de la vida humana que en tiempos muy remotos conmovió su entraña, inanimada hoy y llena de cenizas.

Alguna vez oí a mi padre que la Colonia era, a principios del siglo pasado, una de las playas en que solían veranear las familias acomodadas de la Ciudad. (Hoy apenas si quedan allí dos o tres casas de pescadores, medio sepultadas en la arena amarilla). Explicaba mi padre la decadencia de aquel humilde rincón de la costa atlántica con razones varias, la falta de agua, la lejanía, agravada por

las arenas en que el viajero se hunde hasta las rodillas, la tristeza ambiente que flota en el paisaje reducido y solitario.

Un día del pasado otoño, muy temprano, emprendí el viaje. El coche de hora me dejó en el parador de Andux, donde el hijo de la tendera, un chiquillo de nueve años, se prestó a guiarme hasta la Colonia.

El camino al principio se mostró áspero, sembrado de *malpaís*, pedruscos de lava rojiza, entre los cuales los *cardones* elevaban sus extrañas siluetas de candelabros. No había sendero. Subíamos y bajábamos al azar de los barranquillos pedregosos que nos cortaban el paso. La soledad era extraordinaria bajo el cielo azul, alto y vacío. El chiquillo se cansó y tuve que darle la mano...

A las dos horas de viaje aparecieron las arenas y, muy lejano, el horizonte del mar, una pincelada de añil en el azul pálido del cielo. La marcha se hizo fatigosa y nos obligó a descansar más de una vez, tendidos en el polvo dorado y limpio, a la sombra mezquina de los *tarahales*. Había aumentado la sensación de soledad... de alejamiento, de austera melancolía... El viento zumbaba, prolongando la sorda queja con que recorre los paisajes tristes y desiertos.

Tardamos hora y media en las arenas. El horizonte del mar se elevaba poco a poco, oíase cada vez más próximo el estallido sordo de las olas y nosotros marchábamos de cara a la faja azul que fulguraba aquí y allí, con fugitivos chispazos, vibrando toda ella bajo la inmensa caricia de la luz.

De pronto detuvo nuestros pasos un murillo rojizo y arruinado. Era todo lo que quedaba de la ermita de San José de la Colonia. A la vuelta del muro, dilatose bruscamente la playa y el estruendo del oleaje nos envolvió de pies a cabeza.

De súbito comprendí la verdad de las razones de mi padre. ¡La tristeza ambiente! Era cierto que flotaba por todas partes. Desde luego impresionaba la mezquindad del paisaje, encerrado entre dos promontorios, uno de lava negra, otro de tierra cárdena, que le limitaban a derecha e izquierda. Entre los dos, el mar se revolvía con inquietud casi febril, hinchando y deprimiendo el vientre con ritmo inacabable, y las olas llegaban sesgadas a la playa, como extrañas serpientes blancas, precipitándose las unas detrás de las otras, pugnando por alcanzarse, como ansiosas de acabar en un abrazo su vida graciosa y efímera. Sobre el paisaje, el sol del mediodía, una catarata enorme de luz...

Tan sólo quedaban en la Colonia dos casas habitadas, la del tío José *el del Patrimonio* y la de su yerno, Antonio Cleofás. De las demás casas que allí hubo en el siglo pasado sólo se veían restos, paredes ruinosas y puertas deshechas, medio sorbidas por las arenas.

La casa de José era la última hacia el sur. Tenía techo de tierra y dos caños de madera medio podrida que escupían el agua de lluvia sobre un patiecillo empedrado. La fachada con una sola abertura, la puerta. El pobre viejo, muy sorprendido por mi visita, me ofreció la vivienda de Antonio Cleofás. El yerno estaba en la costa y tardaría dos meses en volver. La mujer, joven aún, alta y amarilla, se trasladaría con sus tres chiquillos a la casa del padre.

...Al fin estaba solo en el rincón solitario y olvidado, podía dedicar todo el tiempo que fuera mi voluntad a la tarea deliciosa de escudriñar la vida pasada, de sorprender los ligerísimos vestigios de los seres humanos que hacía más de sesenta años habían respirado aquel mismo aire fresco y virgen que giraba velozmente en torno nuestro.

Por la tarde, después que el chiquillo hubo tomado la vuelta de Andux, comencé mi lenta visita. Acompañábame, bien a pesar mío, José el del Patrimonio. Llevóme pri-

meramente a las ruinas de la ermita. Subsistía, aunque rota y media sepultada en las arenas, la escalinata de la puerta de entrada. En el umbral veíanse aún los agujeros en que giraban los *puones* de las pesadas hojas de tea, que habían desaparecido. Dentro no había absolutamente nada: un espacio cuadrado cuyos muros ruinosos apenas llegaban a la altura de un hombre.

El viejo se acordaba de haber visto íntegra y en pie la pequeña iglesia. Cayóse el techo en el invierno de 1863 y como hacía mucho tiempo que no existían los fondos del *Patrimonio* destinados al sostenimiento de la Santa Ermita, el Sr. Obispo dispuso la traslación a la parroquia de Andux del San José de la Colonia, imagen negruzca y carcomida, que apenas tenía la talla de un niño de cinco años.

—Entonces dejé de ser mayordomo de la Santa Iglesia —me dijo el viejo—. Mi padre lo fue también toda su vida. Por eso a los de la familia, nos llaman aún *los del Patrimonio*.

Un poco más lejos estaba el pozo. La mampostería del brocal había perdido el encalado y las piedras se hallaban al descubierto, redondas y rojas. La cubierta era una tabla gruesa y pesada, medio podrida. No había polea. El balde de madera se introducía a mano, pendiente de una sogá arrollada en el suelo, como una serpiente. Según me dijo el viejo, había que andar muchas leguas para encontrar otro depósito de agua potable.

Anduvimos algunos pasos hacia el norte. Nada se veía. Las ruinas habían quedado atrás. Yo interrogaba al viejo, con reconcentrada ansiedad, acerca del pasado esplendor de la Colonia. ¿Recordaba él aquellos veranos del otro siglo, en que las familias de la Ciudad pasaban temporadas en la playa? Tío José me miraba sorprendido. Era cierto lo que yo decía. ¿Quién me lo había contado? ¡Hacía de eso tantos años! Apenas si él se acordaba. Era entonces un chiquillo que no llegaba a los ocho años.

—Mire, su merced —me dijo—. La última familia de *gente rica* que estuvo en la Colonia, fue esa que vivió en aquella casa, la única que queda en pie.

¡Una casa en pie! Dirigíme precipitadamente al punto indicado por la mano del viejo y *la vi*. Estaba intacta, pero ¡cuán vieja y miserable! Su aspecto de soledad y abandono hizo latir mi corazón con sacudida misteriosa y violenta, como si una mano por largo tiempo esperada llamase a las puertas de mi alma.

...Caía la tarde y el sol oblicuo, amarilloso y lánguido besaba el muro cuarteado, enrojecido por la lluvia de tantos inviernos, salpicado de manchas blancas por el salitre que trajeron las ráfagas de la brisa del mar.

Me acerqué a la fachada con emoción que no puedo expresar. Delante de la casa hubo un patiecillo cubierto de baldosas, que oscilaban rotas y disjuntas bajo mis pasos. La pintura de la puerta ¿había sido verde? Veíanse sólo ligeros filamentos en el fondo gris de la madera arrugada. Apliqué mi boca a la cerradura mohosa y recibí el hálito de aquel interior deshabitado y muerto, un soplo de aire frío y cargado de olores misteriosos que me produjo un ligero desvanecimiento, el extraño y fugitivo mareo cerebral que siempre me causa el pensar en cosas y seres de que nadie se acuerda, tan perdidos se hallan en la lejanía formidable del tiempo.

Di la vuelta a la casa. La arena había subido insensiblemente, escalando los muros, rodeando la humilde habitación, como si tratara de sumergirla. Con mucha fatiga pude trepar por la pendiente movediza y dorada, y alcancé la cresta del muro posterior, desde donde descubrí un patiecillo mezquino y triste como un cementerio. Puertas cerradas, la de la sala, la de la cocina, la de un cuartito interior. En un rincón verdeaba un arbusto de los que crecen en medio de los arenales y cuyas hojas tienen la virtud de aliviar los dolores de cabeza.

El viejo me aguardaba en la playa, sentado en una piedra, cada vez más asombrado. Para que no me tomara por un loco, hube de indicarle que mi familia había conocido en otro tiempo a la que vivió en la casita.

—Será así, señor —me dijo—. ¡Pero si hace tantos años!... Ni su papá había nacido... ¡qué va!

—¿Y las llaves?

—Las llaves las tengo yo, señor. Los que allí vivieron están hoy *trasmarrinos* en La Habana. Quien dice *trasmarrinos*, dice muertos... figúrese... ¡tantos años! Esa familia cuando se marchó, le dejó las llaves a mi padre, tío José el del Patrimonio. Después pasaron a mí. Yo podía haberme quedado con la casa, que nada vale, pero es mejor que la otra que vivo. Pero, señor, lo que no es mío no lo quiero. Mi alma pa Dios...

Pedíle las llaves temblando, sí, temblando. ¡Ah, vivir en el pasado, resucitar las horas muertas!

—¿Y servirán? —murmuró el viejo—. Allá están dentro de mi caja todas *ferrugientas*. Con un poco de aceite quizá...

—Sí, señor, se las daré —me dijo después de una pausa el del *Patrimonio*—. Su merced es un caballero y no es capaz de llevarse nada... y luego que tampoco hay nada ahí dentro.

—¿Y quiénes fueron esas personas que la vivieron? ¡Dígame, tío José!

—¿Usted cree que casi no me acuerdo? ¡Si yo tenía ocho años, lo mucho y más! Gente de la Ciudad. Figúrome que sería la madre y la hija, una señora y una niña. ¡Cuidado que hace años! La niña estaba *hética*. Oí que murió aquí mismo, pero no lo juro, señor.

Pedíle de nuevo las llaves.

—Ya es de noche. Mañana se las daré, si Dios quiere.

Ya era de noche. Sonaba el mar en la playa con fuerza solemne, con mugido acompasado de órgano y blanqueaba la espuma con hervor fugitivo en la sombra. El viento corría presuroso, como si alguien le llamase desde el fondo del horizonte, impenetrable y negro.

* * *

Al día siguiente el viejo me entregó las llaves, envueltas en un trapo viejo. Las había grandes y chicas, todas rojas de moho y untadas de aceite. Como era aún muy temprano y tío José padecía desde la víspera un dolor reumático, le insté para que no me acompañase y me dirigí solo hacia el norte, siguiendo la línea tortuosa de la playa.

Era un día extraño, todo blanco como una cámara virginal: blanco el cielo, blanco el mar, ambos inmóviles y como parados, con misteriosa y fantástica quietud. La luz velada y levemente temblorosa parecía venir de todas partes, como si el cielo y la tierra estuviesen dotados de igual poder de iluminación.

Anduve cosa de medio kilómetro y llegué frente a la casa. Allí estaba con sus dos pupilas cerradas, la puerta y la ventana, dormida en la blancura opaca del paisaje.

Tendido en la playa, la contemplé fijamente largo rato. Imaginábala tal como era setenta años atrás, con sus paredes blancas, sus caños erguidos, su puerta y su ventana verdes... Era un día de 1830, una mañana de ensueño como ésta, melancólica y blanca, el cielo dormido, silencioso el mar... La ventana estaba abierta y en ella una figura que lentamente se precisaba... Y tenía la impresión de otra sombra que iba y venía encorvada y dolorosa en el interior del aposento... ¿la sombra de la madre?... Al cabo de un rato de estática contemplación observé con espanto que el espectro de la ventana se delineaba poco a poco, acercándose a la entidad real, acentuándose el contorno de

las manos, la gracilidad del busto, la luz inquisitiva de la mirada... Tuve miedo y me levanté para huir. Entonces la visión desapareció y *mi año*, el año de mi juventud, el año 1902 recuperó de un salto el señorío de los tiempos.

Me acerqué a la ruina, palpé sus paredes agrietadas, su puerta áspera y fría. La cerradura resistió largo tiempo. Al fin la llave gimió con prolongado sollozo y al empuje de mi hombro cedió la puerta. ¡Ah! la ansiedad con que mis labios bebieron el ambiente de aquella casa cerrada hacía más de setenta años, apenas acertaréis a comprenderla. ¡El último suspiro de la muerte! Lo sentí penetrar en mis pulmones, descender hasta lo más vivo y profundo de mis entrañas.

Corrí hacia la ventana. Después de duro forcejear con los cerrojos, conseguí abrirla y la luz opalina entró como si resbalase, como si fuese líquida, bañando la estancia desde el pavimento hasta las vigas del techo.

La sala apareció lamentable, ruinosa, más semejante a una caverna que a una habitación por el hombre formada. El piso cubierto de arena que los vientos soplaron por las rendijas de la puerta, el techo podrido, las paredes manchadas por anchos regueros rojos. Ni un solo mueble. En el fondo, la puerta que conducía al patio, cubierta por el cortinaje gris de las telarañas.

Mis ojos recorrieron ansiosamente las paredes. ¿No había nada, ni una sola huella de la triste vida humana, ni un solo vestigio con que calmar la fiebre de mi extraña locura? Sí, en un rincón, colgado en la pared, un cuadro, una imagen... Me acerqué temblando... Era un grabado sobre madera, resguardado por un cristal, cuya superficie empolvada limpié con rápida mano. Representaba un paisaje de nieve, un sendero blanco y empinado por el cual bajaba una niña toda cubierta de pieles, entre las cuales sonreía su hociquito delicado y circunspecto. Debajo la leyenda *The Winter*, el Invierno... Descubrí a lo largo de las paredes otros clavos herrumbrientos, quebradizos, que

debieron sostener otras estampas, el otoño, la primavera, el verano, paisajes y figuras de factura inglesa de las que entonces llegaban a las islas en las airosas fragatas de comercio.

En mi excursión ardiente y deleitosa llegué al muro de la izquierda, junto a la ventana. Allí la percusión de mis manos despertó un eco, el grave sonido de un tórax profundo. Era una alacena, difícil de sospechar a primera vista, de tal modo la confundían con la pared las chorreras negruzcas que del techo bajaban. Dentro había algo, lo adivinaba, lo sabía, las huellas buscadas, los materiales para la reconstrucción de la vida... Ninguna de las llaves que probé servía y tuve que violentar la cerradura. Abriéronse las puertas con prolongado gemido, el mismo que crispaba los nervios de la enferma en las noches de insomnio y fiebre... y aparecieron las cuatro tablas, negras de polvo. Dentro había algo, sí. Tan intensa fue mi voluptuosidad que me detuve, ansioso de prolongar, de saborear el deleite. Me asomé a la ventana. ¿Vendría alguien a interrumpirme? Ni un alma. El día, solitario y blanco, proseguía su lento curso, desarrollando su sudario. Soledad y silencio. Volví hacia dentro y continué mi pesquisa con refinada lentitud.

En la tabla inferior, un objeto cuadrado, un libro lleno de polvo, con el forro de pasta podrida, cayéndose a pedazos. Era una colección de periódicos ilustrados, el Semanario pintoresco de 1832. Lo recorrí página tras página, con dedos temblorosos. Pasaron ante mi vista las toscas imágenes, una vista de Manila, el retrato de Alcalá Galiano, las señales de la telegrafía óptica, una recepción en las Tullerías, la muerte de Viriato... Cayeron de entre las páginas hojas de rosa y migas de pan... las rosas y el pan de 1832.

Proseguí el inventario de la alacena y en poco tiempo reuní en el poyo de la ventana todo su contenido. Una garrafa de corto cuello de las que, llenas de agua calien-

te, se ponen en las camas de los enfermos, me sugirió la imagen de los pies delicados, estrechos, fríos, que, durante noches interminables, habían palpitado sobre ella... Botellas y vasos que guardaron medicamentos, las armas impotentes y ridículas con que pretendemos combatir lo Inexorable... Algunos frascos conservaban la etiqueta, un trozo de papel irregular y amarillo con el membrete «Botica Marescot»; *la botica del Puente*, la única de la Ciudad en aquellos tiempos, la que perteneció a un francés del que sólo la gente muy vieja tenía un recuerdo confuso...

En un rincón de la última tabla, como arrojado allí por una mano desesperada y rencorosa en el paroxismo del dolor, encontré una cajita de madera tallada, un costurero humilde que conservo y conservaré toda mi vida. Dentro había dos carretillas de hilo, un dedal de acero mohoso, manojitos de estambre y un pañuelo, negro de polvo. ¡Con qué solicitud lo cogieron, con qué amoroso cuidado lo lavaron mis manos en uno de los charcos de la orilla! Apareció la tela amarillosa y en uno de los picos una letra a medio bordar. La mano femenina había dibujado enteramente el trazo horizontal, el inferior, quedando el trabajo interrumpido en el arranque del trazo vertical. El dibujo se reducía a esto: $\perp$ ¿Era el comienzo de una E o de una L? ¿Si supierais cuánto tiempo permanecí absorto, fascinado ante aquel harapo amarilloso que casi se deshacía entre mis dedos! Lo veía todo: la rodilla cálida y saliente, la falda blanca de verano en que el trabajo había descansado tantas horas, las horas enervantes de las mañanas de sol, la mano pequeña y frágil entre cuyos dedos brillaba la aguja, como un rayo finísimo de luz... el rostro inclinado, las tristes ojeras, la nariz anhelosa, la boca entreabierta, los labios secos, las encías incoloras y desencajadas... Creedme, sí: aquella letra sin acabar hablaba a mi alma, más que las ruinas de templos y ciudades.

Abrí la puerta que daba al patio. ¡Con qué trabajo! El patiecillo angosto y reducido infundía una suerte de tristeza ligera, infantil, como si las cosas se presentaran con actitudes humildes, encogidas, exagerando su pequeñez, su insignificancia, en la vida inmensa de los seres.

En la pared colgaba de un clavo herrumbriente una cuerda medio podrida. Era la *liña* que sirve para tender al sol la ropa recién lavada. Y el patio me apareció de improviso cual si lo viera con los ojos muertos de los que allí vivieron, caldeado por la luz jubilosa del sol, animado por el revoloteo ligero y crepitante de las prendas femeninas puestas a secar.

¡Cuánto tiempo permanecí en la cocina, oscura, delante del hogar que aún guardaba las cenizas del último fuego allí encendido, del que quizá calentó el último caldo, aquel que no puede darse ya a los moribundos y se enfría tristemente, abandonado sobre la mesa de noche!

Y en el cuarto de enfrente, las piezas de un catre de madera, el de ella quizá, una mecedora que aún conservaba la huella de una cabeza que allí se apoyara tantas veces, dormida o pensativa.

En el fondo de una cesta, debajo de un montón de rollos de tela polvorosa y casi deshecha, di con una carta. Al desplegarla sentí de nuevo aquel desvanecimiento singular, el mareo fugitivo que me producen las cosas y los seres pequeños, muertos y olvidados. Me senté en el poyo de la ventana, en aquel sitio que yo sin saber por qué consideraba como el predilecto de la muerta...

Era la carta un pliego de papel amarilloso, áspero. La tinta tenía un color anaranjado, casi de oro, y la letra era cuadrada y vacilante. Empezaba por una cruz y más abajo decía:

Habana, 20 de mayo de 1832.

Queridísima hermana: ésta es para decirte cómo todos los días le pido a la Virgen amorosa la salud y la vida de Anita pobre madre y cuánto estarás sufriendo, yo lo comprendo porque he pasado por lo mismo que siempre en nuestra familia ha habido desgracias con esa terrible enfermedad que Dios nos manda para nuestro castigo no pierdas las esperanzas que tu niña es muy moza y sabe Dios si los aires de San Joseph de la Colonia harán un milagro que así se lo pido a Nuestra Señora del Carmelo. Querida hermana, ya sabes que te esperamos en octubre lo más tarde y no dejes de venir que el país está muy bueno y no hagas caso de lo que digan de las enfermedades que todo son exageraciones y en todas partes hay que sufrir... con mil besos para tu Anita y tantos recuerdos de Pepe y de las niñas recibe el corazón de tu hermana que te quiere. PILAR.

* * *

La historia sencilla y vulgar me aparecía claramente. Veía a las dos mujeres llegar a San Joseph de la Colonia, instalarse en la casita blanca y verde, pasar allí el verano de 1832, esperando el otoño para emprender el viaje y reunirse con aquella familia que tan cariñosamente les llamaba. La niña se moría tal vez en aquella misma casa, y la madre se embarcaba sola, en uno de los antiguos y patriarcales veleros que entonces hacían la carrera de América. Todo esto era pequeño, insignificante, incoloro, un episodio mil veces repetido en la dolorosa vida humana. Y sin embargo, me interesaba misteriosa y fuertemente, con emoción sincera y profunda, más que la ruina de un imperio, cuyo eco retumba y se dilata bajo las bóvedas majestuosas de la historia.

* * *

Volví por la tarde, acompañado de tío José el del Patrimonio. Nos seguía una de las chiquillas de Antonio Cleofás, escoba al hombro, pues el viejo deseaba dar una limpieza a la casa que *administraba*.

Solos en la playa el marinero y yo, emprendí con resolución y ánimo el trabajo de resurrección que me había propuesto. Aquel viejo era el único testigo y era menester que hablase, como la casa hablaba. Le rogué con toda mi alma que se trasladase a los días de su lejana niñez, olvidando el montón de años de miseria que se alzaba entre este tiempo y aquél. Le hablé de sus muertos queridos, de sus padres, de sus hermanos, de sus compañeros de juego en la playa dorada y transparente... Logré conmoverle. Comprendiendo por instinto que yo no trataba de satisfacer un capricho pueril, que un sentimiento, aunque extravagante, sincero, me animaba, se prestó al fin a mi propósito. Le vi cerrar los ojos, sentí el esfuerzo de su voluntad, sinceramente empeñada en la tarea de iluminar la memoria perezosa, de evocar las viejas imágenes acumuladas hacía tantos años en los rincones de la fantasía... y al fin habló, vacilando, lentamente.

—Las gentes aquellas... eran dos... esto sí lo recuerdo bien... una señora y una niña. Ahora, de su figura, de su cara, de cómo eran, señor, de esto sí que nada puedo decirle. No quisiera engañarle y así es que voy a contarle lo poquísimo de que me acuerdo... Una tarde, jugábamos en la playa, aquí enfrentito, unos cuantos *mataperros* y yo... No sé si por que me llamaron o porque yo subí de mi motivo, el caso es que me llegué junto a la casa y que allí una persona que estaba en la ventana me dio un pedazo de pan y unos higos pasados... Ya sé lo que va a preguntarme... No, no le vi la cara, la cortedad me tenía con los ojos bajos... pero la mano sí la vi... me parece que la estoy mirando... no era mano de vieja, no; era una mano un poco grande, flaca, con unos dedos muy largos y muy fríos. Besé el pan, a lo que nos tenía madre acostumbrados, y besé al mismo tiempo la mano; estaba más fría que el granizo.

—Era la mano de la niña.

—No le digo, señor, no puedo jurarlo.

—¿Y nada más, tío José?

—Espere, señor, de otra cosa me acuerdo, espere... No sé si le dije que mi difunta hermana Antonia era la criadilla que les hacía los mandados. Tenía entonces trece años y todas las noches venía madre a buscarla para llevarla a casa. Una vez acompañé a madre y entramos juntos allí. Pasamos por la sala para ir a la cocina a recoger las sobras de la comida... La sala estaba casi a oscuras... había una lamparilla encendida, así a mano derecha, y tengo la seguridad, señor, *la seguridad* de que en la cama había un bulto, una persona que me miraba... y lo recuerdo porque me dio miedo. Eran unos ojos muy grandes y muy negros, como de persona que está padeciendo mucho y mira con enfado a los vivos y saludables.

—¿Y nada más, tío José?

El viejo cerró los ojos, reconcentrándose en sí mismo con supremo esfuerzo. Después dejó caer los brazos y murmuró con desaliento:

—Nada más, se lo juro por la salud de mi ánima.

Calló el viejo. La tarde declinaba. La luz blanca y opaca de aquel extraño día agonizaba en el espacio como una lámpara que se extingue poco a poco y sobre el mar caía la ceniza melancólica del crepúsculo.

Subimos a la casa. Por el camino pregunté de nuevo al viejo.

—¿Y murió, verdad, tío José? ¿Murió aquí mismo?

—No se lo juro, señor. No me acuerdo, de eso no puedo acordarme.

Mas, apenas hubimos entrado en la sala y los ojos del viejo se fijaron en el piso recién barrido, me llamó dando una gran voz.

—¡Oh! sí señor. Aquí murió la pobrecita. Mire su merced.

Y me señalaba cuatro grandes manchas en el suelo oscuro. Acerqueme. Eran manchas de cera, de la cera des-

prendida de los cirios que ardieron toda una noche ante el cadáver.

—Aquí murió, señor —repetía con exaltación el viejo—. Aquí pusieron la mesa, aquí la caja, aquí el cuerpo mortuario. Señor, niña, recemos un padre nuestro por el ánima.

Y el viejo, la chiquilla y yo, con la rodilla en tierra y la cabeza descubierta, recitamos el *padre nuestro que estás en los cielos...*

La evocación era completa. Todo lo veía. El paño negro, la muerta en el ataúd, con el rostro cubierto por un pañuelo blanco, la delgada luz de los cirios tremolando misteriosamente en la quietud de la noche de verano...

Y hasta percibí el rumor de los rezos, el hipo entrecortado de los sollozos... Era el eterno rezo, el sollozo incansable de las olas en la playa desierta.

* * *

Acabaréis de tenerme por loco si os digo que permanecí dos días más en la Colonia, encerrado en la casa, *oyéndola hablar*. Sentado en el poyo de la ventana, veía desfilar lentas y melancólicas todas las horas del día... La aurora incierta, dorada y tímida, leve sonrisa del mar y de los cielos, balbuceo de la luz en la expectación inmensa del espacio... La mañana ingenua, fresca y rubia, alegrando el mundo y la vida, como una carcajada de luz... El mediodía ardiente, sereno, intenso y grave como la pasión... La tarde desmayada y lenta, retardando la pálida caricia de sus reflejos de oro, apagándose serena y tristemente, como una agonía, como un adiós.

Y yo vivía con ellas en el pasado muerto, en la casa que mi fantasía pobló de muebles, de estampas, de objetos delicados y familiares. Veía a la enferma sentada en el poyo de la ventana, su triste silueta de moribunda destacándose sobre la vida ardiente y enorme del cielo y de

la mar. Está bordando, con el pañuelo apoyado en la rodilla flaca... Está leyendo en el Semanario pintoresco, y cada página que vuelve le recuerda una fecha, marcada por las migas de sus meriendas de niña, por las flores de su huerta, cogidas en un día de sol y de esperanzas... Veía a la madre releer llorando en un rincón la carta de La Habana y a la criadilla entrar y salir, con el blando rumor de sus pies descalzos.

Era la tarde del segundo día cuando hice otro descubrimiento. Examinando la cara interior de la hoja de la ventana, leí con trabajo esta frase escrita con lápiz:

«25 de agosto. Día de San Luis».

... La casa hablaba, sus voces aisladas se completaban las unas a las otras. La humilde historia surgía lentamente de aquel misterioso balbuceo de las cosas. La letra inicial del bordado era una L. ¿Quién sería este Luis? ¿En qué rincón del mundo volvían al polvo los huesos del muerto humilde, pasajero ignorado en el gran viaje de las sombras? Todos muertos, ella y él, muerto sin remisión su amor estéril de adolescente, vaga aproximación de los espíritus que nunca habían de perpetuarse en hijos de la carne.

* * *

Tuve que marcharme. Una carta de mi padre, sorprendido por mi prolongada ausencia, me llamaba a la Ciudad. Despedirme de San Joseph de la Colonia, de la casa muerta, del pozo y de la ermita, de tío José el del Patrimonio que me abrazó llorando. Era un adiós definitivo, eterno. ¿A qué volver? La casa lo había dicho todo y estaba seguro de que si volvía a ella, permanecería muda e indiferente, como una ruina vulgar.

Rehíce el viaje, atravesé de nuevo el desierto de oro, salvé los barranquillos pedregosos, las cuestas empedradas de *malpaíses* entre los cuales alzaban los *cardones* sus extrañas siluetas de candelabros.

Al llegar a Andux, como aún faltara algún tiempo para la salida del coche de horas, tuve una inspiración. Dirigíme a la casa del señor cura, hombre maduro y jovial, gran amigo de mi padre, y le pedí el libro de defunciones, correspondiente al año 1832.

Pasamos al archivo, y el buen párroco me entregó el libro en cuyo folio número 106 se halla la siguiente partida que aquí traslado, como último capítulo de este relato insustancial:

«Hoy, tres de Septiembre del año de 1832, yo el licenciado Don Jerónimo de Xeras, Cura propio de este lugar de Andux, mandé dar sepultura eclesiástica a Ana María Josefina Guzmán de Ávila, que falleció ayer en el caserío de San Joseph de la Colonia a los diez y siete años de su edad.—LICENCIADO JERÓNIMO DE XERAS.»

* * *

A los pocos días de mi regreso, corría en la Ciudad la voz de que yo, abogado nuevo de muchísima trastienda, a pesar de mi aspecto mortecino y apagado, andaba recorriendo pueblos y registrando archivos, a la çaza de una espléndida capellanía...

DOÑA JUANA
CUENTOS VIEJOS

DOÑA JUANA (fragmento)

II

En el barranco de los Tilos, tal vez el único sobreviviente de los románticos paisajes de la gran Atlántica salvaje, se reunieron aquel día de los últimos de septiembre casi todos los bañistas de Aregayeda para comer un *sancocho*.

Aquella fiesta, que todos los años se repetía, era organizada por el maestro Chano, el marido de Madalenita, dueña de la fonda, sujeto a quien todo el mundo llamaba *maestro* sin saber por qué, pues nunca practicó la carpintería, la herrería, ni arte alguno mecánico, ni jamás trabajó, ni sirvió para nada.

Tenía, sin embargo, una profesión que a él le había resuelto el problema de la vida. *Era enfermo*. Siendo joven, había pasado tres meses en Fernando Poo, de donde volvió con una misteriosa dolencia, que no se revelaba por ningún síntoma exterior, como no fuera tal un apetito de lobo. A todas horas tenía *fatigas*. Cuando se le preguntaba por el estado de su salud, respondía con cierto orgullo:

—Siempre con el hígado en pepitoria.

Ligeramente excitados por unas copitas de ginebra, los expedicionarios empezaron a divertirse.

¡Las delicias del juego del *cedacito*! ¡Qué emociones, qué carreras entre los troncos que servían de refugios! ¡Y el *guirgól*! ¡Cómo sonaba, delgada y trémula, la voz de las muchachas ocultas entre los helechos!, *¡guirgóoo!...*, evocando el recuerdo confuso de una fiesta salvaje entre indígenas ágiles, candorosamente desnudos...

Después se sirvió el almuerzo, sobre la hierba espesa y húmeda. Humeaba en el centro el *sancocho* de pescado y papas, entre gallinas, carne mechada, huevos duros, *sopa de ingenio* y *bienmesabe*. Circulaban las botellas, mensajeras de la alegría.

Y al son de una asquerosa guitarra que tañía el maestro Chano, bailaron las sevillanas las dos niñas del Magistrado, Encarna y Trini, dos polluelas con inquietos hocicos de roedores.

Después cantaron los niños de Lentiscal.

Sin ser gemelos, se parecían extraordinariamente. Ambos tenían narices extraplanas, delgadas y curvas como cimitarras, de modo tal que la respiración tenía que efectuarse por la boca, que en ambos era pequeña y redondita como el trasero de un pollo, con dientes menudos de ratón. La música actuaba en ellos como un contagio. Desde que uno empezaba a tararear, saltaba el otro a hacerle el dúo, a veces a distancias inverosímiles.

Difícilmente se hubieran hallado dos chicos más decentes, más bien educados y más habilidosos de manos.

...El acontecimiento del día era el asedio de la viuda por los dos rivales.

Torrente, vestido de blanco como una desposada, desde los zapatos hasta la gorra japonesa, no dejaba respirar a doña Juana. Comprendiendo que no gustaba, se empeñaba tontamente en perseguirla, en fingir intimidades que no tenía con ella. Pero a nadie engañaba. El preferido era el otro, el feliz poseedor de los veinte años.

Al caer la tarde, cuando ya eran de color de naranja los rayos del sol que se metían entre el follaje, pudieron aislarse *ella y él*, debajo de un castaño gigantesco, a cuya sombra quizá reposara Doramas y en cuya corteza centenares de cortaplumas grabaron cifras y fechas, unas frescas y recientes, otras remotas como aquella célebre, origen de tantos comentarios sentimentales: «Soy feliz —Mayo 7 de 1835.» ... Era inevitable la evocación de una mañana de primavera, tibia y azul, y de una pareja de románticos, inocentemente confiados en las promesas de la vida.

Sentíase Fermín cohibido, lleno de vergüenza. No sabía cómo empezar. Él, que había seducido en Madrid y en Barcelona a tantas modistas y criadas de casa con el prestigio de su labia, de su airosa figura y de su brillante uniforme de caballería, no acertaba con la *forma artística* de la declaración, tratándose de una *señora honrada*.

—Voy a meter la pata —pensaba con angustia—. De seguro que me salgo con una gansada. Pero si callo, merezco que me den de cachetes.

Porque él conocía que era necesario hablar. Advertíasele la actitud seria y meditabunda de la viuda, su tenue y forzada sonrisa, la inquietud nerviosa del pie estrecho y elegante que cambiaba de sitio a cada instante, dejando en la tierra húmedas huellas encantadoras.

Más que la muerte temía ella que se saliera con una gansada. ¡Qué lástima que hablar no supiera, sabiendo tan bien mirarla! Sus ojos azules, de una gran potencia luminosa, llameaban en su cara tostada, algo ascética, de mejillas planas, mentón enérgico, boca encendida cuya sonrisa iluminaba el rostro con el brillo de la dentadura sana y fuerte.

Doña Juana, al mirarle de reojo, pensaba: ¡Qué guapo es! Nunca había visto hombre que tanto le interesara. Pero ¡ay! le parecía que de *intellecto* no andábamos muy allá. Así es que su admiración fue grande, al encontrar muy

de su gusto todo cuanto el chico la dijo. No eran, es claro, cosas del otro jueves. Que si aquel romántico de 1835 nunca fue tan feliz como lo era él entonces; que si cien años viviera, cien años se acordaría de aquella hora divina; y luego la letanía interminable de las adulaciones, el dulce regalo del oído, tan viejo y siempre nuevo. Que si ella era una diosa, una maravilla de la creación, que si los ojos, que si la boca, que si la mano...Y todo esto medianamente recitado, con algo de temblor en la voz y en las mejillas y en las orejas ciertas manchas rojizas, que no eran ciertamente un artificio retórico, sino consecuencia de una verdadera emoción. Mientras tanto, la zambra continuaba. Las niñas de don Paulino bailaron el *cake-walk* y los extraplanos Lentiscales recorrieron su repertorio, desde el antediluviano Robinson (*ay mi señor, ay cucuyé*) hasta la novísima danza del Paraguay.

Cuando Fermín se levantó, le temblaban las piernas, como después de una larga cabalgada. Respiraba a sus anchas, como si hubiera dado cima a un trabajo heroico. Principio quieren las cosas. Lo demás sería cuestión de tiempo. Y como éste apremiaba, pues ya les quedaban pocos baños al tío Delmiro y a la tía Eugenia, preciso era apretar el cerco, envolver al enemigo y no dejarle respirar hasta que se rindiese. Una vez en Atlántica, recluida de nuevo en el estrecho recinto de su vida sedentaria, rodeada de su familia, vigilada por cien ojos, el triunfo sería muy difícil. Porque él no se contentaba con suspiros, epístolas y recaditos. La vida regalada y ociosa del balneario, el aire sutil y excitante de la campiña, la forzada castidad, enardecían su sangre juvenil, turbaban su sueño con imágenes cuya precisión le admiraba y le enloquecía.

Cuando regresaba al pueblo, Torrente tenía el aspecto de un vencido. Hasta parecía más craso y arrastraba los pies al andar como un vejestorio. Algo se levantó durante la comida, pues doña Juana le dio un poquito de palique, con sorpresa e indignación de Fermín. Pero luego en la sala, mientras una de las niñas del Magistrado le daba

tortura al piano, más necesitado que nadie de los baños de Aregayeda, los ojos de la viuda acariciaron al muchacho largamente, con extraña expresión de dulzura, indecisión e ironía. Más tarde, hallándose él apoyado en la baranda del corredor, hablando con un huésped, pasó ella con dirección a su cuarto y le miró de nuevo, pero con expresión francamente apasionada, sin restricciones maliciosas, con la ingenuidad y la ternura con que le hubiese mirado una mozuela de quince años.

III

No hay que decir que todos los bañistas y hasta los vecinos del lugar, estaban en el secreto de aquella curiosa aventura.

Para apreciar la enormidad de aquel suceso, ¡la viuda de Forastero en amores con un teniente!, hay que hacerse cargo de las circunstancias.

Doña Juana, sin exagerar, era conocida en toda la isla. ¡La nieta de señor Pancho Piletas! Aún no se había borrado el recuerdo de *nuestro* Piletas, el contramaestre de la *Afortunada*, después negrero, luego prestamista, y en fin, propietario de casas y haciendas. Como tuvo tantos hijos como meses tiene el año, fallecido *nuestro*, su familia tornó a la mediocridad originaria. Sólo Jeromito, el padre de doña Juana, supo levantar cabeza. Cogióle en sus verdes años la dorada época de la cochinilla, y fue tal su previsión, su habilidad y su suerte, que en negocios que a otros arruinaron haciéndoles sentar el traste en el suelo, se puso las botas aquel maravilloso Piletas. Su fortuna se cita aún como una de las más cuantiosas de la isla, poniéndosela en parangón con el caudal de las llamadas *Casas*, o sea de las tres o cuatro familias de la nobleza isleña, que conservan y aumentan el patrimonio familiar.

De este Jeromito fue hija única doña Juana. Figúrense ustedes, pues, el escándalo que armaría la gente cuando

supo que a la nieta de nuestramo, tan guapa como rica, lo que ya es mucho decir, se la llevaba uno de *afuera*, Forastero también de apellido, noble sevillano, según se dijo, sin una peseta, pero con un espléndido tipo varonil. El matrimonio fue dichoso, pero muy breve (lo bueno poco dura). A los dos años, murió Forastero de una peritonitis. Tenía entonces Juanita veintiún años, de modo que toda su juventud la pasó en la viudez, sin que de ella *se hablara* absolutamente nada. Ya en la edad madura había logrado imponerse a todo el mundo por su dinero, por su influencia, por su tipo arrogante y autoritario, y por su tino infalible para husmear lo ridículo en cosas y personas y ponerlo de relieve. Su hijo único, Antonio, abogado sin pleitos (¿para qué los quería?), estaba casado con una hija de don Juan Manuel de la Sorna. De modo que la viuda e hijo de Forastero pertenecían ya a la aristocracia. Doña Juana nunca se acordaba de los Piletas (la tía Eugenia era hermana de Forastero) y eso que los Piletas pululaban en la sociedad Atlántica más que las cucarachas en un sumidero. El *risco* esataba lleno de Piletas: había Piletas tartaneros, Piletas a la Costa y Piletas *en el carbón*.

Sabidos estos antecedentes, se comprenderá la sorpresa de los bañistas ante el caso inaudito. ¿Se había vuelto loca doña Juana? A nadie se le ocurría que pudiera estar enamorada, porque este accidente es el último que toman en cuenta los psicólogos burgueses. Unos hallaban en causas fisiológicas la explicación de aquella hoguera vespertina y absolvían a la viuda verde con intencionada sonrisa de médicos; otros, aparentando creer en un romanticismo trasnochado, hablaban de chifladura, otros de reblandecimiento, y otros, en fin, le atribuían el negro designio de marear al muchacho por pasar el rato y burlar el fastidio de los días interminables de la temporada de baños.

Los comentarios eran menos piadosos cuando versaban sobre los móviles del pretendiente. Recordábanse los casos tan frecuentes de ojeadores de dote, de los mancebos de

afuera, sin más propiedad que los bigotes y la maleta, que habían *arramblado* con las muchachas más ricas del país. Tal era el plan del segundo teniente. Quería pescar a la jamona con el cebo de su juventud y de su fingida admiración. Era un peine que pretendía resolver *a la son-guita* el problema de la vida.

Respecto a si *ella* había o no había *caído*, había opiniones. Torrente, por ejemplo, era de los que afirmaban que doña Juana se *estaba quedando* con el teniente, que ni hacía, ni se dejaba hacer, no por virtud, sino por frialdad ingénita, por carencia absoluta de *temperamento*. (Para él eran frías todas las mujeres que no le hacían caso). Los chicos de Lentiscal defendían a la de Forastero, que era amiga de su mamá. La señora era demasiado correcta para... y además en aquella estrecha fonda, con tantos pares de ojos que les vigilaban, ¿cómo era posible hallar ocasión y lugar para...?

A lo que el Magistrado don Paulino replicaba:

—Sois unos bobos. ¿No sabéis que cuando una mujer quiere, encuentra, no digo yo una hora y un lugar, sino ciento? Cuando vosotros la suponéis contestando la demanda, quizá esté ella ejecutando la sentencia... por la vía de apremio.

No se equivocaba el viejo neurótico. A la sazón en que esto decía, ya Fermín había ganado el pleito.

¿Cómo había sucedido ello? Pues de la manera más estúpida del mundo, por causa de lo que ella llamaba, en sus diálogos consigo misma, recordando una novela francesa, *la fatalidad del gesto comenzado*. Es verdad que muchas veces consumamos un acto sin otra razón que la de haberlo comenzado. ¿Quién la mandó empezar el *flirt*...? Nadie. Pues si lo empezó era lógico que continuase. Dejar de mirar al chico, hubiera sido más que nada faltar a la lógica, al encadenamiento ordenado y gradual de los sucesos. Así ella aparentaba creerlo en estos diálogos irónicos con-

sigio misma, pero la verdad es que el muchacho le gustaba extraordinariamente, como ningún hombre hasta entonces. Así lo reconocía ella, cuando metía muy adentro la sonda. Pero, ¿le quería de verdad? Le parecía que no, que la situación podía definirse de este modo: «Si ella gozara de los privilegios masculinos, tendría un *capricho* por Fermín, le pondría casa, le compraría joyas, pero no se casaría con él». ¿Qué tal? ¡Buena estaba la viuda de Forastero!

La fatalidad del gesto fue para ella cómoda explicación de aquel movimiento de cabeza, cuyo recuerdo le avergonzó por tantos días. Fue al dar la vuelta al comedor, al retirarse a su cuarto, por la noche. Acompañado de una mirada rápida y seria, aquel ligero movimiento sólo tenía una traducción, más clara que el agua.

Dos vueltas a la llave. ¿Qué hora sería? Consultó el reloj, acercando la pulsera a sus ojos de miope. ¡Las once! Era demasiado temprano. Si acaso, vendría después de media noche, cuando los huéspedes estuviesen en el primer sueño.

...Afuera reinaba la serenidad luminosa de una noche de verano, el silencio de los campos apenas turbado por confusos rumores, monólogo de una acequia lejana, aguda canción de los grillos...

¡Las doce! Sería gracioso que no viniera, después de la cita que ella le había dado, con el descoco de una mala mujer. ¿De nada le serviría haberse portado como las del *seis de copas*? ¡Cuidado con los respetos del niño! El que por fino, por delicado, por circunspecto o por lo que sea, desatiende la invitación de una mujer que le gusta, es un pedazo de gahnápiro, una acémila digna del pesebre.

¡Pasos en el corredor! ¡Se atrevía, se atrevía! Y en aquel punto, sintió Juanita una cosa muy rara, absolutamente inesperada, el corazón que se le sublevaba, subiéndosele a la garganta, a cada brinco de su baile furibundo.

Quiso dominarse, sobreponerse a la emoción que juzgaba ridícula. ¡Vaya con la novata! ¡A sus años! Y sobre todo, dueña era de abrir o no.

Los pasos se detuvieron junto a la puerta. Eran blandos, esponjosos, como de persona que se ha quitado los zapatos y anda con los calcetines. ¡Qué detalle!

Una voz temblorosa, queda, profunda, susurró: ¡Juana!

Enseguida echó ella mano a la llave. ¿Abro o no abro? La fatalidad del gesto comenzado... ¡Hombre, sería curioso que yo abriera!... Y abrió.

TANTALILLO

A Antonio Melián.

Aún no eran las dos de la mañana, cuando Perico, a la salida del túnel, descubrió a lo lejos, brillando en la noche negra, las luces de la Ciudad.

Iba delante el chico, llevando la yegua del ronزال, después otra caballería y detrás, cerrando el grupo, la burra marchaba lentamente, retardada por el peso del tío Marrero, que dormitaba con los brazos cruzados sobre el pecho, y las piernas balanceándose a uno y otro lado, como las pesas de un reloj.

Habían salido de Valsequillo a prima noche, para llevar fruta al mercado de la Ciudad.

Absorto en la idea fija, el muchacho había recorrido a pie el interminable camino, sin darse cuenta de ello. Los árboles, retorcidos por la brisa áspera del invierno, los ceñudos riscos, llenos de sombra adusta, las casas mudas y cerradas, venían a su encuentro lentamente y atrás quedaban, sin que ninguna de aquellas formas, idealizada por el misterio de la noche, lograra penetrar en el recinto de su ensueño. La imagen sensual, reproducida con tenacidad casi enfermiza, llenaba su estrecho cerebro de bruto. Y su mano calentaba en el bolsillo del pantalón las monedas, las tres pesetas ahorradas cuarto a cuarto, lejos de las miradas vigilantes de su madre.

Cuando penetraron en la Ciudad y los cascos de las caballerías resonaron en el recinto angosto de las calles, entre las casas dormidas, tío Marrero despertó gruñendo y encendió un cigarro. Iban a llegar. Descargadas las bestias, el viejo descabezaría otro sueño debajo del tinglado y entonces... El *hecho* se precisaba, el chico veía todos los detalles de la acción, con la claridad febril del visionario. Aquel muchacho que corría recatándose en la sombra de las casas, apagando el ruido de los zapatos claveteados, era él, Perico el de Sebastiana. Suya era la mano que golpeaba en la cerrada puerta de la casa terrera, sucia y destartalada. Suya la voz temblorosa que pedía licencia para entrar. Lo demás era lo desconocido, el misterio, una serie de imágenes imprecisas, delirantes, acompañadas de una sensación de angustia deliciosa.

.

La puerta se abrió y acogido por una voz áspera y alcohólica, Perico penetró en la oscuridad cálida y maloliente de la casucha.

Pocos minutos después, un estrépito formidable estalló en la callejuela. Patadas, berridos, imprecaciones, puñetazos en la puerta, llamadas y respuestas gritadas a voz en cuello, en una lengua ruda y gutural.

La mujer aquella, una morenita frágil y ojerosa, exclamaba, empujando a Perico, pálida de susto:

—¡Corra, cristiano, que lo matan!

La casa temblaba, sacudida por la ruda invasión de los marinos. Oíase el estampido de los muebles volcados, el estrépito seco y agudo de la vajilla hecha pedazos, las broncas exclamaciones, las risas bestiales, el chillido angustioso de las mujeres atropelladas.

Enormes pisadas estremecieron la frágil escalera y una patada de paquidermo conmovió la puerta.

—Salte por la ventana, cristiano, que lo matan —gemía la muchacha.

La puerta vino al suelo, destrozada, y en el umbral apareció un marinero de guerra, un coloso, espléndido bruto en toda la fuerza de la edad, ancho, cuadrado, velludo, los bigotes erizados y feroces, la mirada azul caldeada por la llama siniestra del alcohol.

Extendió la zarpa y agarró a la chica, destrozándole el saco. Gritar ella con espanto y sacar Perico el cuchillo canario, fue todo uno. El impulso salvaje de matar estalló en su alma, como un volcán... Abrirle la barriga, echarle las tripas afuera... El muchacho, creciéndose, se disponía a arremeter... Pero el marino había visto el arma y dando un paso atrás, extendió el brazo. Retumbó el disparo. La bala se clavó entre los dos ojos.

Perico dio un salto, se llevó las manos a la cara, y lanzó un grito horrible de agonía.

—¡Ay mi madre de mi alma!

Todo su coraje desapareció, de golpe. Una impresión de miedo, abrumadora, absoluta, se apoderó de su alma de niño. El primer impulso del instinto fue correr, huir del sitio en que le habían castigado. Sin saber cómo, encontróse en la calle, tropezando como un borracho, gimiendo, llenando las tinieblas con su clamor desesperado.

—¡Ay mi madre! ¡Ay mis ojitos de mi alma!

El instinto le llevaba a la orilla del mar, en busca de agua que refrescase la horrible quemadura de sus ojos. Atravesó uno de los callejones próximos al Mercado y llegó a la playa. Pero no pudo alcanzar la orilla. Cayó sobre los guijarros, retorciéndose como un insecto mutilado.

Su agonía fue larga, en la sombra fría y cruel de la noche, que parecía adrede retardar el paso. Al principio

gemía, clamaba con acento desgarrador, llamando a su madre, pidiendo por caridad un *gotito* de agua; pero el final fue tranquilo, casi dulce, a tiempo que rayaba la luz primera en el horizonte del mar. Un hilo de voz infantil y tenue lloraba en su garganta y había en aquel llanto el desconsuelo inmenso de los que se marchan, sin haber juntado sus labios con la copa de la vida.

CANARIADAS DE ANTAÑO

LA FILOSOFÍA DE JUAN RAPADURA

Juan Rapadura, perteneciente al honorable gremio de los *Palanquines*, tenía su despacho en uno de poyos de la Plazuela, junto a sus colegas Domingo Maita, Pescarranas, Resplandor, etc., y su domicilio en una casa terrera, exigua y viejísima que ya ha desaparecido, de la calle del Diablito.

Juan Rapadura no era un mal hombre. Para ser del todo bueno le sobraba su inmoderada afición a cierto establecimiento acerca de cuya invención dudaba el poeta si era o no moderna, o dicho llanamente y en buen canario, Rapadura acostumbraba *rascarse* y cuando se *rascaba* no admitía contradicciones ni aplazamientos en su servicio personal y sabía gratificar con algún *abanicazo* a su mujer, la pobre Leonorita, *que salía a planchar* para atender a las escasas necesidades de la familia. No tenían hijos.

Pues, señor, una noche, entre nueve y diez, estaba Leonorita sentada junto a un fétido quinqué, apuntando la ropa, mientras su marido tendido en la estera de palma, dormitaba con un *cabo* de virginio pendiente del labio inferior, cuando de pronto sonaron unos pasos estruendosos en el silencio de la desierta calleja.

—¿Quién será, a estas horas?

Leonorita, dejando la costura, se asomó a la estrecha ventana. Calle arriba, se acercaba un enorme *galibardo*, casi gigantesco, vestido de paño azul, con unas botas de agua que debían pesar una tonelada.

La señora de Rapadura reconoció inmediatamente en aquel sujeto a un tripulante de una de las fragatas yanquis que en aquellos tiempos visitaban, cargadas de guano, los puertos del Archipiélago.

Al llegar junto a la ventana, el coloso se detuvo, clavando en Leonorita sus ojos claros, inexpresivos. Probablemente su fantasía de bruto, alumbrada tal vez por la llama evocadora del alcohol, rejuveneció de golpe las facciones marchitas de la pobre mujer. El caso es que, envalentonado sin duda por el silencio y apartamiento del lugar, abrió con un rudo empujón las puertas y entró en la salita, cuyo techo casi tocaba con su cabeza rojiza.

Un chillido de terror.

—¿Quién es? ¿Qué se le ofrece?

Y como el extranjero continuaba mirándola con fijeza aterradora, Leonorita la emprendió a puntapiés con el inconsciente Juan Rapadura, el cual se levantó al cabo tambaleándose y al ver al intruso, tartamudeó medio dormido.

—He, *míster* (para el isleño de aquellos tiempos todos los extranjeros eran ingleses). ¿Qué es lo que busca?

El otro seguía mirando a la mujer, con insistencia de bruto.

—Cuando menos se ha figurado que *esto* es el *seis de copas*.. Póngase enseguida en la puerta de la calle, si no...

El yanqui, por única contestación enarboló un puño, erizado de pelos rojos, tan grande como una libra de *bi-chilto*, y lo puso con cierta lentitud debajo de la nariz de Juan Rapadura el cual, de un salto, se plantó en la puerta de la calle.

Leonorita corrió detrás de él, gritando:

—Pero, Juan, ¿qué haces? ¿Que me dejas sola? ¡Ayúdame, hombre, socórreme!

Entonces fue cuando Juan Rapadura pronunció la frase que la Historia ha conservado y que es como el extracto y la sustancia de la filosofía resignada y alcohólica del hombre viejo, cansado de cosas:

—Mira, *jija*, arréglate como *pueas*.

DONDE ESTÉ Y COMO ESTÉ

Durante el primer tercio del pasado siglo, don Simón Beracocha y Etcheparri, Capitán General del Archipiélago, sostuvo en papeles una agria discusión, cuyo motivo ignoramos, con el Ayuntamiento del pueblo de Andux en la isla de Gran Canaria.

Cada vez que llegaba a Santa Cruz la correspondencia oficial, S. E. tomaba una tremenda sofoquina al enterarse de los *acuerdos* (¡qué risa!) de la que él llamaba asamblea de patanes, sobre todo de aquellos que, según el papel, se habían *adoptado* a propuesta del síndico don Sebastián Bribiesca y Palomino.

Este sujeto tenía el privilegio de suscitar los berrinches del iracundo procónsul.

Al fin, no pudiendo resistir al deseo de apabullar personalmente a los que él llamaba filibusteros, demagogos y anárquicos, don Simón se metió en un velero y a las pocas horas desembarcó en Canaria por *primera tierra* o sea por el puerto de las Nieves.

La entrada de S. E. en Andux a caballo, escoltado por sus edecanes, produjo en el pueblo una impresión terrible. El alcalde, lleno de miedo, se refugió en Las Palmas. Varios concejales corrieron y no pararon hasta el pie de la cumbre.

El Capitán General, constituido en el salón de actos de las Casas Consistoriales, mandó a buscar al Comandante militar del pueblo.

Desempeñaba entonces aquel diminuto proconsulado el Capitán de las Milicias Canarias, don Juan de la Cruz Travieso, varón entrado en años, seco, ágil, *gran madrugador y amigo de la caza* y sobre todo, genuino ejemplar de la simpática variedad psíquica del guasón isleño, cuyo supremo deleite en la vida es el de reírse por dentro.

—Capitán —dijo S. E., mirando con la vista al flaco miliciano ante ella cuadrado con arreglo a las ordenanzas—, ¿conoce usted al llamado Síndico del Ayuntamiento, un tal don Sebastián Bribiesca y Palomino?

—Ya lo creo, mi General.

—Pues bien, tome usted cuatro soldados y un cabo, incáutese de ese sujeto y tráigamelo inmediatamente a mi presencia, *donde esté y como esté*. ¿Se hace usted cargo, capitán Travieso?

—Perfectamente, mi General.

—*Donde esté y como esté*. Ya verán esos filibusteros, demagogos, anárquicos, ya verá el irrespetuoso Bribiesca quién es Beracochea. ¡Yo soy Simón Beracochea!

—A la orden, mi General.

Nunca, en su larga vida, se divirtió don Juan de la Cruz tanto como en aquella mañana inolvidable.

Cuando salió del cuartel, que había sido cuadra en tiempos no lejanos, a la cabeza de los *blanquillos* (el uniforme, por decirlo así de los milicianos, era entonces de dril blanco), el pavor se había difundido por todo el pueblo, los hombres con semblante funerario atisbaban detrás de las esquinas, las mujeres se persignaban en puertas y ventanas y algunas, las señoras de los concejales fugitivos, rezaban de rodillas en la Iglesia parroquial.

El comandante militar atravesó el pueblo por su parte más céntrica, con la cabeza erguida, altanero e indiferente, sin mirar a nadie, aspirando con delicia la atmósfera de terror que gravitaba sobre el desdichado vecindario.

Dirigíase a la finca llamada Hoya del Chuchango, propiedad del *encartado* don Sebastián Bribiesca, en la que éste, según confidencias, se encontraba desde el día anterior, regando sus millos.

Como la mañana era de agosto, seca y ardiente, el *destacamento* llegó a su destino con la lengua colgante, sobre todo los infortunados blanquillos, derrengados por el peso inverosímil de los *chopos*, largos y gordos como piezas de artillería. El Síndico, rendido por el calor, el madrugón y la faena, roncaba a la sombra fresca de unos tarahales.

Aunque era un propietario rico, se ponía, según la costumbre de aquellos tiempos, hecho un *mataperro* cuando trabajaba en la labranza: camisa y *nagüetas* de lienzo casero, chaleco negro, faja de color y zapatones de baqueta en los cuales nadaban en su propia salsa los pies negros y juanetudos.

Advertido por un peón que desde un cerro próximo atalayara a la tropa, don Sebastián se incorporó medio dormido.

El Jefe de la fuerza adelantóse, poniendo una cara entre severa y triste, como de quien cumple a su pesar un penoso deber.

—¿Es usted don Sebastián Bribiesca y Palomino, síndico del Ayuntamiento de Andux? Conteste sin subterfugios. ¿Es usted o no el sujeto de autos?

—*Una vez se dice que la calabaza es buena. ¿De ayer para hoy ya no conoce a su compá Chano?*

—Está bien. Consigne el Secretario que el procesado elude manifestar sus verdaderos nombres y apellidos.

Los blanquillos, en la posición de *descansen, armas*, miraban al reo con expresión de tristeza y alarma. El cabo Bernabé, zapatero gordo y pacífico, a quien el capitán acababa de confiar las delicadas funciones de Secretario, clamó con acento lastimero y suplicante:

—Declare, mi señor don Sebastián, cántelo todo, por su señora y sus hijitos.

—Silencio en las filas —ordenó el Jefe—. Continúa el interrogatorio. ¿Su edad, procesado?

—Alrededor de los cincuenta.

—Persevera en su sistema de contestar con evasivas. ¿Su estado?

—Labranza.

—¿Labranza? Muy bien. Otra sumaria al canto por falso testimonio. *Siga la guaracha*. Ahora, atienda usted, encartado: orden del Excmo. Señor Capitán General del Archipiélago de llevarle a usted inmediatamente a su sacra presencia, *donde esté y como esté*.

—¡Válgame mi bendito patrono! Juanito de la Cruz, se lo juro por la salvación de mi ánima. Yo no he *jecho na*.

—Eso... se lo cuenta usted al Juez Instructor y al Consejo de Guerra.

—¡Misericordia!

—¡Andando!

—Pero señor, déjeme que me vista. ¿Cómo quiere usted que me presente así a la excelentísima Autoridad? ¿No ve que estoy hecho una *birria*?

—*Donde esté y como esté...* ¡Arch! Ah, y se me olvidaba. Una cosa le prevengo, que a la menor tentativa de fuga, la fuerza tiene orden de disparar contra usted.

Los blanquillos se miraron unos a otros, aterrados. En aquel momento no se acordaban de que los fusiles estaban descargados y las cartucheras vacías.

Entonces don Chano, encarándose con el jefe, le dijo con energía y calor extraordinarios estas palabras:

—Don Juan, yo soy un padre de familia. ¡Yo, fugarme! ¿Yo, desobedecer al sacrosanto general del Archipiélago? Nada, nada... Que me aten ahorita mismito... en el alpénder hay una sogá. Pues no faltaba más. Yo no salgo de aquí sino amarrado.

En este punto le sobrevino al Comandante militar un violento acceso de tos. Con voz entrecortada aseguró al prisionero que bastaba con que diera su palabra de honor de no intentar la fuga, lo que hizo aquél inmediatamente, con grandes clamores y golpes de pecho...

* * *

Ahora bien, mientras se efectuaba la busca y captura del delincuente y durante el regreso del destacamento por las tierras polvorosas, bajo la chapa ardiente del cielo de verano, la situación en Andux había mejorado notablemente. El alcalde había llegado de la ciudad, acompañado de un conspicuo cacicón y de un abogado listísimo. Llevaban más de dos horas de conferencia, S. E. había pronunciado ya cuatro discursos y *se andaba* en el exordio del quinto. Como la elocuencia producía en él los efectos de un emético, el hígado recobraba la normalidad de su ejercicio y las pulgas del General, generalmente malas, mejoraban de condición, se volvían tolerantes, casi benévolas.

La entrada del destacamento en el salón de sesiones fue un desastre, porque vino a cortarle la hebra al orador en el tema más interesante del quinto discurso.

—Voto a bríos —clamó S. E. malhumorado—. ¿Qué diablos de gente es ésta?

—Mi general —contestó don Juan de la Cruz Travieso espada en mano (la había sacado de la vaina mientras subía la escalera)—, cumpliendo sus órdenes superiores, pongo ante su excelentísima presencia al síndico de esta corporación don Sebastián Bribiesca y Palomino.

El General, estupefacto, contemplaba al encartado.

¡Cómo, el anárquico, el demagogo, el filibustero, el osado autor de tantas pérfidas insinuaciones contra la Suprema Autoridad del Archipiélago (eran del Secretario), *en una palabra*, el Robespierre de Andux, era aquel infeliz, negro y sudoroso, con su barba de una semana y sus greñas incultas que le llegaban hasta las cejas!

Y repetía en el colmo del asombro, mientras los circunstantes, el cacique, el abogado, el alcalde, los blanquillos, y algunos intrusos que se habían colado, atendían con curiosidad no exenta de pavor.

—¿Pero es usted el síndico don Sebastián Bribiesca y Palomino? ¿Es usted el síndico don Sebastián Bribiesca y Palomino?

Entonces fue cuando don Juan de la Cruz Travieso puso fin y remate a la escena con un rasgo de socarronería isleña, que la Historia ha conservado.

Adelantándose con la espada tiesa, apuntando con ella al pecho del miserable prisionero, soltó con indiferencia desdeñosa, la frase memorable:

—¿Lo ensarto, mi General?

SUICIDIO

En aquellos tiempos (mediados del siglo anterior) era frecuente ver en las esquinas de la calle de Triana unos cartelones amarillos, encabezados por un barco con las velas desplegadas, debajo del cual había un letrero que decía poco más o menos:

Para Santiago de Cuba y La Habana.

Del cinco al diez de mayo próximo saldrá de este puerto la rápida fragata Hermandad Isleña. Admite carga y pasajeros a los cuales su capitán don Buenaventura Aríñez dará el buen trato que tiene acreditado.

Pues bien; en el otoño de 185... la *Hermandad Isleña*, capitán don Buenaventura Aríñez, navegaba de regreso, saludando al padre Océano con lentas y respetuosas cortesías.

Empezaba la aurora. El sol aún estaba debajo del horizonte, pero su marcha hacia arriba se revelaba en el avance de la luz que, al extenderse por el cielo pálido, apagaba aquí una estrella, más allá otra.

Un pasajero se paseaba hacía rato por la cubierta, con rápido y nervioso andar. Aquel sujeto flaco, pequeño, de nariz de cotorra y patillitas grises, era don Pedro Galindo, comerciante de la calle de la Peregrina conocidísimo en toda la isla por el apodo o *nombrete* de don Pedro el *Físico*.

Entonces abundaba más que ahora el individuo, varón o hembra, de fino y enrevesado hablar, amator de palabras tan raras e inusitadas que, para entenderlas bien, era forzoso acudir al Diccionario. Añádase a esto una pronunciación extremadamente correcta y minuciosa, con mucho silbido de *eses* y exótico zumbido de la *zeta*.

Don Pedro Galindo era uno de los físicos más conspicuos de la Canaria de antaño. Cuando subía a la Vega de Enmedio donde su señora doña Juana tenía un *finquejo*, a coger las papas, les decía a sus amigos que iba al campo, a la recolección de las *miesses*. En cierta ocasión, dejó estupefacto a su amigo y tocayo el Procurador don Pedro Merino, llamándole en plena calle mi querido *colondroño*. Decía de sí mismo que estaba próximo a cumplir sus cuarenta y ocho *anualidades* y hasta a la Muerte, la fresca y desaprensiva tarasca que con todo el mundo se mete, la trató siempre con extremadas finura y cortesía. Nunca la llamó con su nombre vulgar, tan feo y desapacible, sino con el de gala y ceremonia: *el óbito*.

Pues bien, a don Pedro Galindo le había ido muy mal en su última expedición a La Habana. Volvía a Las Palmas sin un cuarto, con el rabo entre piernas, con la consoladora perspectiva de afrontar el negro y pavoroso entrecejo de doña Juana.

...En una de las vueltas de su nervioso andar, don Pedro notó la presencia de un bulto cuadrado y negro, apoyado en la obra muerta. Era el contramaestre, *nuestramo* Pedro Piletas (otro *colondroño*), más conocido por Periquito *Poliadas*, apodo este último inmemorial en su familia. Aquel canariote de pura cepa, domiciliado en el Risco de San Bernardo, fumaba en una *cachimba* corta y negra y de cuando en cuando injuriaba al padre Océano con un salivazo amarillento.

Acercósele don Pedro.

—Nuestramo, ¿me permite una palabra?

El bulto levantó la cabeza y en la cara cetrina brillaron los ojillos de ratón.

—Pues bien, mi querido Piletas, ha de saber usted que vuelvo de *Cubasss* sin una blanca, en plena bancarrota, enteramente ayuno de todo numerario. Por ende, mi queridísimo nuestramo, y aunque aún no he cumplido mis cuarenta y ocho anualidades, he determinado suicidarme.

Y, al observar una leve interrogación en los ojos ratoniles, don Pedro explicó.

—O sea, en términos más asequibles a su rudo intelecto, tirarme al agua.

...Silencio absoluto. La fragata continuaba sus lentas y respetuosas cortesías. La luz se extendía cada vez más, borrando una tras otra las estrellas rezagadas, como el sacristán, terminada la fiesta, apaga las últimas velas del altar.

—Pues bien, apreciable Periquito, he pensado en usted para confiarle una delicadísima misión, y es la siguiente: tan pronto llegue el barco a Canaria me hará el favor de *tirarse un salto* a la calle de la Peregrina y de darle, con las debidas precauciones, a mi señora doña Juana, la nueva fatal de mi *óbito*. También le hará usted entrega de mi equipaje y de mi último pensamiento, a ella consagrado... ¿Qué le parece, nuestramo?

El viejo se quitó la pipa de la boca y dijo con su voz ronca y perezosa.

—Bien, señor don Pedro.

—¿Puedo tener la plena y absoluta confianza de que usted cumplirá mi última y deliberada voluntad?

—Sí, señor don Pedro.

—Irás usted a la calle de la Peregrina...

—Sí, señor don Pedro.

—¿Entregará usted a mi señora doña Juana mi baúl, mi maleta y el último latido de mi corazón?

—Sí, señor don Pedro.

—¿Qué me resta, ¿pues? ¡Oh cáliz de la amargura, oh cicuta! ¡Nada: seamos hombres, seamos fuertes!

(Voz lastimera).

—¡Adiós, Periquito!

—¡Adiós, señor don Pedro!

—¡Adiós, nuestro amo!

—¡Adiós, señor don Pedro!

—¡Adiós, mi querido Piletas!

—¡Adiós, señor don Pedro!

En esto, atraídos por el incipiente drama, algunos muchachos se acercaron, dejando la faena. Allí estaban, negros como *casones*, olorosos, descalzos, el Quino, Espiguilla, los dos Mamertos, Boquirria...

—¡Adiós, muchachos!

—¡Adiós, señor Pedro!

—¡Adiós, mi querido *colondroño*!

—¡Adiós, señor don Pedro!

La catástrofe era inminente. ¿Qué faltaba? Un gesto, casi nada. Don Pedro se dirigió hacia la proa con la majestuosa lentitud de un rey condenado, que encamina sus pasos al patíbulo... Saturados de sorna canaria, los isleños no movieron un dedo para detenerle... Apenas el suicida tocó la borda húmeda cuando despegándose de ella con repentino terror, corrió como una exhalación hacia la cámara. Al llegar al umbral se detuvo y con los brazos extendidos hacia los canariotes, clamó con voz enfática y cavernosa:

—¡Corazones de tigre, entrañas de cocodrilo!

Y luego, con entonación aunque aflautada no exenta de severidad.

—¡¡Mal educados, incorrectos!!

...En el preciso instante en que el padre Sol, rubio y colorado como un inglés, se asomaba al horizonte muerto de risa.

Luis (1861-1925) y Agustín (1863-1935) Millares Cubas nacieron y murieron en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Luis fue médico, quiso alguna vez emigrar, pero no pudo. Agustín fue profesor y notario. Estudiaron en Barcelona, Medicina el primero, y Filosofía y Letras y Derecho el segundo. Luis era alto e idealista; Agustín, bajo y más realista. Las primeras críticas amistosas quisieron ver estas diferencias en el estilo. Fueron hijos del novelista, periodista, músico, historiógrafo y polifacético Agustín Millares Torres; y su ejemplo les ayudó a preferir, frente a la novela histórica, las posibilidades de la nueva novela galdosiana.

Su serie narrativa *De la tierra canaria* incluye un libro de cuentos, *Escenas y paisajes* (1894), y cuatro novelas: *Pepe Santana* y *Santiago Bordón* (1898) y *La deuda del Comandante* y *Los inertes* (1899). Siguen las novelas *Nuestra Señora* (1900) y *Monsieur Charles* (1901) y los libros de cuentos *San Joseph de la Colonia* (1907), *Dofía Juana. Cuentos viejos* (1921) y *Canariadas de antaño* (1926). Cultivaron el teatro simbólico, asumido de Escandinavia y de Bélgica, en *Teatrillo* (1903), *La herencia de Arauz* (1903) y *María del Brial* (1905), y ese simbolismo se ve en su narrativa de esa época. Todas sus obras, incluso las escritas y publicadas por Agustín después de la muerte de Luis, aparecen con el nombre de los dos hermanos.

Pablo Quintana (Lanzarote, 1948), tras una varia experiencia viajera y una filología cosmopolita, investiga, desde hace quince años, la Literatura Canaria oral y escrita, y la literatura africana, en los márgenes libres de su profesión universitaria. Con Cándido Hernández, mantiene nuestra primera (y casi única) editorial nacionalista: Benchomo. En la BOC, iniciada en abril de 1981 (V cumpleaños del I Congreso de Poesía) como una acumulable biblioteca nacional de Canarias, ha editado, entre otras novelas que parecían inexistentes, la escandalosa y linda *República bananera*, de Alonso Quesada. En *El árbol de la nación canaria* (1985), firmado por Áfrico Amasik, recuerda que los magos son los hijos de Magec. En *La literatura africana hoy* (1985) y con la *ROA* quiere comunicar el más contemporáneo cuadrante africanista a todo el horizonte hispanófono. Entre los asesores de esta BBC era el único con una clara cultura nacionalista y africanista: si no fue convidado por eso (sino por sus conocimientos empíricos), sí fue por eso por lo que se decidió a participar.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Antología de la poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 26 de diciembre de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

En el campo literario, la doble personalidad de Luis y Agustín Millares Cubas, entra (igual que los Quintero y los Machado) en la denominación de los Hermanos Millares. Fueron escritores imaginativos, entregados al cultivo de las letras en todos sus aspectos, y extraordinarios animadores de la vida cultural de la ciudad y de Canarias. Son los verdaderos creadores de la novela regional canaria.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socaem